

OLIVIA KISS

TODO VALE EN
LA GUERRA,
EN HOLLYWOOD
Y EN EL AMOR



Serie Hollywood #1

Sinopsis

Cuando Sarah consigue el papel de su vida como actriz protagonista en una película, lo último que espera es tener que lidiar con Kevin Larson, su compañero de rodaje. No solo es caprichoso, egocéntrico y poco profesional, sino que además parece dispuesto a arruinar el proyecto en el que ambos están trabajando, algo que desde luego Sarah no piensa consentir.

Sin embargo, entre las luces de Hollywood, las fiestas y la fama, ella empieza a darse cuenta de que quizás las apariencias engañen, porque descubre que Kevin no es solo un tipo superficial, sino también un hombre acostumbrado a esconder sus sentimientos. Ahora bien, ¿está Sarah dispuesta a poner en peligro su sueño para poder conocerlo de verdad?

1

“El papel es tuyo”. Aunque había pasado más de una semana desde que el director de reparto le dijo aquellas cuatro palabras, Sarah seguía sin creérselo. Se acostaba cada noche pensando que al despertar descubriría que había sido un sueño. Porque, a fin de cuentas, lo era. Su gran sueño. Ese por el que llevaba tantos años luchando y esforzándose sin obtener ningún resultado hasta entonces. Ya desde pequeña había asistido a todos los recitales de teatro del colegio antes de apuntarse a clases. Luego, pese a las protestas de su madre, había rechazado la beca que le ofreció una universidad y se había mudado a California en busca de una oportunidad. Sin embargo, al llegar a la ciudad dorada, nada fue como esperaba.

Sarah se había pasado los últimos cuatro años sirviendo cafés en una cafetería cerca de la playa. Tras el mostrador, observaba cómo por allí pasaban hombres de negocios, alguna que otra estrella de cine de capa caída y numerosas chicas bonitas y de piernas kilométricas, justo el tipo de mujer a la que siempre le adjudicaban los mejores papeles cada vez que se presentaba a alguna audición. A menudo, ya en la sala de espera, Sarah podía adivinar quién o quiénes serían las elegidas y, tras cada negativa, necesitaba unos días para recomponerse y volver a levantar la cabeza. El peso de los años que iban

trascurriendo empezó a convertirse en una losa sobre su espalda que cada vez resultaba más difícil cargar, porque esa oportunidad que tanto esperaba no parecía llegar, daba igual a cuántos cursos de interpretación asistiese o que se gastase la mitad de sus ahorros para ir a la peluquería de moda de la ciudad y conseguir ese corte de pelo que tanto se llevaba.

Y no es que Sarah tuviese una cara peculiar, sino todo lo contrario: su rostro era normal. Tenía unas facciones comunes y corrientes, como la mayoría de los mortales. Precisamente por eso no solía destacar en las audiciones: porque las chicas que triunfaban en Los Ángeles solían ser despampanantes, altas, con rasgos llamativos, perfectos o exóticos.

Competir con ellas era casi un imposible.

Hasta aquel día...

“El papel es tuyo”.

Las cuatro palabras más maravillosas que Sarah había oído en toda su vida. No dejaba de repetírselas cada día, intentando creérselas. Por fin, después de protagonizar un anuncio de una crema que absorbía el olor a pies y de pasearse por algunos estudios como extra que siempre terminaba muriendo de forma trágica tras las primeras tomas, Sarah iba a protagonizar una película. Y, aunque no era nada que no se hubiese contado antes, ella se había enamorado del guion desde que lo tuvo en sus manos.

La trama de la historia se centraba en una joven universitaria que siempre había sido invisible, excepto cuando era el blanco de las bromas de

sus compañeros. Sin embargo, su vida daba un giro al tener que hacer el trabajo de fin de curso con uno de los chicos más populares. Y entonces era cuando entraba en acción Kevin Larson, uno de los actores más conocidos del momento, cuya fama había subido como la espuma tras protagonizar una adaptación de Romeo y Julieta el año anterior, además de por su envidiable cara bonita, algunos escándalos y más de una salida nocturna con conocidas actrices de éxito.

En resumen: Kevin Larson era todo lo contrario a Sarah.

Y, sin embargo, iban a rodar juntos una película. Ella se lo repitió un par de veces mientras atravesaba la puerta acristalada del estudio de rodaje cargada con un café tamaño gigante en la mano y un bolso en la otra que había comprado en un mercadillo.

No te pongas nerviosa, no te pongas nerviosa, no te pongas...

—¡Ups! ¡Lo siento! ¡Perdona! No pretendía...

—¡Maldita sea! —refunfuñó aquel joven de cabello rubio como el oro que ella había visto tantas veces en las portadas de numerosas revistas del corazón. Ahí estaba Kevin Larson, mirándola con el cejo fruncido y la boca torcida de indignación.

—Me he tropezado, lo siento —repitió Sarah.

—¡Mira cómo me has puesto la camisa!

Sarah miró la impoluta camisa blanca que se ajustaba a sus hombros firmes. En realidad, tan solo tenía una pequeñísima salpicadura de café casi en

el borde inferior; bastaba que se la metiese por dentro del pantalón para que nadie se percatase de su existencia. Ella, por el contrario, era casi una taza de café andante, con todo el torso empapado.

—No es para tanto. Tú tampoco mirabas por dónde ibas y...

—No tengo tiempo para aguantar esto —resopló—. Consígueme otra camisa.

Después, ante la atónita mirada de la chica, Kevin salió por la puerta y dejó atrás el estudio de grabación. Por suerte, estaban dentro de una zona protegida de los paparazzi, de modo que nadie interrumpió su andar acelerado.

Sarah tardó un largo minuto en recomponerse.

Desde luego, el primer contacto con su compañero no había sido lo que se dice un éxito. Parecía tan idiota como afirmaban algunos portales de Internet. Si no hubiese estado tan bloqueada por lo ocurrido, le habría contestado algo brillante o irónico, pero en cambio se había quedado ahí parada como una boba y manchada de café de los pies a la cabeza.

Recordó las palabras que su madre solía decirle:

“No importa que tengas miedos o inseguridades, pero no dejes que tus enemigos lo sepan; actúa como si el mundo estuviese a tus pies, aunque estés temblando por dentro”.

Tenía mucha razón. Esa era la clave para conseguir papeles importantes, trabajos mejor pagados o el mero hecho de hacerse respetar en un mundo de hienas. El problema era que no siempre resultaba tan fácil conseguir

mantener el tipo.

Sarah suspiró mientras se encaminaba de nuevo hacia su destino. Sacudió la cabeza; no dejaría que el idiota de Kevin Larson le arruinase su primer día en el estudio, no después de lo mucho que le había costado rozar aquel sueño. Llevaba años esperando ese momento.

Cuando entró en el comfortable salón donde parte del equipo estaba reunido, lo hizo con las mejillas sonrojadas a pesar de que se había propuesto mantenerse serena.

—Buenos días —dijo con tono tembloroso—. Perdón por esto... —Se señaló el vestido lleno de café—. He tenido un pequeño percance con el café...

—No te preocupes. —Sean, el director, le sonrió.

—Tenemos vestuario de sobra —añadió otra voz que conocía bien. Se trataba de Linda Stewart, una actriz que había sido más que famosa años atrás y que, ahora, buscaba reconciliarse con el mundillo tras algunos deslices sonados. Era tan guapa que a Sarah le impactó verla en persona—. Ven a mi camerino, te dejaré algo para que te cambies.

—Gracias... —Casi fue un susurro emocionado.

Sarah saludó a algunos conocidos más: Claire, que había escrito el guion; Max, uno de los cámaras que le habían presentado la semana anterior y Amie, la principal encargada del vestuario y la decoración, aunque tenía a varias personas a su cargo. Luego, siguió a Linda Stewart por los pasillos

hacia la hilera en la que estaban los camerinos.

Mientras lo hacía, no pudo evitar envidiar su preciosa y brillante cabellera rubia, su cuerpo alto y delgado, pero con las curvas precisas y su rostro inmaculado. Tenía un par de años más que ella, pero cualquiera hubiese dicho que le sacaba una vida de experiencias por delante, porque parecía mucho más mujer. Era el tipo de chica que sabe seducir tan solo con una mirada, una sonrisa o cualquier otro gesto, casi sin necesidad de palabras.

—Es este de aquí, el tuyo está enfrente, el número 6.

Sarah intentó disimular su sorpresa, porque hasta ese momento ni siquiera se le había pasado por la cabeza que tendría su propio camerino y no quería parecer una novata delante de Linda, aunque evidentemente lo era. Entró en el de su compañera y contempló maravillada el lugar mientras la otra abría el armario y buscaba algo de ropa.

—¿Qué te parece este? Hace juego con tus ojos. —Le enseñó un vestido verde, ajustado y corto, muy corto. Era precioso, pero Sarah no estaba acostumbrada a usar ese tipo de ropa.

—No sé si me vendrá... Dudo que gastemos la misma talla...

—Ten, llévatelo y te lo pruebas. —Linda sonrió animada.

Bueno, por probar... Sarah lo cogió sin demasiadas esperanzas.

—¿Te apetece tomar algo? ¿Un refresco? —Abrió una nevera diminuta que tenía, mostrando docenas de pequeñas botellas de agua u otras coloridas.

—No, gracias. Creo que será mejor que me vaya preparando.

—Sí, nos reunimos en veinte minutos. —Le dirigió una mirada dulcificada que Sarah no entendió en ese momento—. ¿Sabes? Me recuerdas a alguien...

—¿En serio? ¿A quién?

Linda sacudió la cabeza.

—Nada, olvídalo. Es una tontería. Nos vemos ahora.

—Vale. Y gracias por el vestido —añadió cohibida.

Después, todavía un poco descolocada por tantas novedades, se dirigió hacia el que supuestamente era su camerino, que estaba abierto. Vio que las llaves estaban colgadas dentro, en un gancho. Las cogió y le dio la vuelta a la cerradura antes de echar un vistazo a su alrededor. Se llevó una mano a la boca para evitar chillar de emoción. Era perfecto. Un espacio solo para ella que se dividía en dos zonas, aunque ninguna puerta los separaba. A un lado estaba una larga repisa de madera en la que poder trabajar, con el guion encima, casi pegado a un inmenso espejo y numerosos cajones llenos de maquillaje y cremas delante de una silla blanca y de aspecto cómodo. En el otro extremo, un sofá con forma de ele acaparaba el espacio; estaba tapizado en color rojo y colocado sobre una mullida alfombra de pelo.

Sarah dejó escapar el aire que estaba conteniendo cuando se percató de que, en conjunto, su camerino era más grande que la habitación que tenía alquilada en el piso que compartía en la ciudad con otras tres chicas. *Necesitaré unos días para asimilarlo todo*, se dijo.

—Veamos si milagrosamente me entra... —murmuró en voz alta mientras sostenía en alto el sencillo vestido de tela fina. Después, comenzó a desvestirse.

Le costó un poco pasar la zona de las caderas, pero, sorprendentemente, le entró. Eso sí, se ajustaba a su torso casi como una segunda piel, dejando a la vista el tipo de escote con forma de corazón que ella nunca solía llevar; la falda tenía algo de vuelo y terminaba por encima de las rodillas. Sarah se miró en el espejo rodeado de luces del camerino dando media vuelta sobre sí misma antes de recogerse el cabello oscuro en una coleta alta.

Contemplando su reflejo, intentó convencerse de que podía hacerlo.

Lo único que tenía que conseguir era mostrarse segura y firme y mantener la cabeza alta delante de todas esas personas que habían estado dispuestas a darle una oportunidad. Por encima de sus propias metas, Sarah no quería decepcionarles.

—Vamos allá. —Cogió aire y salió del camerino.

Avanzó por el largo pasillo siguiendo las voces que se escuchaban a lo lejos y que provenían de la sala principal. Al llegar allí, vio que habían servido zumos y unos pastelitos de hojaldre. Sean, el director, le pasó un brazo por los hombros y la miró satisfecho.

—Estamos encantados de que estés aquí.

—Vaya, gracias... muchas gracias...

No quería echarse a llorar, pero estaba a punto. Aquellas personas la miraban como si de verdad confiaran en que podía bordar el papel de Doria, la protagonista de la película, y era inevitable que se emocionase, porque hacía mucho tiempo que nadie confiaba en ella a ciegas. Sobre todo, desde que perdió a la única persona que lo había hecho...

Casi agradeció la abrupta interrupción cuando Kevin Larson abrió la puerta de golpe. Por si una primera desastrosa impresión no había sido suficiente, la segunda no fue mucho mejor. A Sarah no le gustaba la prepotencia de su mirada, ni cómo parecía comportarse como si el mundo estuviese a sus pies o con su mera presencia les estuviese haciendo un favor a todos. Le daban igual sus impresionantes ojos azules o su atractivo rostro; cuando lo miraba, tenía la sensación de que tan solo era un cascarón vacío y poco interesante.

Qué desperdicio, pensó.

Kevin se movió con soltura por la estancia saludando a parte del equipo. Cuando llegó hasta ella, que estaba al lado del director, pareció reparar al fin en su presencia. Sarah alzó las cejas, esperando algún tipo de disculpa por su parte. Sin embargo, él solo se dedicó a mirarla de los pies a la cabeza, fijándose en ese vestido que llevaba puesto.

Al mirarla fijamente, Sarah tuvo que admitir que entendía aquello que tanto se decía en las revistas: tenía un color de ojos inusual, de un azul tan claro que impactaba.

—¿Has conseguido mi camisa? —preguntó.

Sarah abrió la boca, consternada. Parpadeó.

—Yo... No. Yo no he...

—Te presento a Sarah Bilson, tu compañera de rodaje —se adelantó Sean interrumpiendo el balbuceo de la joven—. Sarah, imagino que sabrás quién es Kevin Larson.

—Sí, por supuesto. —Consiguió retomar el control.

—¿Mi compañera? —Kevin arrugó la frente—. Pensaba que era la nueva asistente.

—Kevin... —El director le dirigió una mirada de reproche.

—Encantada —dijo Sarah con cierto retintín.

Él le dirigió una última mirada poco interesada antes de dar media vuelta e ir hacia la mesa de las bebidas. Hasta que no se alejó de ella, no se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento. Mientras el director comenzaba a explicar el plan de trabajo que, básicamente, consistía en vivir dentro del estudio de grabación durante los próximos dos meses, Linda se acercó a Sarah y le tendió un zumo con una sonrisa.

—No le hagas caso a Kevin. La fama aturde un poco.

—Ya veo. Parece un poco... —Intentó buscar la palabra.

—¿Cretino? —Linda se echó a reír—. Lo es.

—Comprendo. ¿No os lleváis bien?

—Lo justo y necesario. Hemos coincidido un par de veces en alguna

que otra fiesta y ya les ha roto el corazón a dos de mis mejores amigas. O todo lo *amigas* que pueden ser las compañeras que conocerás en esta profesión, tú ya me entiendes, la competencia es terrible.

—Qué prometedor —musitó con ironía.

2

—¡Ni se te ocurra dejarte ningún detalle!

—Eso. Queremos saberlo todo.

—TODO, con mayúsculas.

Sus compañeras de piso se sentaron alrededor del sofá en el que Sarah se había dejado caer agotada en cuanto llegó tras la primera toma de contacto con el equipo. Había sido un día largo, lleno de indicaciones que esperaba poder cumplir de ahora en adelante y de alegrías y decepciones. La primera decepción, sin duda, había sido conocer a Kevin Larson, el interés principal de las chicas con las que vivía desde hacía más de dos años.

Aunque compartían los espacios comunes, las cuatro habían mantenido ciertas distancias a la hora de hacer sus vidas, sobre todo porque sus distintos horarios hacían casi imposible que coincidiesen a la vez. Aquel día, lo habían previsto a propósito.

—Calma, tampoco tengo mucho que contar...

—¡Oh, no nos vengas con esas!

—¿Es aún más guapo en la vida real?

Lo cierto era que sí, pero le caía tan mal que Sarah no pensaba admitir eso en voz alta, así que se limitó a encogerse de hombros y a morderse el

labio inferior.

—No está mal, tiene su punto.

—¡Venga ya, si está tremendo!

—Y tiene esos ojos... —añadió otra.

—Y la sonrisa canalla. No me quiero imaginar cómo será en la cama —bromeó una de sus compañeras mientras les tendía las cervezas que había ido a coger—. Tenemos que celebrar esto. Brindemos por Sarah, que hoy está más cerca de sus sueños que ayer.

—¡Por Sarah! —gritaron las demás.

Ella se sonrojó y le dio un trago a la bebida.

—Gracias, chicas. Aún no me lo creo.

—Pues empieza a hacerlo, porque tengo la sensación de que, cuando se estrene esta película, tu vida cambiará para siempre. Será mejor que vayas preparándote.

Sarah asintió distraída, porque en el fondo sabía que tenían razón. Era posible que, dentro de poco, ya no volviese a ser una chica anónima más que caminaba por las calles de Los Ángeles siendo invisible. Estaba dispuesta a renunciar al anonimato a cambio de conseguir su sueño y dedicarse a la interpretación. Sin embargo, sí temía acabar convirtiéndose en algo que no le gustase. No quería convertirse en una cretina, como Kevin, ni tampoco perder el control de su vida por momentos, como bien sabía que a veces le había ocurrido a Linda por lo que había leído en las revistas del corazón sobre ella.

Sarah, en cambio, quería mantener los pies sobre el suelo.

Sabía que no era una tarea sencilla dentro de aquel mundillo, pero lo cierto es que a ella nunca le había interesado la fama y el éxito, sino la idea de poder representar distintos papeles, transmitir emociones, llegar al corazón del espectador o hacerle sentir.

Les dijo eso mismo a sus amigas.

—Eres una romántica incurable.

—Entonces, ¿qué has hablado con Kevin? ¿Es simpático? —preguntó la más joven de sus compañeras—. Aunque también nos sirve si solo has balbuceado. Lo entenderíamos.

—No he balbuceado y en caso de haberlo hecho habría sido por una razón muy diferente, nada de quedarme embobada —respondió bruscamente, recordando que sí se había mostrado algo descolocada; pero no por el impresionante chico que tenía delante, sino ante la sorpresa de la situación—. Y de simpático tiene poco, más bien nada.

—¡Venga, no nos arruines la fantasía!

—Es la verdad. —Se encogió de hombros, mirando a las chicas—. Es arrogante y engreído. Tropecé con él al entrar en el estudio y se me cayó todo el café por encima.

—¡No!

—Sí. Y se mostró indignado porque una gota, UNA, le había salpicado la camisa. Después me ordenó que le buscara una muda de ropa y se marchó.

Cuando volví a verlo en el salón de reunión con todo el equipo, vino a preguntarme si le había conseguido su camisa.

—Dios mío... —Se oyeron risas.

—Y el director tuvo que explicarle que yo era su compañera de rodaje y no su asistente personal. En cualquier caso, me habría parecido mal su actitud, aunque hubiese estado en lo cierto. Quiero decir, ¿quién es él para tratar así a la gente? No soporto eso.

—Pues así son las estrellas de cine, acostúmbrate.

Cuando vieron que Sarah no tenía nada mucho más interesante que decir, sus compañeras fueron despidiéndose de ella y dándole las buenas noches. Al final, se quedó a solas en el salón viendo un programa en la televisión y picando algo que había quedado en la despensa de la cocina. No dejaba de darle vueltas a lo loco que era todo aquello: hacía apenas un pestañeo estuvo a punto de no llegar a tiempo a la audición porque su jefa no quería cambiarle el turno de la cafetería en la que trabajaba y, ahora, ya no tenía ese trabajo, sino uno mucho más interesante con el que había soñado desde que era una niña.

No le importaba Kevin Larson.

Lo único que le importaba era cumplir las expectativas y no decepcionar a nadie. Al menos, había empezado con buen pie con Linda Stewart. No era exactamente como se la había imaginado (es decir, similar a Kevin); a pesar de sus locuras y sus desmadres habituales (salía cada semana

con un chico, la habían pillado borracha en varias ocasiones y no se llevaba muy bien con los paparazzi), parecía tener buen corazón y no la miraba por encima del hombro. Iba a ser fácil compartir con ella el día a día, ya que en la película interpretaba a la líder de las chicas malas de la universidad, la que se metía repetidamente con su personaje.

Suspiró hondo, se levantó y cogió el guion de su bolso.

Después, volvió a sentarse en el sofá y repasó las primeras escenas. Sabía que eran las más importantes si quería coger el tono adecuado, meterse en la piel de la protagonista, algo que no iba a ser muy difícil teniendo en cuenta que Sarah se identificaba con ella.

Estuvo leyendo hasta que se quedó dormida.

3

—¡Buenos días! ¿Cómo van esos ánimos? Venga, quiero ver un montón de sonrisas y buena energía por aquí —canturreó Amie, la encargada del vestuario—. Por cierto, ¿alguien ha visto a Kevin? ¿Dónde se ha metido ese chico...?

—Probablemente esté durmiendo —dijo alguien.

—No me sorprendería. —Linda suspiró hondo.

Sarah se quedó callada mientras una de las modistas que trabajaban con Amie le arreglaba la tela sobrante que quedaba detrás de la camisa que le habían puesto. No podía creerse que una persona fuese tan poco profesional como Kevin Larson. Era el primer día de ensayos, ¡por el amor de Dios! ¿Cómo podía llegar tarde? Eso si es que pensaba aparecer siquiera...

Intentó disipar sus temores y cruzó los dedos para que lo hiciese.

Por suerte, sus plegarias fueron escuchadas, porque él entró por la puerta media hora más tarde. Aunque solo tenía dos años más que ella, veinticuatro, aparentaba algo más aquel día al llevar la sombra de la barba y los ojos enrojecidos. Apestaba a alcohol e iba vestido con unos vaqueros desgastados, una camisa oscura con los primeros botones desabrochados y unas zapatillas deportivas: al ver su pelo revuelto en conjunto con todo lo

demás, no hacía falta ser muy inteligente para darse cuenta de que probablemente todavía no se había acostado y, tras una noche de juerga, había acudido directamente al trabajo.

Sarah tuvo ganas de zarandearlo. O de golpearlo, mejor.

Era insultante que fuese tan poco profesional...

—Llegas tarde —le recriminó Linda.

—¿Me dices eso precisamente tú?

La chica rubia se ruborizó a medias por vergüenza y por enfado. Era cierto que ella no era conocida precisamente por pasar desapercibida y no montar ningún numerito, pero al menos estaba intentando cambiar, algo que sin duda Kevin no tenía en mente.

—¿Qué hay de desayunar? —preguntó con arrogancia.

—Nada, empezamos en media hora —le indicó Sean—. Ve al camerino y date una ducha, luego ya hablaremos seriamente —le comentó en tono recriminatorio.

—Lo de hablar seriamente mejor hazlo con mi agente.

Y tras aquel desplante, desapareció pasillo abajo. Sarah estaba conmocionada. Había oído aquello de que muchas estrellas de cine terminaban siendo pequeños dictadores en un rodaje, pero no pensó que fuese cierto ni que los actores se encarasen con el director...

—Ven, deja que te coloque el cinturón... —Amie la miró.

—De acuerdo... —Suspiró sonoramente.

—Pareces algo distraída —le dijo.

—No, no es nada, es solo... —Se mordió el labio, indecisa. ¿Podía confiar en Amie? La mujer rondaba los cuarenta años y tenía una sonrisa amable y cariñosa. Decidió que no tenía mucho que perder—. Es solo que me sorprende la actitud... su actitud...

No hizo falta más para que la entendiese.

—Oh, Kevin. Sí, puede dar algunos problemas a veces. No es la primera vez que coincido con él en un rodaje, pero, créeme, es un buen chico.

Nadie parecía prestarles atención, así que tan solo Amie vio cómo alzaba una ceja en alto con sorpresa. Le hubiese gustado disimular el gesto, pero se le escapó.

—Ya, supongo...

—Lo digo en serio. Parece un idiota arrogante al principio y, en parte, puede que lo sea. Pero todos tenemos nuestros puntos débiles, ¿comprendes? Ya lo irás conociendo.

—Si tú lo dices...

Dejó la duda flotando mientras Amie le ajustaba el cinturón. Luego, siguió sus pasos cuando fueron hacia la otra parte del estudio. Los principales escenarios en los que iba a rodarse la película eran un aula de la universidad (el decorado resultaba brillante), la habitación de la residencia de la protagonista y algunas otras tomas que sí harían en exteriores.

—¿Ya estamos todos? —preguntó Sean cuando aparecieron.

—Falta Kevin, creo que viene enseguida —comentó Amie.

—Ya estoy aquí —gruñó el susodicho como si estuviese haciéndoles un favor a todos ellos con su mera presencia. Se había duchado y llevaba el cabello mojado y la cara más despejada. Todas las miradas femeninas del recinto estaban puestas en él, incluida la de Sarah, solo que en su caso el matiz era distinto: no lo observaba con admiración, sino con enfado.

Él, por el contrario, no pareció percatarse de su presencia.

—Como os comenté ayer, empezaremos con los ensayos —explicó Sean—. No podemos perder mucho tiempo, ya sabéis que hemos tenido algunos problemas con la productora y vamos con retraso. Va a ser un rodaje duro, pero espero que estéis a la altura.

—Por supuesto. —Sarah sonrió entregada.

Escuchó un bufido a su espalda, pero lo ignoró.

—Así que os agradecería que también ensayaseis por vuestra cuenta los días que el estudio esté ocupado o rodemos escenas de los secundarios, ¿entendido? Quiero complicidad. Quiero ver ilusión. Y, sobre todo, quiero mucha implicación.

Kevin bostezó. Sarah asintió con la cabeza sin dudar.

—Pues bien, ¡empecemos!

Durante las siguientes tres horas, estuvieron leyendo en voz alta el guion, simulando una de las primeras escenas, cuando a los protagonistas los seleccionaban juntos para hacer el trabajo de fin de curso. Sarah iba

metiéndose cada vez más en el papel y, mientras lo hacía, tenía una sensación de plenitud y de felicidad en el pecho que hacía mucho tiempo que creía haber olvidado. Kevin, por el contrario, se mostraba apático, como si estuviese deseando terminar para largarse de allí cuando antes. El director le corrigió en varias ocasiones, pero acabó dándolo por perdido al no conseguir que cambiase el tono del personaje.

Cuando los dejó a solas para ver qué tal se desarrollaban otras escenas de los demás actores que salían en la película, Kevin lanzó el guion a un lado y se frotó los hombros.

—Necesito un descanso —masculló.

—Pero ha dicho que siguiésemos ensayando la escena...

—¿Me permites un consejo, Sandy? Relájate. Te veo tensa.

—No me llamo Sandy, me llamo Sarah —replicó enfadada.

—Lo que sea. Tengo que conseguir un café.

Kevin se puso en pie y se estiró, pero para su consternación, ella no se quedó parada, sino que lo imitó, sin soltar ese dichoso guion que parecía abrazar contra su pecho.

—Podemos ir a la cafetería que está dentro del estudio y seguir ensayando allí.

Él puso los ojos en blanco, pero no replicó nada más antes de caminar hacia la salida con la joven pisándole los talones. A decir verdad, Kevin no estaba acostumbrado a tener compañeras de rodaje que no besasen el suelo

que él pisaba y, ciertamente, esa chica, Sarah o como se llamase, le resultaba algo cargante y bastante molesta, pero esa mañana la cabeza le dolía horrores después de salir de fiesta la noche anterior y ni siquiera tenía fuerzas para decirle que lo dejase en paz. Así que se limitó a entrar en el local, a pedir un café doble a la chica tras la barra que le hacía ojitos sin ningún tipo de disimulo, y a sentarse en una de las mesas del fondo estirando las piernas con desgana hasta que tocó las de Sarah, que se sobresaltó como si tuviese quince años y un mero roce así la descolocase.

Kevin no pudo evitar sonreír en respuesta.

—Bien, ¿por dónde íbamos...? —Sarah ignoró lo sensuales que eran sus labios cuando los curvaba así y abrió de nuevo el dichoso guion. Repasó la línea con los dedos—. Tú frase es: *“no entiendo por qué tenemos que hacer este maldito trabajo de fin de curso...”*

—¿De dónde eres exactamente? —la interrumpió Kevin.

Ella alzó la mirada hacia él, sorprendida, porque no esperaba aquello. Se planteó si ceñirse a lo básico y seguir enfrascada en el guion o en ceder un poco e intentar ser amable. Terminó decidiéndose por la segunda opción dado que, a fin de cuentas, iban a trabajar juntos no solo en el rodaje de la película, sino también en la posterior promoción. No estaría de más que pudiesen tener una relación cordial y olvidar ese primer encontronazo.

—Soy de Alabama. ¿Cómo lo has sabido?

—Tienes acento, aunque intentes disimularlo.

—¡No es verdad! Si nadie me lo nota nunca...

Había trabajado duro para sonar lo más neutra posible, ya que sabía que era importante a la hora de poder optar a conseguir papeles de todo tipo y no encasillarse.

—Tranquila. Yo tampoco soy de aquí. No es un delito.

—Ya. ¿Y dónde te criaste? —preguntó.

—Canadá —musitó secamente.

—Vaya, eso no lo sabía.

Los ojos azules de Kevin brillaron cuando se inclinó un poco sobre la mesa y la miró fijamente, ahora con más interés del que había mostrado anteriormente.

—Lo que significa que no te has estudiado mi biografía.

—Te parecerá sorprendente, pero tengo mejores cosas que hacer.

La respuesta lo pilló algo descolocado, pero lo hizo sonreír. No lo dijo en voz alta porque no quería darle esa satisfacción a aquella chica sabihonda, pero era un soplo de aire fresco que esa vez no compartiese rodaje con una compañera que lo idolatrara o lo supiese todo sobre él. Se sintió más relajado de inmediato, aunque no supo por qué. Ni siquiera tenía mucho sentido. Bebió un trago de café mientras se fijaba en ella.

Tenía el cabello oscuro y lo llevaba suelto, liso. Sus ojos eran bonitos, de un verde suave, aunque no resaltaban tanto como los de otras actrices que él conocía porque no llevaba apenas rímel, ni pestañas postizas ni nada

semejante. Tenía la nariz pequeña y respingona entre unos mofletes un poco abultados, pero que le daban un aire infantil.

—Entonces cuando digas eso, respondo: “*pensaba que hacer trabajos era una de las tareas básicas que ocurrían al entrar en la universidad*” — comentó intentando darle a la frase el aire mordaz que se indicaba en el guion —. Ahora tú.

Kevin no se molestó en seguir con el ensayo.

—¿Cómo acabaste en Los Ángeles?

—Porque decidí que debía hacerlo.

—¿A qué te refieres con eso?

—Ya sabes, perseguir mi sueño.

—¿Tu sueño? —Arqueó las cejas.

—¡Esto! ¡Ser actriz! —Dejó escapar una risita nerviosa ante el desconcierto del rostro de Kevin, que la miraba de una manera intensa, quizás demasiado para ella.

—Ya veo. Así que eres de esas...

—*De esas* suena muy ambiguo —protestó.

—De esas que creen en finales de arcoíris y que luchando todo se consigue.

Sarah no supo por qué le molestó tanto la sonrisa burlona que se extendió por el rostro de Kevin. Ciertamente, no tenía la sensación de encontrarse sentada tomando café delante de un actor de éxito, sino más bien

de un tipo vacío y malhumorado, nada que ver con la imagen de súper estrella que se reflejaba cuando aparecía en las portadas de las revistas.

—Y tú pareces de esos amargados cínicos que han perdido la ilusión.

Pensó que él se echaría a reír o que le rebatiría aquello, pero tan solo permaneció unos segundos más de la cuenta con sus impresionantes ojos azules clavados en ella y luego, sorprendentemente, le dio un trago al café, cogió el guion y lo abrió por la página que tocaba.

—Bien. Sigamos con esta mierda.

4

El resto de la semana de rodaje fue especialmente agotadora. Empezaban casi de madrugada y terminaban cuando comenzaba a anochecer. Sarah no había estado tan cansada jamás, ni siquiera cuando le tocaba sustituir a alguna baja inesperada en la cafetería. Aquel trabajo le exigía concentración, dar lo mejor de sí misma y mantener el tipo y la actitud fresca incluso aunque llevaran horas repitiendo la misma frase.

La próxima semana comenzarían por fin con el rodaje de verdad y, a esas alturas, comenzaba a creerse todo lo que estaba por llegar; quizás porque se había metido de lleno en el papel, tenía el tono perfecto para la protagonista y se sabía la primera mitad del guion de memoria, incluyendo las frases de Kevin y las de los demás secundarios.

—¡Espléndida! Lo has hecho genial —la felicitó Sean tras el último ensayo del viernes, mientras le pasaba un brazo por el cuello—. Tienes un talento increíble para las escenas más emotivas, ¿nadie te lo ha dicho nunca?

—Gracias. —Le sonrió agradecida.

Lo cierto era que a Sarah le gustaban las partes más sentimentales de la película. No le costaba el hecho de que se le humedeciesen los ojos cuando llegaba el momento de hacerlo, por ejemplo, sobre todo porque intentaba

ponerse en la piel de la protagonista, pensar qué estaría sintiendo estando tan aislada en esa universidad en la que no tenía a nadie.

Sin embargo, había otras escenas que le apetecía mucho menos rodar.

Por suerte, casi todas estaban en la segunda mitad del guion, a pesar de que el director ya les había advertido de que grabarían algunas antes, sin seguir el hilo conductor de la historia. Entre ellas, le daban especialmente terror las que implicaban un beso (besar a Kevin no estaba entre sus prioridades), o las que incluían un cambio drástico de vestuario en la protagonista (no le apetecía nada rodar delante de todo el equipo en bikini durante horas esa escena en la piscina que aparecía casi al final).

En cambio, Linda Stewart no parecía tener problemas con eso. Siempre vestía ropa ajustada, tops que dejaban a la vista su ombligo, camisetas escotadas y pantalones ceñidos que marcaban sus curvas y resaltaban las largas piernas.

El viernes por la tarde, cuando la invitó a pasar un rato con ella en su camerino, empezó a sacar trapos de su armario y a enseñarle cada uno de ellos con la intención de que se los quedase. Otra cosa no, pero Sarah no había conocido a nadie más generosa que Linda. No le importaba dar todo lo que tenía; era como si no les diese ningún valor a las cosas materiales.

—Esta camiseta te sentaría genial —comentó.

—De verdad que te lo agradezco... pero dudo que me quede bien...

—¿Por qué dices eso? Claro que sí, pruébatela.

—Gracias, quizás otro día...

—¡Sarah! Venga, hazme caso.

Suspiró sin mucho ánimo y, al final, cedió y se metió en el pequeño cuarto de baño, para sorpresa de Linda que, hasta ese momento, no tenía ningún pudor en cambiarse de ropa delante de ella o incluso de la mitad del equipo de vestuario. Sarah suponía que eran gajes del oficio y que estaría más que acostumbrada tanto a eso como a protagonizar sesiones de fotos con poses sensuales y explosivas. Esperaba que jamás le pidiesen a ella algo así.

—¡Te queda fantástico! —exclamó al verla salir.

—¿En serio? Tengo mis dudas...

Se miró en el espejo. Era una camiseta ceñida, que dejaba una fina línea de piel al descubierto entre los vaqueros y el borde de la tela de color roja. No podía decirse que no fuese bonita, sencillamente Sarah era una de esas chicas que tenía la sensación de que si se ponía algo así todo el mundo la miraría, incluso aunque evidentemente no fuese cierto.

—¿Qué problema tienes? —preguntó Linda.

—Me sobran algunos kilos... —susurró.

—¡Ah, de eso nada! Estás perfecta.

—Es fácil decirlo siendo tú.

—No es verdad. Todas tenemos complejos, pero no deberías dejar de ponerte algo por culpa de las inseguridades. Una nunca está del todo satisfecha con lo que tiene, ¿me entiendes? Además, eres joven y guapa, ¿qué mejor

momento para hacer lo que te venga en gana? —La miró sonriente antes de aplicarse brillo de labios.

Sarah volvió a contemplarse en el espejo.

Sabía que Linda tenía razón. ¿Por qué no iba a poder ponerse ese top? Seguramente siempre encontraría una excusa para no hacerlo, pero, a fin de cuentas, era su cuerpo, el que tenía y quizás ya era hora de que empezase a valorarlo. Puede que su estómago no fuese completamente plano, pero tenía una tripa bonita, dorada por el sol.

—Pareces más convencida. —Linda le guiñó un ojo.

—Es que creo que debería hacerte caso.

—Así me gusta. Por cierto, esta noche hay una fiesta en una urbanización que está cerca de aquí. La organiza Stella Fraizer. ¿Te gustaría acompañarme? Lo pasaremos bien.

—¿Stella Fraizer? —Abrió mucho los ojos.

—Sí, la misma. —Linda se echó a reír.

Stella era una conocida modelo que también había hecho sus pinitos como actriz durante los últimos años. Sarah no quiso ni imaginar qué otras personas acudirían a esa fiesta como invitados, porque el mero hecho de plantearse si ir o no, ya le parecía casi una ensoñación. Sus compañeras de piso tenían razón: su vida iba a cambiar drásticamente. Ya lo había hecho en apenas esas semanas que habían pasado desde que la cogieron para el papel y quizás debería empezar a asimilarlo e intentar adaptarse lo mejor posible.

—Suena bien... —dijo bajito.

—Suena más que bien. ¡Será divertido! Podemos cambiarnos aquí e ir directamente.

—Vale. —Le sonrió agradecida.

Linda y Kevin eran las dos únicas personas que participaban en el rodaje y que gozaban de fama y popularidad. Mientras que uno se había pasado toda la semana ignorándola e intentando coincidir con ella lo menos posible, la otra se había tomado la molestia de integrarla y hacerla sentir cómoda y tranquila, algo que Sarah valoraba.

Se dio cuenta de que la Linda de verdad no se parecía en nada a la imagen que se había hecho sobre ella a raíz de las revistas. No era solo una cara bonita y superficial como Kevin, sino también una chica divertida, alegre y de carácter fácil.

De modo que, una hora después, las dos estaban en su coche descapotable de camino hacia una de las urbanizaciones más exclusivas de Los Ángeles. Sarah no solo había accedido a ponerse aquella camiseta, sino que también se había maquillado un poco y dejado que Linda le hiciese algunas ondas en el pelo. Por alguna razón desconocida, esa chica tenía el don de conseguir que se sintiese más segura consigo misma, más decidida.

Linda no dejaba de cantar la canción que escuchaba por la radio alegremente mientras conducía. Y Sarah se sintió feliz, contenta de estar allí, en ese lugar que siempre le había parecido tan lejano que casi lo había dado

por imposible. Era como si de repente todos los planetas se hubiesen alineado y por fin las cosas por las que tanto había luchado empezasen a encajar. Todas menos Kevin Larson, claro. Él seguía siendo un problema, con su actitud derrotista y cínica la mayor parte del tiempo mientras ensayaban.

Era un pequeño bache que Sarah pensaba ignorar...

—Es esa casa de allí —le indicó Linda antes de aparcar.

—Vaya, es impresionante. ¿Cuántas habitaciones tiene?

Linda se echó a reír al ver la inocencia en su rostro.

—A saber, dudo que lo sepa ni la propia Stella.

La mansión estaba iluminada y desde fuera se escuchaba música, voces animadas y gritos de alegría. Una de esas fiestas que Sarah había imaginado mil veces, pero que jamás pensó que terminaría pisando. Cogió mucho aire de golpe mientras bajaba del coche. No llevaba tacones, sino las deportivas cómodas que había usado para el ensayo. Se alegró por la elección, porque le temblaban un poco las piernas al andar.

—No estés nerviosa. —Linda la cogió del brazo—. ¿Recuerdas que cuando te conocí te dije que me recordabas a alguien? —le preguntó sin dejar de caminar.

—Sí, nunca me dijiste a quién.

—Bueno, en realidad... me refería a mí.

—¿A ti? —Sarah alzó una ceja con incredulidad.

—Sí, ¿por qué te sorprende tanto? Yo también me marché de casa en

busca de mis sueños, renunciando a otros... —Se mordió el labio inferior indecisa—. Y cuando llegué aquí me sentía muy perdida. Lo miraba todo como tú, como si fuese nuevo y deslumbrante.

—Es que lo es —añadió Sarah.

—Cierto. Pero recuerda que algunas cosas a veces deslumbran tanto que no te dejan ver lo que hay debajo —musitó Linda con gesto serio y Sarah creyó ver que se estaba refiriendo a algo concreto y que, a pesar de lo que pudiese parecer, Linda no era solo esa joven alegre y alocada que el mundo conocía. Daba la sensación de que escondía mucho más.

Cuando entraron a la fiesta, numerosos invitados se acercaron a ellas para saludar a Linda, que los recibió a todos encantada. Había actores famosos, otros menos conocidos, cantantes, gente *influencer* y todo tipo de estrellas de la prensa rosa. Sarah estaba alucinada, aunque eso no consiguió que pudiese ignorar que se sentía un poco desplazada. No eran pocos los que intentaban acaparar la atención de Linda y, por supuesto, mientras ella intentaba ser cortés y atenderlos, nadie reparaba en la presencia de Sarah a su lado, cada vez más encogida y sintiéndose un poco ridícula vestida con aquel top y las deportivas, cuando el resto de las chicas llevaban vestidos ceñidos, camisetas casi transparentes o incluso algunas iban en bikini y reían alrededor de la piscina iluminada bajo la luz de la luna.

—¿Conoces a mi nueva compañera de rodaje? —escuchó que decía Linda de pronto. Al girarse hacia ella, vio que estaba sujetando del brazo a

Andrew Clark, famoso por protagonizar una serie televisiva sobre hombres lobo. Era, como casi todos en aquella fiesta, insultantemente atractivo—. Se llama Sarah.

—Encantado. —El chico la miró.

—Lo mismo digo... —Su voz sonó tan bajita que no estaba segura de que la hubiese escuchado. Cuando un grupito de chicas acaparó la atención de Linda, que se alejó unos metros de ellos, Sarah empezó a ponerse nerviosa y fue más que evidente que él lo notó.

Pero en lugar de burlarse, como habría hecho Kevin Larson, le sonrió.

—¿Te apetece tomar algo? Las bebidas están dentro.

—Claro. Gracias. Aunque no quiero ser una molestia...

—No lo eres. Venga, vamos. —Le guiñó un ojo.

Juntos, se encaminaron hacia el interior de la inmensa casa.

5

Sentado en una de las tumbonas que había alrededor de la piscina, Kevin Larson contempló cómo su joven compañera de reparto se adentraba en la mansión mientras hablaba animadamente con Andrew. Inspiró hondo, un poco inquieto.

—¿Qué te pasa, amor? Esta noche pareces distraído.

La chica que estaba sobre su regazo, le dio un beso.

Ni siquiera era su novia. Había conocido a Stella la semana anterior en esa otra fiesta a la que acudió el día antes del primer ensayo. La modelo, como era evidente, tenía un físico envidiable y un rostro de ángel; no distaba mucho de casi todas las mujeres con las que se relacionaba habitualmente, aunque ninguna parecía durarle demasiado.

Dejó que el beso se alargase lo suficiente como para que, al alzar la vista de nuevo, su compañera de reparto ya hubiese desaparecido de su vista entrando en la casa. Pero ¿qué hacía ella allí? Mirando más allá vio a Linda Stewart riendo junto a unas amigas mientras se llevaba un vaso a los labios y sumó dos más dos.

Suspiró un poco inquieto e intentó en vano relajarse.

—¿No piensas decirme qué te ocurre? —insistió Stella.

—Nada. Estoy cansado. Ha sido una semana dura.

—Ya me imagino. ¿Cómo va el rodaje?

—No hemos empezado, estamos con los ensayos.

—Te compadezco. —Hundió los dedos en su cabello rubio, aun sentada en su regazo mientras otros invitados se lanzaban a la piscina entre risas y gritos eufóricos.

Media hora más tarde, Sarah seguía sin salir del interior de la vivienda. Y él no podía sacársela de la cabeza, algo que era del todo estúpido. ¿Qué más le daba lo que hiciese? Unos metros más allá, Linda ya estaba borracha tumbada en una colchoneta de la piscina y divirtiéndose, algo que lo molestó. ¿No debería haberse hecho responsable de Sarah si la había invitado a acompañarla aquella fiesta?, ¿no tendría que estar pendiente de esa chica tan... tan... ignorante? Porque era eso, una pardilla que no tenía ni idea de cómo funcionaba aquel mundo. Probablemente aquella sería una de las primeras fiestas a las que habría asistido en toda su vida. A Kevin le entraron ganas de reír al pensarlo.

Pero a él le daba igual. Por supuesto que sí. Del todo.

Cuando se puso en pie, Stella protestó de inmediato.

—¿A dónde vas? Si la fiesta acaba de empezar...

—Ya te he dicho que estoy cansado.

—Kevin, vamos, quédate. —Le dirigió una mirada coqueta—.

Podemos subir a la habitación, si te apetece más que estar aquí... —añadió

posando una mano en su pecho.

—Quizá otro día.

Le dio un beso en los labios que a ella pareció contentarle. Para él, en cambio y como siempre, no supuso nada. Kevin ya se había acostumbrado a que los besos fuesen así: vacíos, carentes de emoción, si acaso con una chispa de deseo por lo que venía después... pero nada más. Puede que fuese porque había regalado demasiados durante los últimos años o porque, tal como le había dicho Sarah mirándolo a los ojos en esa cafetería, era un amargado cínico que había perdido la ilusión.

Sarah...

Suspiró hondo mientras caminaba hacia la salida y buscaba las llaves del coche. Luego, pese a lo que le gritaba su cabeza, dio media vuelta con la excusa de que pasaría antes por el servicio y fue hacia la vivienda, aunque, ¿a quién quería engañar? No necesitaba hacer esa parada antes de irse a su casa. Pero cedió al primer impulso.

Dentro, la gente bailaba animada y la cocina estaba llena de botellas vacías y vasos de plástico. Tuvo que esquivar a varios conocidos que se empeñaron en hablarle de cualquier tontería que a Kevin no le interesaba escuchar en esos momentos.

¿Qué estoy haciendo aquí...? ¿Qué estoy haciendo...?

Había una impertinente voz en su cabeza que no lo dejaba en paz, pero aun así continuó avanzando e intentando distinguir entre la multitud a una chica

de aspecto corriente que había asistido a una fiesta semejante con deportivas y vaqueros. Vamos, que era la única desubicada del lugar, eso resultaba evidente tras un primer vistazo.

Sin embargo, no estaba en el salón, ni en el comedor principal, ni en la habitación de juegos en la que algunos invitados jugaban una partida al billar...

Empezó a notar una sensación incómoda en la boca del estómago conforme subía los escalones hacia la segunda planta. Y por fin, allí, la encontró. Estaba en el pasillo, apoyada en la pared con un vaso en la mano. Andrew estaba delante de ella, casi cerrándole el paso con su cuerpo como si no quisiese dejarla escapar. Le sonreía de esa manera estúpida que Kevin tanto odiaba. Apretó los puños y controló las ganas que tenía de sostenerlo de la camisa y apartarlo de ella a la fuerza. Se aclaró la garganta antes de hablar.

—Aquí estás, llevo un rato buscándote.

Sarah lo miró con los ojos entornados. Era evidente que había bebido más de la cuenta.

—¿Me buscabas a mí? —Dudó balbuceando.

—Claro, ¿a quién si no? Vamos, es hora de irnos.

—Esto... Yo...

Pero no le dejó contestar. La sujetó del brazo con firmeza, tiró de ella y comenzó a bajar las escaleras. ¿Desde cuándo se había convertido en una especie de niñera? Ni idea, pero fue incapaz de marcharse y dejarla allí

sabiendo cómo era Andrew.

—¿A dónde te la llevas? Estábamos hablando.

Se giró hacia el susodicho reprimiendo las ganas que tenía desde hacía años de cruzarle la cara, que no eran pocas. A su lado, Sarah se tambaleó un poco y le pasó una mano por la cintura para mantenerla pegada a su cuerpo.

—La llevo a su casa. Por si no te has dado cuenta, está borracha. Bueno, perdona, espera, que ahora que recuerdo... —se llevó un dedo a los labios—, a ti te gustan justo así: indefensas. O de cualquier manera con tal de que tengan que ver conmigo, ¿no es cierto?

—Estás completamente loco —escupió Andrew.

—Ya nos veremos. —Avanzó sin mirar atrás.

Sarah, aun pegada a él, protestó un poco mientras la sacaba casi a rastras de la casa. Kevin miró a su alrededor, preguntándose qué hacer. Descartó rápidamente la idea de que Linda pudiese ayudarlo, porque estaba claro que sería más una carga que otra cosa: a esas alturas, estaba bailando como loca alrededor de la piscina con la sexta o la séptima copa en la mano.

¿Qué podía hacer?, ¿qué debía hacer...?

¡Maldita sea!, tenía que estropearle la noche, como si no hubiese tenido suficiente con aquella semana infernal aguantando sus miradas de pequeña sabihonda cada vez que ensayaban una nueva escena y él se equivocaba porque ni se había molestado en leer el guion.

Estaba todavía debatiéndose, cuando oyó la voz de Stella a su espalda.

—Pensaba que tenías mucha prisa por irte.

—Y la tengo —afirmó malhumorado.

—Pues no lo parece. ¿Quién es esta?

Miró a Sarah como si fuese un bicho pegado en la suela de su zapato. A Kevin debería haberlo sorprendido, pero no lo hizo. En realidad, ¿no eran todos así? Él el primero. Hacía ya mucho tiempo que se había perdido entre las luces de los focos. Aun recordaba cómo se había comportado la primera vez que se cruzó con Sarah en las puertas del estudio y le salpicó de café. Sí, había tenido una mañana de mierda, pero eso no era excusa...

—Es mi compañera de rodaje, tengo que llevarla a casa.

—No me lo habías dicho —se quejó airada.

—Pues ahora ya lo sabes. Vamos, Sarah.

—¡No! —Tenía la mirada vidriosa—. No quiero ir contigo. Eres... eres... ¡terrible!

—Venga, no me lo pongas más difícil.

La cogió del codo, pero la chica se resistió.

Era oficial: estaba completamente ebria.

—No parece tenerte en mucha estima —dijo Stella.

—Eso parece. Sarah, no hagas que te cargue como a un saco de patatas —le advirtió, pero la joven se limitó a reírse e intentar escapar para regresar a la fiesta. Lo último que Kevin quería era volver a cruzarse con Andrew o alargar más aquel momento—. Está bien, tú lo has querido... —Y sin más

preámbulos, la levantó sin esfuerzo pese a sus protestas y se alejó de una asombrada Stella y del resto de la fiesta que siguió su curso sin ellos.

Meterla en el coche fue todo un suplicio.

Sarah no dejaba de decir tonterías mientras él intentaba con esfuerzo que se estuviese quieta para abrocharle cinturón de seguridad. Una vez lo consiguió, subió en el asiento del conductor y respiró profundamente para recuperar la calma perdida.

¿Por qué se había metido en aquel engorro?

Esa chica no era su responsabilidad. Ni le importaba. En todo caso... incluso le caía mal. Le recordaba todo lo que él no era, las cosas que había perdido por el camino. Y eso no era nada bueno, porque Kevin prefería seguir en su vida de siempre sin preocupaciones.

Aunque así fuese a sentirse eternamente vacío...

Frenó delante de un semáforo en rojo cuando se dio cuenta de que no tenía ni idea de a dónde dirigirse. Se giró hacia la joven a la que se había llevado a rastras y, para su desconcierto, vio que se había dormido. Es más, dejaba escapar unos leves ronquidos.

—Mierda —masculló. Pisó el acelerador al ver que se ponía en verde y siguió adelante por la calle de enfrente mientras sacudía a Sarah por el hombro—. Oye, despierta.

—Hmmfff.

—Necesito que me digas dónde vives.

—Hmff.

Ella lo ignoró, ajena a la situación.

—Vamos, dame una dirección...

Cuando comprendió que aquello no iba a ocurrir, se revolvió el pelo con nerviosismo y puso rumbo a su casa, que estaba en una exclusiva zona de la costa, apenas a unos metros del mar. Maldijo entre dientes. Si hubiese sabido antes que la noche acabaría así, se hubiese pensado dos veces involucrarse en aquel asunto, aunque, ¿a quién quería engañar? No habría podido evitarlo. Era incapaz de ponerse una venda ante algo así.

Y, además, Sarah resultaba un blanco demasiado fácil.

Por un instante, cuando paró el coche delante de su casa mientras la puerta automática del garaje se abría, miró a la joven que tenía sentada al lado y deseó poder protegerla. Algo que era una estupidez. Sacudió la cabeza, contrariado, y justo en ese momento una luz cegadora que conocía demasiado bien estalló en medio de la noche.

—Mierda. —Apretó los dientes.

Intentando ignorar el segundo chasquido del *flash* de esa cámara de fotografía, aceleró en cuanto la puerta se abrió del todo y entró en la seguridad de su hogar, el único sitio en el que se sentía tranquilo. Tras dejar el coche en el garaje, abrió la otra puerta y sacó como pudo a Sarah, que al ver que él intentaba cargarla, pareció despejarse un poco.

—¿Dónde... dónde estoy...?

—En la morada del lobo feroz.

—¿Kevin? —Tenía la voz adormilada.

—¿Crees que puedes salir y caminar si te sujeto?

—¡Claro que puedo! —balbuceó y, cuando hizo el primer intento, estuvo a punto de caer. Sarah empezó a recordar algunos destellos de esa noche: el error estaba claro y había sido aceptar dos o tres copas cuando ella lo máximo que bebía con sus compañeras de piso una vez a las mil era una cerveza. Y en menos de media hora... no habían tardado en subirle.

—Bien, tranquila. Te tengo —dijo él muy cerca de su oído.

Sarah ignoró el cosquilleo que sintió al notar el aliento de Kevin en su nuca. Apenas podía pensar con claridad. ¿Dónde se encontraba? Aquel lugar era oscuro... y estaba lleno de coches... pero de repente cruzaron una puerta y todo se volvió mucho más luminoso. Parecía el decorado de una película de los años ochenta, pero no en el mal sentido, sino todo lo contrario. Era asombroso. Era... era absolutamente...

—Creo que voy a vomitar... —logró decir.

—Joder. —Se calló varios improperios más cuando la chica se dobló en mitad del pasillo de su casa y vomitó todo lo que había bebido. Al parecer, no había cenado, lo que en ese crítico momento a Kevin casi le pareció un golpe de suerte.

—Lo siento... —gimió medio llorando.

—No pasa nada. Ya está. Ven, siéntate.

La condujo por lo que parecía ser el comedor y la sostuvo hasta que se sentó en el sofá marrón que recorría una de las paredes desde un extremo a otro. Mientras escuchaba a Kevin trajinando en el pasillo (supuso que limpiando), observó con los ojos entrecerrados aquel lugar. La cocina estaba abierta y separada del salón por una barra americana de madera oscura, alrededor de la cual había taburetes de mullido cojín rojo como si de una especie de bar de carretera se tratase, algo que contrastaba con el ambiente más cálido y confortable de la zona de descanso en la que ella se encontraba, justo delante del inmenso televisor.

Estaba claro que Kevin se había tomado numerosos esfuerzos por hacer de aquel sitio algo suyo, con personalidad. No solo por lo más evidente, sino también por los pequeños detalles, como los posters de míticas películas que colgaban enmarcados de las paredes.

Cuando él volvió a aparecer, Sarah se dio cuenta de que veía un poco doble.

—Creo que sigo sin encontrarme bien... —consiguió decir a duras penas.

—Eso ya lo veo. Venga, levántate.

Kevin la ayudó a ponerse en pie y volvieron a enfilar el pasillo, que ya estaba limpio. Sarah avanzó a trompicones mientras él la sostenía por la cintura hasta llegar a una habitación pequeña, pero cálida, en la que tan solo había un armario y una cama en el centro con varios almohadones. Ella pensó

que nunca en toda su vida había deseado tanto tumbarse.

—Apóyate en mí para quitarte las zapatillas.

Sarah le rodeó el cuello con los brazos tras conseguir desprenderse del calzado y marearse de golpe al incorporarse. Kevin la sostuvo contra su cuerpo.

—Hueles... increíblemente bien... —Sarah inspiró hondo.

—Lástima que no pueda decir lo mismo, cielo.

Kevin intentó no reír mientras la tumbaba en la cama, porque era cierto, apestaba a alcohol. La tapó con la sábana cuando consiguió que se estuviese quieta y, casi antes de que pudiese salir de la habitación, vio que había vuelto a quedarse dormida.

Suspiró y sacudió la cabeza. Esa chica iba a traerle problemas.

6

Sarah parpadeó confundida antes de conseguir abrir los ojos del todo. Le dolía todo el cuerpo, especialmente la cabeza. Miró a su alrededor. La luz del sol penetraba por la ventana del dormitorio pequeño en el que se encontraba y ella estaba aún vestida con ese top rojo que ahora le parecía ridículo y los incómodos vaqueros.

¿Qué había hecho...?

No tardó en recordar algunas escenas sueltas de la noche anterior y deducir que estaba en casa de Kevin Larson, su *insoportable* compañero de rodaje que, en el fondo, no parecía ser tan terrible, visto lo visto. Sarah se llevó una mano a la cabeza cuando se incorporó y todo empezó a dar vueltas. Definitivamente, no volvería a beber.

Había sido una estupidez hacerlo para intentar integrarse en aquella fiesta, pero pensó que sería incómodo negarse cuando Andrew le preparó una copa... y después otra... y otra más. Se maldijo interiormente por no haber sido un poco más firme en sus ideas, pero es que, allí en medio del salón con la música a todo volumen, sintió que empezaba a encajar en aquel mundillo que apenas había empezado a conocer y que en el fondo no le gustaba...

Algo desubicada, consiguió caminar por el pasillo y llegar hasta el

salón, desde donde llegaba un delicioso aroma a huevos revueltos y beicon recién hecho...

Al llegar allí, descubrió que Kevin estaba en la cocina abierta, delante de una sartén en la que chisporroteaban los ingredientes. El estómago le rugió de hambre. Apenas había comido nada durante el día anterior y se le hizo la boca agua.

Él le dirigió una mirada burlona.

—Mira quién está aquí... la pequeña novata...

Sarah sintió que se le encendían las mejillas.

—Lo siento... no sé qué me pasó ayer.

—Ya. —Kevin sacó en un plato los huevos revueltos.

—No suelo ser así. Quiero decir, de hecho, ni siquiera bebo.

—Eso no hace falta que lo jures. Te emborrachaste en media hora. —

Alzó una ceja y ella tuvo ganas de que el suelo se abriese y se la tragase, porque, aunque estaba agradecida por todo lo que Kevin había hecho por ella, no le hacía precisamente ilusión sentirse como una niña que ha cometido un error delante de él. Sobre todo, cuando ya la trataba como tal.

—Me sentó un poco mal —admitió.

Kevin la miró largamente, como si en realidad estuviese viendo más de lo que ella decía o pudiese conocerla, y después le preguntó si le apetecía desayunar. Como respondió que sí, le sirvió un plato igual que el suyo y sacó de la nevera un tetrabrik de zumo.

Sarah se acomodó en la barra, frente a él.

—No deberías hacer nada que no te apetezca.

Ella alzó de sopetón la cabeza hacia Kevin y tragó con fuerza.

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió.

—Ya lo sabes. Que no es necesario que le sigas la corriente a todo el mundo para encajar. Haz lo que realmente te apetezca, eso es todo. —Siguió comiendo.

—Es curioso que precisamente tú me des ese consejo...

—¿Por qué? —La miró con los ojos entrecerrados.

—Bueno, para empezar, eres un prototipo andante. Es decir, lo que todo el mundo esperaría de una estrella de cine joven: protagonizas portadas de revistas, sales cada mes con una chica diferente, no te tomas tu trabajo muy en serio y asistes a las mejores fiestas.

—Visto así... —Kevin sonrió sin humor y luego se encogió de hombros—. Supongo que sí. Razón de más para que me hagas caso: créeme, sé de lo que hablo.

Sarah lo observó en silencio durante unos segundos.

En ese momento, fue cuando se dio cuenta de que, precisamente haciendo lo contrario, Kevin escondía más de lo que parecía a simple vista, aunque era evidente que no quería que ella lo descubriese. Mejor dicho: que nadie lo hiciese. Se preguntó cómo debería ser vivir así, actuando constantemente, llevando a cuestras un papel eterno.

Sarah se aclaró la garganta antes de hablar.

—Muchas gracias por lo de anoche.

—No hay de qué. Me basta con que no vuelva a ocurrir. —Se terminó el zumo de naranja de un trago y después la miró un poco vacilante, como si no estuviese seguro de añadir lo que finalmente terminó diciendo—: En cuanto a ese tipo, Andrew... te aconsejo que te mantengas alejada de él. No es lo que se dice trigo limpio.

—No fue culpa suya... —Sarah se apresuró a defenderlo, aunque tan solo fuese porque nadie más se le había acercado en la fiesta para darle un poco de conversación—. Quiero decir, era imposible que supiese que no acostumbro a beber, se me fue de las manos...

—Lo que tú digas. —Kevin resopló.

Luego se puso en pie, dejó los platos en la pila y comentó que iba a cambiarse para llevarla a casa. Mientras lo hacía, Sarah se terminó el desayuno y aprovechó el tiempo que le sobró para echarle un vistazo más a fondo a la estancia. Era un lugar muy bonito, lleno de personalidad. Coincidían en numerosas películas favoritas por los posters que había enmarcados en las paredes del salón u otros artilugios cinéfilos que encontró en las estanterías de madera rústica. Sin embargo, pese a lo mucho que aquel lugar parecía reflejar lo que Kevin quería transmitir sobre él mismo, Sarah no pudo evitar percatarse de que no había ninguna fotografía familiar. Nada. Ni rastro de algo que indicase algo sobre su vida más íntima...

—¿Estás lista? —le dijo él cuando regresó.

—Sí. —Se mordió el labio inferior, indecisa. Quería preguntarle por su familia o por cómo había llegado a ser quién era... pero no se atrevió a hacerlo, porque, a fin de cuentas, a ella debería darle absolutamente igual. No le gustó esa curiosidad que empezó a asomar cuando lo miró a los ojos y tampoco que de repente su mirada azul e intensa ya no le fuese tan indiferente. No le gustó nada. Sacudió la cabeza y lo siguió hasta el garaje.

Apenas hablaron durante el viaje de regreso.

Ella le indicó dónde vivía y él condujo mientras sonaba música por la radio. Evitó mirarlo de reojo y empezó a sentir el peso de la incomodidad. Se dijo que, para ir prevenida, quizás debería haber investigado antes algo más sobre Kevin, porque lo único que sabía de él eran los rumores que habían salido en la prensa durante el último año.

En el fondo, no conocía al chico que tenía al lado.

—¿Es ese edificio de ahí? —Él lo señaló a través del cristal.

—Sí. Para aquí mismo. —Se quitó el cinturón de seguridad—. Gracias por traerme.

Kevin no contestó, así que ella se apresuró a bajar del coche a toda prisa y echó a andar por la calle. Sin embargo, en el último momento no pudo evitar girarse y, para su sorpresa, el coche seguía allí parado a un lado de la calzada y los ojos de Kevin estaban fijos en ella mientras se alejaba hacia el portal del edificio.

Cuando subió a casa, saludó a una de sus compañeras que estaba hablando por teléfono y se metió en su habitación. Se dio una ducha larga y, ya limpia por fin, se sentó en la cama y encendió el ordenador. Dudó un poco, pero final tecléo aquel nombre en el buscador: Kevin Larson. De inmediato aparecieron un sinfín de entradas, especialmente las relacionadas con los últimos años, cuando más fama había adquirido tras aquel papel en la adaptación de Romeo y Julieta. Pero había más información. Cosas como que, por ejemplo, había participado en un *show* juvenil mucho tiempo atrás, aunque por lo visto solo se emitió en un canal secundario y de poca audiencia. Además, desde niño había protagonizado numerosos anuncios y papeles secundarios, pero, sobre todo, había trabajado como modelo en catálogos de ropa o de grandes almacenes.

Al intentar descubrir algo más sobre su vida íntima, le ocurrió un poco lo mismo: había numerosa información reciente, pero nada demasiado lejano. Comprobó sorprendida que todas las chicas con las que había salido eran preciosas, casi irreales.

Tal como él mismo le había contado, nació en Canadá.

Y poco más. No había datos sobre cuándo decidió mudarse a Estados Unidos, ni sobre su relación con sus padres o algo que no resultase superficial. Fue entonces cuando Sarah comprendió que lo que el mundo conocía sobre Kevin era exactamente lo que él quería que conociesen. Ni más ni menos.

7

No estaba muy segura de qué había esperado cuando llegó al estudio el lunes por la mañana, pero una de sus últimas opciones era que Kevin la tratase como si aquel fin de semana no hubiese ocurrido nada: es decir, tal como estaban antes: apenas la miró antes de dirigirse a la zona del vestuario y, para no variar, se mostraba hastiado y de mal humor.

Sarah se limitó a repasar su guion mientras todos iban llegando.

Cuando lo hizo Linda, se dirigió hacia ella con una mano en el pecho y una expresión de angustia algo exagerada. La abrazó como si llevasen semanas sin verse.

—¡Siento mucho lo que ocurrió en la fiesta! Ya sabes, descontrolé... y luego no hubo manera de encontrarte... ¡Qué desastre! Debes pensar que soy la peor amiga del mundo.

—No fue culpa tuya. —Y era cierto. No pensaba responsabilizar a Linda por lo que había ocurrido—. Además, al final todo salió bien. Podría haber sido catastrófico... si llego a vomitar en medio de la fiesta... Imagínate. —No pudo evitar sonreír.

—¡Oh, hablando de eso! ¡Qué fuerte! Ya verás cuando Sean se entere...

—¿Cuándo Sean se entere de qué?

—De las fotos que han salido, claro.

—No sé de qué fotos me estás hablando...

En ese momento, se abrieron las puertas y el director entró con aire triunfal.

—¡Todos los lunes deberían empezar así! —exclamó alegremente y luego lanzó una revista que llevaba bajo el brazo encima de la silla del salón donde estaban reunidos.

Sarah gimió al leer el titular. *¿Qué había hecho?, ¿cómo era posible que un acto tan simple como asistir una noche a una fiesta desencadenase todo aquello?* Se suponía que ella, precisamente, era responsable y que, a esas alturas, debería estar centrada al cien por cien en su trabajo si es que quería algún día llegar a ser alguien dentro del mundillo.

Leyó de nuevo el titular: «La nueva conquista de Kevin Larson: su compañera de rodaje Sarah Bilson», aparecía una fotografía en la que se los veía a los dos en el interior del coche delante de la puerta de su casa, a oscuras. Él estaba algo inclinado hacia ella y, de no ser porque Sarah sabía que en esos momentos estaba dormida, podría parecer que Kevin le estaba susurrando alguna cursilería antes de que ambos entrasen en el garaje.

—¡No soy su nueva conquista! —Fue lo único que logró decir.

—Desde luego que no... —Kevin salió de la zona de los camerinos en ese momento. No parecía más contento que ella, pero sí despreocupado, como

de costumbre, seguramente porque estaría bastante acostumbrado a vivir situaciones del estilo.

Sarah cogió la revista, indignada.

—Es... es... ¡denunciable!

Todos se echaron a reír a su alrededor.

—Es adorable —murmuró Linda con dulzura.

—¿Qué? ¡No! Es que no es verdad. ¿Cómo pueden darlo por sentado?

—Así funcionan las cosas por aquí. —Kevin se encogió de hombros.

—Pensemos en los beneficios. —Sean los miró sonriente—. Ya han llamado esta mañana varios medios interesándose por la película y por Sarah Bilson, todo el mundo parece querer saber quién es. Deberíamos guardarnos esa baza de cara a la promoción, pero no estaría de más que os dejaseis ver juntos en alguna que otra ocasión...

—¿Por qué querríamos hacer algo así? —preguntó Sarah confusa.

—Oh, cielo, los romances dentro de la pantalla que terminan siéndolo fuera siempre atraen la publicidad gratuita —le explicó el director.

—¡Pero no hay ningún romance fuera!

—Eso es lo de menos. —Sacudió la mano.

—Ten paciencia con ella. Es un poco impresionable —dijo Kevin burlón.

—Oye, ¿a qué ha venido eso? No soy impresionable. Es solo que no veo la necesidad de mentir. Creo en esta película. En este proyecto. Y en que

puede defenderse solo.

Kevin se entretuvo unos segundos contemplando aquel rostro lleno de determinación y, aunque quizás ella pensó que su sonrisa estaba siendo de nuevo jocosa, no fue así, sino todo lo contrario. Más bien era... curiosa. No podía evitar pensar que cualquier otra chica se habría alegrado por aquel malentendido cuando ella, en cambio, parecía indignada.

Le apenó darse cuenta de que pronto perdería esa inocencia.

Todos lo hacían, era inevitable cuando el éxito llamaba a la puerta.

Empezó a sentirse mal, aunque no supo por qué. Era un tirón incómodo al darse cuenta de que él también formaba parte de ese grupo: se había perdido hacía tiempo. Quizás por eso, cuando Sean se alejó para darle a Linda unas indicaciones sobre el ensayo de aquel día, él se acercó hasta Sarah y se inclinó rozándole la oreja con los labios. Notó cómo ella se estremecía y le gustó poder desconcertarla así, aunque no tuviese ningún sentido.

—No parecías tan convencida la otra noche... —le susurró.

—¿Qué has querido decir con eso? —Ella tragó saliva nerviosa.

—Ya sabes, ¿cómo era? —Fingió estar recordando antes sonreír e imitar su voz femenina—. *Hueles... increíblemente bien...*

—Oh, no dije eso. No, no, es imposible.

—Créeme, sí lo dijiste. Te faltó poco para abalanzarte sobre mí —bromeó—. Temía por mi vida y todo. Suerte que conseguí meterte en la cama.

Reprimió una carcajada al ver cómo las mejillas de Sarah iban

adquiriendo color progresivamente. Parecía dudar, como si no lo recordase del todo bien. Y a Kevin le gustó que lo hiciese, porque, a fin de cuentas, ¿qué problema tenía con la idea de que él pudiese parecerle atractivo? Era como lo veían casi todas las mujeres que conocía. Y, sin embargo, Sarah parecía inmune a sus encantos, hasta el punto de que parecía incomodarle hasta fingir un romance con él de cara a la prensa. No debería molestarle, pero...

Tenía un orgullo demasiado frágil.

Sarah intentó recomponerse en cuanto él se alejó de ella. Le hubiese gustado ser inmune a su cercanía, pero era complicado. Una cosa era cierta: los borrachos decían la verdad, porque desgraciadamente Kevin olía demasiado bien. No estaba segura de qué colonia usaría o si era una mezcla del perfume y del aroma de su propia piel, pero resultaba embriagador.

Sacudió la cabeza. Si seguía por ese camino terminaría siendo otro juguete roto más de Hollywood. Apretó el guion contra su costado y se acercó hacia Sean.

—¿Hoy seguimos con los ensayos?

—No, hoy rodamos lo que ensayamos la semana pasada. —La miró con atención. A pesar de sus extravagancias, a Sarah le gustaba cómo la trataba—. ¿Te ves preparada?

—Sí. Me muero de ganas. —Le sonrió.

—Pues ve a vestuarios, Amie te está esperando.

Dos horas después, Sarah estaba vestida con un peto vaquero que le

quedaba horrible y rodaba una de las primeras tomas mientras se dirigía hacia la puerta de la universidad con la mochila colgada del hombro. Le habían puesto unas gafas sin graduar y parecía una pardilla recién llegada a la ciudad, que era precisamente lo que querían representar.

Los extras estaban esperando en el recinto que habían decorado como la clase. Tras cinco horas de rodaje, solo habían conseguido aproximadamente tres minutos buenos y unas cuantas líneas del guion. Tras una parada para comer, Kevin entró en acción por primera vez. Y lo hizo mal. De hecho, lo hizo tan mal, que por un instante a Sarah se le pasó por la cabeza la idea de que estuviese haciéndolo a propósito. Se suponía que tenía que entrar en el aula rodeado de sus amigos y la chica que Linda representaba, alegre y bromeando, pero en cambio parecía como de costumbre en la vida real: desganado.

—¡No, no, no! Qué desastre, Kevin. ¡Repetimos!

Ignoró las indicaciones de Sean y volvió a hacerlo mal.

—¡Corten! ¿Qué te pasa, Kevin?

—Nada —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Podemos hablar un momento a solas?

—Claro. —Salió junto al director.

Linda, agotada, se dejó caer al lado de Sarah en aquella breve pausa, mientras una de las ayudantes de Amie le colocaba bien el lazo poco elegante que llevaba en la cabeza.

—¿Qué le ocurre? —preguntó en susurros.

—¿A quién? —Linda la miró sin comprender.

—A Kevin. Quiero decir... vi esa adaptación de Romeo y Julieta. —
Buscó las palabras adecuadas—. No lo hacía mal, nada mal. Es más... fue el
mejor del reparto, pero ahora...

—A saber. —Linda resopló—. Es un crío.

Sarah no estaba tan segura de que se tratase solo de eso, pero no
comentó nada más. Se quedó allí un rato junto a Linda viendo videos en
Youtube de gatitos graciosos, hasta que el director regresó con el protagonista
y pudieron volver a ponerse manos a la obra. Y aunque Kevin mejoró bastante
su interpretación, ella no podía sacarse de la cabeza la idea de que ahí pasaba
algo, porque, ¿qué sentido tenía que de pronto actuase tan terriblemente mal?

Casi parecía que lo hacía a propósito...

8

Por desgracia, la dinámica a lo largo de la siguiente semana siguió un poco igual. Kevin se mostraba dispuesto a sabotear la película, se reía del papel que le había tocado interpretar, aparecía tarde por las mañanas o se marchaba antes de la hora.

La mitad del tiempo, Sarah tenía ganas de golpearle.

La otra mitad, intentaba recordar que era el mismo chico que se había tomado la molestia de sacarla de aquella fiesta y acogerla en su casa cuando podría haberse marchado sin más, dejándola a su suerte. Pero eso era precisamente lo que más le intrigaba de aquello: que esas facetas no parecían casar mucho entre sí. Era como si tuviese dos caras todo el tiempo.

A veces ni siquiera sabía qué pensar sobre él.

Por si eso no fuese suficiente, su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y, durante dos días seguidos, se había encontrado a un par de paparazis que intentaron hablar con ella al salir de las puertas del estudio. Puede que para sus compañeros no fuese gran cosa, pero ella no estaba acostumbrada a tener que lidiar con algo así.

Y la actitud de Kevin no ayudaba nada de nada.

El viernes a última hora de la tarde, tras toda una semana soportando

sus caras largas cada vez que tenían que trabajar, no pudo aguantar más y dejó de morderse la lengua.

Durante un descanso, mientras Sean le daba instrucciones a Linda, se acercó hacia él y resopló, algo que hizo que Kevin la mirase sin mucho interés.

—¿Por qué lo estás haciendo? —le preguntó.

—¿Haciendo el qué, exactamente?

—Esto. Trabajar mal a propósito.

Kevin pareció sorprendido unos segundos, pero se recompuso en seguida antes de volver a enfrentarla. Había un brillo juguetón en su mirada, algo que a Sarah la incomodaba. No estaba acostumbrada a tratar con hombres como él. Ni siquiera estaba acostumbrada a tratar con hombres, a secas. Había tenido pocas citas durante los últimos años. Las justas y necesarias como para darse cuenta de que el mercado masculino estaba muy mal.

—Te aconsejo que te mantengas al margen.

—¿Lo haría si no fueses el dichoso protagonista de esta película!

—Habla entonces con los directores de la audición.

Y sin más, él se dio media vuelta dejándola con la palabra en la boca. Sarah dejó escapar el aire, derrotada. ¿Cómo iba a conseguir que el proyecto fuese un éxito si el cincuenta por ciento de ello dependía de ese chico que parecía odiar cada línea del guion? ¿Y por qué se comportaba así? Vale que pareciese un cínico al que no le importaba demasiado nada de lo relacionado

con el trabajo, pero una cosa era eso y otra hacerlo tan... rematadamente mal.

Pensó en los años que llevaba esperando aquella oportunidad.

Pensó en su madre, que confió en ella hasta su último suspiro.

Pensó en la beca de la universidad que rechazó al irse a Los Ángeles.

Y finalmente dejó de pensar y se dirigió con grandes zancadas hacia el interior del estudio y la zona de los camerinos. Abrió la puerta del de Kevin enfadada y resoplando. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, quizás, debería haber llamado antes.

Él estaba sin camiseta, buscando una muda cómoda.

—¿Estás intentando acosarme? —Se burló divertido.

—¡Por supuesto que no! Yo solo... —Iba a decirle que sabía que lo estaba haciendo a propósito y que necesitaba que empezase a tomarse en serio aquel proyecto, pero lo cierto era que tenía las mejillas tan rojas y estaba tan nerviosa mientras él la miraba triunfal, que no encontró las palabras—. Solo quería... —titubeó. ¿Por qué no se tapaba con algo? ¿Y por qué su torso era como el de los anuncios de colonias que salían por la televisión?—. Yo solo quería comentar contigo lo que nos dijo Sean... sobre ensayar por nuestra cuenta...

Kevin la miró con un renovado interés.

—De acuerdo. El domingo en mi casa.

Sarah pensó que debería negarse, pero sonaría estúpido cuando él por fin parecía dispuesto a colaborar, que era lo que ella había pretendido desde

el principio...

—¿El domingo...? —Dudó nerviosa.

—Pasaré a recogerte —zanjó él.

Tras eso, la ignoró y ella salió de su camerino.

No estaba muy segura de que fuese una buena idea ir a ensayar a su casa. ¿Y si daba pie a malentendidos? Aunque, visto lo visto, eso no parecía ser un aspecto negativo para Kevin o el director, Sean. En cambio, a ella le costaba un mundo fingir lo contrario, lo que resultaba irónico teniendo en cuenta que debería ser capaz de actuar.

Pero es que no estaba acostumbrada a aquello.

—¿Qué te pasa? Tienes mala cara. —Linda le sonrió cuando ella volvió al estudio del rodaje y se sentó a su lado mientras se llevaba a cabo una escena en la que ninguna de las dos aparecía—. ¿Quieres una gominola de fresa? Seguro que te anima.

Le dio la bolsa, que Sarah aceptó con un suspiro.

—No estoy segura de que termine de gustarme eso de que todo el mundo piense que entre Kevin y yo puede haber algo... Esta semana me esperaron dos paparazzi al salir...

—¿Dos? ¿Y eso te parece un drama? —Se rio sin humor.

—¿Cómo lo hiciste al principio? Quiero decir... cuando llegaste a Hollywood...

La expresión de Linda cambió mientras mordisqueaba una golosina de

fresa. De repente pareció más niña que en cualquier otro momento, perdida en sus propios recuerdos. Tomó aire con brusquedad y sacudió la cabeza, luego se encogió de hombros.

—Fue difícil. Mi llegada a la ciudad resultó un poco... inesperada.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Sarah con curiosidad.

—Es una larga historia. —Evitó su mirada—. El caso es que cuando llegué aquí me sentía muy perdida y muy confundida. Ni siquiera quería ser actriz. No tenía claro qué quería ser, en realidad. Empecé a trabajar en un supermercado y un agente se fijó en mí unos meses más tarde... el resto es historia. Surgió un proyecto y después otro más importante y finalmente... aquí estamos. —Se encogió de hombros.

—¿En serio? —Sarah la miró alucinada—. Vaya, las hay con suerte.

—No creas. También renuncié a otras cosas.

—¿Qué cosas? —insistió intrigada.

—Bueno... había un chico... —Se mostró de repente muy reservada e incómoda, nada que ver con la joven alocada y abierta que Sarah había conocido hasta ese momento. Mientras mordisqueaba una golosina, parecía sumida en sus recuerdos—. Era un chico especial...

—Entiendo. Y quedó atrás —adivinó Sarah.

—Yo lo dejé atrás, mejor dicho. Hui de él.

—¿Por qué? —Frunció el cejo.

—Era joven... estaba asustada...

—Oh, Linda... —Suspiró.

—Cometí un error terrible...

Sarah le frotó el brazo con cariño antes de inclinarse y darle un abrazo. Lo cierto era que ella nunca se había enamorado, al menos no de esa forma en la que percibía que lo había hecho Linda. Era fácil darse cuenta: la melancolía en sus ojos, el leve temblor del labio inferior y la contención de todo su cuerpo, como si se obligase a mantener esos viejos sentimientos a buen recaudo para no flaquear.

Ella ni siquiera podía imaginar cómo sería enamorarse así. Había salido con varios chicos y había tenido alguna que otra relación corta de unos cuantos meses, pero nunca consiguió sentir un cosquilleo en la tripa o esa sensación de estar delante de una persona de la que quería saberlo todo, que fuese única para ella. La mayoría de los chicos que se habían cruzado en su camino le habían terminado por parecer poco interesantes y en cuanto al sexo... hoy en día, Sarah todavía no comprendía por qué todo el mundo le daba tanta importancia. Eso o ella no había conseguido que fuese todo lo placentero que debería ser.

Miró a Linda, que parecía un poco apagada de repente.

—¿Y nunca has vuelto a contactar con él? —preguntó.

Linda sacudió la cabeza con la mirada perdida.

—No. Es mejor así, créeme.

—¿Por qué?

—Después de cómo acabó todo...

Sarah se mordió el labio inferior, curiosa.

—¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace cinco años. Antes de entrar en la iglesia.

—¿Qué quieres decir con eso...?

Linda suspiró hondo, con los ojos cerrados. Cuando los abrió otra vez, miró a Sarah con una mezcla de vergüenza y decepción antes de rendirse y contárselo todo.

—Lo que quiero decir es que íbamos a casarnos y yo... hui. No sé qué me pasó. Estaba delante de la iglesia, dentro del coche, con el vestido de mis sueños y entonces... le pedí al conductor que arrancase y condujese lejos de allí.

—¿¡Bromeas!?! —Sarah la miró alucinada.

—Por desgracia, no. Pero eso es historia. —Sacudió la cabeza, como si intentase convencerse a sí misma. Se limpió un par de lágrimas antes de ponerse en pie y Sarah la imitó, todavía consternada—. Ni una palabra de esto a nadie —exigió Linda, volviendo a recuperar esa habitual seguridad en sí misma—. Si la prensa llegase a enterarse de esto...

—Claro que no. Mis labios están sellados.

Su mirada se aflojó un poco.

—Gracias por escucharme.

—No tienes que dárme las.

Sarah estaba a punto de ir a hablar con Sean cuando Linda la sujetó del brazo y volvió a dirigirse a ella, pensándose bien sus siguientes palabras:

—Solo una cosa más. Ten cuidado con Kevin.

—¿Por qué me dices eso? —replicó Sarah.

—Porque he visto como te mira... Y eso que él hizo la otra noche no es su modus operandi habitual... Tengo un presentimiento raro. —Tomó aire de golpe—. Olvídalo. Quizá sea cosa mía, que últimamente no sé dónde tengo la cabeza...

Sarah pensó en decirle que la había invitado a su casa el próximo domingo para seguir con los ensayos, pero después de aquellas palabras prefirió guardarse aquello, aunque probablemente fuese a enterarse igual. Luego, intentando dejar atrás la extraña e íntima conversación que acababan de mantener, fue hacia el director y le comentó algunas sugerencias que había estado pensando sobre una escena.

—Me gustaría añadir esta frase al final del último diálogo, creo que le da un toque más amargo y dada la situación de la protagonista...

—Déjame ver. —Sean miró el guion pensativo mientras se frotaba el poblado bigote con las gafas de media luna resbalando por su aguileña nariz—. Sí, no es mala idea...

En ese momento, Kevin entró en el estudio y Sarah perdió la concentración. Dejó de prestarle atención a lo que estaba hablando con el director y levantó la mirada hacia él, que mantenía los ojos sobre su figura de

una manera descarada que la hacía sentirse incómoda.

¿Por qué se comportaba así? ¿Por qué a momentos parecía ignorarla para horas más tarde mirarla de aquella forma tan intensa que la ponía de los nervios?

Se estremeció y alejó la vista de él, inquieta.

Porque no le gustaba lo que estaba sintiendo.

Peor aún, no le gustaba sentir nada cuando se trataba de Kevin Larson.

9

El domingo esperó impaciente en el mismo lugar donde la había dejado a la mañana siguiente de aquella fiesta en la que todo salió del revés. Kevin apareció puntual, paró el coche a su lado y ella subió con los nervios un poco alterados. No sabía a qué se debía, pero por alguna razón se sentía intranquila al estar a solas con él y sobria. Y eso le molestaba porque no quería comportarse como la mayoría de las chicas lo hacían a su alrededor: tratándolo como a una estrella resplandeciente que conseguía arrancar suspiros sin esfuerzo.

Intentó no mirarlo demasiado mientras él conducía, pero se fijó en que llevaba puesta una gorra de beisbol y unas gafas de sol, probablemente para despistar y que no pudiesen reconocerlo tan fácilmente; aunque Sarah pensó que era inevitable hacerlo al fijarse en su cabello rubio y despeinado o en esa mandíbula firme y tan característica. Pasaron con el coche por un local que vendía batidos y helados. Ella se pidió uno de fresa, todavía nerviosa, aunque ni siquiera sabía por qué. Kevin, en cambio, se mostraba relajado.

Cuando llegaron a su casa, se apartó para dejarla entrar.

—Ya sabes dónde está el salón. Voy en seguida.

Sarah suspiró y se sentó en el enorme sofá de color marrón mientras

les echaba otro vistazo a los posters de películas. Luego empezó a abrir la carpeta donde guardaba el guion y algunos apuntes que habían comentado con el director a lo largo de la semana anterior. Cuando Kevin entró en el comedor, ella ya estaba manos a la obra.

—Veo que no pierdes el tiempo.

—Hemos quedado para ensayar, ¿no?

—Sí. —El cogió uno de los guiones y se sentó a su lado, con las piernas estiradas y el batido de chocolate que había pedido en la otra mano—. ¿Por qué escena empezamos?

—¿Qué tal la que rodamos mañana?

—Perfecto. —Pasó unas cuantas hojas—. “¿Cómo es posible que nunca hasta este momento me fijase en ti, Doria? Eres absolutamente preciosa” —susurró a media voz y Sarah se estremeció.

—“Estabas ocupado siendo un idiota” —continuó.

—“Te prometo que no volveré a serlo si me das una oportunidad”.

Cuando alzó la vista, Kevin estaba mirándola fijamente con esos ojos azules que cortaban el aliento. Se atragantó con el batido de fresa y él se echó a reír burlón.

—Es patético —dijo señalando el guion.

—¿Qué? ¡No, claro que no! Es una escena preciosa —defendió ella—.

Él se da cuenta de que lleva años con una venda en los ojos y que todo lo que había vivido hasta el momento era una farsa. Hasta que Doria aparece en su

vida. Entonces se permite ser él mismo.

—Menuda chorrada —replicó secamente.

—No lo es. El amor hace eso. Cambia a las personas y saca lo mejor de ellas. —Sarah no pensaba dar su brazo a torcer. El mensaje de la película era bonito.

—No me puedo creer que lo digas en serio.

—Claro que sí.

—¿El amor cambia a las personas? —repitió burlándose.

—Eres demasiado cínico para ser tan joven.

—Será que habré vivido demasiado.

Sarah dudó, pero al final hizo la pregunta que llevaba rondándole la cabeza desde que lo había conocido. No lo pensó antes de hablar de nuevo.

—¿Por qué estás tan amargado?

Kevin alzó las cejas con sorpresa.

—¿Yo? ¿Bromeas? —Se rio sin humor—. Soy millonario, famoso y puedo tener lo que quiera con tan solo chasquear los dedos. ¿Y tú piensas que estoy amargado?

—Sí, exactamente, eso es lo que he dicho.

Él sacudió la cabeza con desconcierto. No le gustaba que esa chica sabihonda pudiese ver tan claramente en su interior. Mientras que el resto del mundo se limitaba a pensar que era un engreído, ella iba más allá y no se quedaba con la primera capa.

—Sigamos con el dichoso guion —farfulló.

—Tengo otra pregunta —lo interrumpió Sarah.

—Joder, el día de las preguntas. Dispara.

Ella se pasó la lengua por los labios antes de hablar en un gesto inconsciente y él no pudo evitar fijarse más de la cuenta en lo suave que parecía su boca rosada.

—Si tanto odias todo esto, la película, el guion y el proyecto en general, ¿por qué aceptaste? Es que no lo entiendo. Podrías haberte negado.

—Dinero —masculló.

—Mientes. Ahora mismo te llueven las propuestas.

—Esta era fácil. ¿Podemos continuar o quieres que te enseñe mi árbol genealógico? Creo que nunca nadie me había preguntado tantas tonterías a la vez.

Sarah lo miró con dureza, pero luego resopló y cogió su cuaderno. Era un idiota sin remedio, no tenía sentido intentar averiguar por qué se comportaba así. Sacudió la cabeza e intentó concentrarse en las líneas que tenía que leer, pero no estaba disfrutando del ensayo como debería. Tenerlo cerca no la dejaba relajarse y dejar que fluyese.

—Hay algo que no entiendo —dijo cuando hicieron una pausa.

—¿El qué? Dispara más preguntas —bromeó él sarcástico.

—No es sobre ti. Además, no me interesas. —Quiso puntualizar—. Es sobre los ensayos. ¿Por qué tenemos que rodar antes las escenas más emotivas

del final?

—Bueno, existen varias razones —explicó Kevin estirándose y, cuando lo hizo, ella pudo ver la línea de su estómago que quedó al descubierto justo por encima del borde de los vaqueros al subirse la camiseta—. La mayoría de los directores prefieren hacerlo así porque cuando el rodaje empieza los actores principales apenas se conocen entre ellos.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que es una forma de evitar que, hacia el final del rodaje, la química sea inexistente o se haya convertido casi en odio. No me mires así, va en serio. Las escenas más importantes suelen ir antes, para que nada interfiera o influya.

—Comprendo. Tiene sentido, claro. Tú y yo, por ejemplo. Sí, podría ser catastrófico grabar estas escenas dentro de un tiempo. —Cabeceó convencida.

Él le mostró una sonrisa sincera casi por primera vez.

—¿En serio te parezco tan terrible?

—A veces. Tienes tus momentos.

—Eso ya va sonando mejor.

—Pero eres muy orgulloso.

—No voy a llevarte la contraria en eso. —Suspiró—. Aunque tú eres... ¿cómo decirlo? La típica persona tan perfecta que saca de quicio a los que no lo somos.

—¿Qué?! ¡No! Es justo al revés. Yo soy normal, imperfecta, no como...

—No como... —la instó él a continuar.

—Pues ya sabes, esas chicas.

—¿Esas chicas?

—Sí, con las que sueles relacionarte.

—¿Has estado investigándome?

La sonrisa de Kevin se transformó en una mueca seductora que a ella le puso el corazón a mil de repente. Ojalá pudiese ser inmune a él, pero para eso tendría que ser un robot.

—No. Quiero decir, todo el mundo te conoce.

—Tú ni siquiera sabías que era de Canadá hasta hace nada.

—Bueno, quizá eché un vistazo a las páginas de cotilleos...

—¿Y encontraste algo interesante?

—Nada. Solo confirmé mis sospechas.

—¿Qué sospechas? —inquirió Kevin.

—Creo que debería ir marchándome. Es tarde. —Sarah metió el grueso guion en la carpeta y recogió algunos papeles sueltos. Él se levantó cuando ella lo hizo y la siguió por el largo pasillo hasta la puerta—. Espero que mañana llegues puntual.

—Oye, ¿a dónde vas tan rápido? Espera que coja las llaves.

—No te preocupes. Pillaré un taxi. No te molesto más.

Kevin estaba algo confundido mientras la veía alejarse a toda prisa. Cuando llegó hasta la puerta, la cerró con una mano antes de que ella pudiese irse y la obligó a mirarle a los ojos.

—¿Qué has querido decir con que confirmé tus sospechas?

—Pues eso. Que eres como todos los demás.

Puede que no hubiese un trasfondo, pensó Sarah. Puede que fuese exactamente como él mismo se había descrito un rato antes: millonario, famoso y capaz de tener lo que le viniese en gana con tan solo chasquear los dedos. Por alguna razón que no entendió, a ella le apenó haber dado en el clavo con esa descripción.

—¿Y acaso esperabas lo contrario?

De repente el atractivo rostro de Kevin estaba muy cerca del suyo y tuvo que contener la respiración para aguantar el tipo. Su yo borracha tenía razón: olía increíblemente bien.

—No, claro que no. —Se giró y salió.

Kevin se pasó una mano por el pelo con pesar. No sabía por qué le afectaba de esa manera lo que esa chica pudiese pensar de él. ¿Qué más le daba? En unos meses, con suerte, la perdería de vista. Se dejó caer en el sofá aún dudando sobre si salir e insistir en llevarla hasta su casa, pero al final descartó la opción. Cogió el teléfono móvil y miró los últimos mensajes que había recibido, casi todos de Stella intentando que quedasen un rato. Pensó en contestar. Sería un buen pasatiempo, podrían pasar una noche divertida... pero

por alguna razón acabó desechando también esa opción. Encendió la televisión y buscó una película en su lista de opciones del videoclub. Se decantó por Kill Bill.

Sarah estaba tumbada en su cama, pensando en lo bien que olía Kevin, lo cerca que había estado de su rostro y lo idiota que era (intentaba recordárselo cada cinco segundos) cuando su teléfono móvil vibró. Lo cogió y leyó con sorpresa el mensaje.

De: Andrew Clark

Para: Sarah Bilson

Quizás te parezca algo raro, pero le pedí tu teléfono a Linda. Siento lo de la fiesta, no sabía que iba a sentarte tan mal la bebida. Déjame invitarte a algo para compensarlo.

¿Andrew Clark quería tomarse algo con ella? Estuvo tentada de salir de la habitación y despertar a sus compañeras de piso para gritarlo a los cuatro vientos. Si le hubiesen dicho hacía unos meses que iba a codearse con dos de los actores más famosos del panorama se habría dado un golpe contra la pared para despertar de un sueño tan tonto.

De: Sarah Bilson

Para: Andrew Clark

No te preocupes, fue culpa mía. No pienso acercarme a una botella de ron de aquí a que me jubile. Te diría que sí, pero tengo una semana complicada con el rodaje. Gracias por preocuparte, eres muy amable.

Sarah se mordió el labio inferior, indecisa. Quizás debería haberle dicho que sí. A fin de cuentas, ¿qué tenía de malo? Pasaría un rato divertido con alguien del mundillo. Además, Andrew era encantador, a pesar de lo que había ocurrido en la fiesta. Se había acercado a ella y le había tendido la mano cuando nadie más le había dado siquiera conversación.

El teléfono volvió a vibrar en seguida.

De: Andrew Clark

Para: Sarah Bilson

El estudio de rodaje me pilla de paso. Si te apetece, puedo recogerte cuando termines y tomamos algo rápido (nada de ron, lo prometo). Conozco un sitio cerca.

¿Cómo iba a negarse? Suspiró y sonrió.

De: Sarah Bilson

Para: Andrew Clark

De acuerdo. ¿Mañana te va bien?

10

—Y... ¡corten! —gritó Sean con aire triunfal.

—Habéis estado genial —dijo una de las becarias.

—Sí, sí, esto era lo que quería ver. Se nota que os habéis tomado los ensayos en serio. Bien, Kevin. Sigue por este camino, muchacho —dijo colocándole una mano en el hombro.

Sarah estaba tan feliz que no podía dejar de sonreír. Había sido toda una sorpresa que, al empezar la jornada, Kevin se lo tomase tan en serio. Se había mostrado profesional, detallista y concentrado. Estaba casi irreconocible. Ella no tenía ni idea de a qué se debía ese cambio drástico de actitud, pero le dieron ganas de abrazarlo y, cuando lo pensó, se sonrojó como una tonta. Pero es que verlo actuar tan bien, bordando el papel, sumaba aún más puntos a su atractivo. Lo hacía interesante. Tenía un potencial enorme. Y la cámara lo adoraba, eso era evidente; él solo tenía que dejarse llevar para hacer la escena perfecta.

Habían estado grabando una de las últimas, casi del final, cuando él se daba cuenta de que se había equivocado e iba en su busca, pero ella lo rechazaba y salía corriendo.

—Descansad un poco, chicos —les dijo el director—. Lo habéis hecho

perfecto. Necesito que os recuperéis para lo que viene. —Les guiñó un ojo.

—¿Y qué viene? —preguntó Sarah con inocencia.

—Vamos a hacer una primera prueba de la escena del beso, ¿de acuerdo? —Les sonrió con sus blanquísimos dientes y cogió su carpeta y el café.

—¿¡Qué!?! ¿El beso ahora? —Sarah estaba aturdida.

—Sí, me gusta improvisar este tipo de escenas —explicó Sean—. Cuando aviso con antelación siempre resultan forzadas y hay más nervios. Nos vemos en un rato.

Y sin más preámbulos salió de la habitación del decorado y Sarah se quedó mirando la puerta con la boca entreabierta. ¿Cómo iba a besar a Kevin en apenas... un rato? No, no podía hacerlo. No estaba preparada. Se llevó una mano a la frente.

—¿Estás a punto de desfallecer? —se burló él.

—Pues claro que no —replicó secamente y se dio cuenta de que no podía permitirse el lujo de que él la viese tan vulnerable. Sí, el corazón le latía más rápido ante la idea de besarlo. Y sí, sabía que aquello era poco profesional y que solo se trataba de una escena más, una que tenía que quedar perfecta a los ojos de los espectadores, pero no podía evitar que todo su cuerpo reaccionase. Le hubiese gustado ser inmune a él, pero era evidente que Kevin tenía algo que conseguía mantenerla alerta y despertaba algo raro en ella, casi desconocido.

—Pues estás pálida. ¿Un poquito de agua?

—Eres idiota —masculló antes de darle la espalda. Se giró cuando ya estaba a punto de salir—. Y, por cierto, sería un detalle que te cepillases antes los dientes. Gracias.

Una vez puso distancia entre Kevin y ella, se permitió suspirar hondo para dejar escapar el aire que había retenido en los pulmones. Fue hasta su camerino e ignoró el ofrecimiento de Linda de que se tomaran un café juntas. Lo último que necesitaba era alterarse más. Una vez dentro, se miró en el espejo del baño y se lavó la cara con agua fría.

No es tan complicado, se dijo. Todos los actores lo hacen.

Claro que era la primera vez que ella iba a dar un beso fingido. Él, en cambio, tenía mucha más experiencia a la hora de desarrollar esas escenas. Estaba claro que se encontraba en una posición de desventaja, pero, cuando recordaba el gesto satisfecho y orgulloso de Sean, le daban ganas de hacerlo lo mejor posible.

Así que, cuando la llamaron de nuevo, se presentó en el set donde iban a rodar ese momento. Era una toma de exteriores, en un pequeño jardín cuidado donde se habían rodado numerosas escenas, aunque iban cambiando las flores de vez en cuando para renovarlo. Un rosal crecía en la pared izquierda y le daba al sitio un aire romántico y precioso.

Kevin ya estaba allí cuando ella llegó.

—Bien, chicos. —Sean se acercó hasta ellos acompañado de su

ayudante, que les indicó exactamente en qué posición debían ponerse, los dos de pie mirándose el uno al otro—. No os preocupéis si sale mal, solo quiero hacer la prueba antes de que grabemos la escena definitiva en unos días, ¿de acuerdo? Recordad que habrá lluvia, pero vamos a intentarlo primero sin el efecto. Kevin, muévete unos centímetros a la derecha.

Él obedeció. Ella tragó saliva con nerviosismo.

—Ponle las manos en la cintura, con firmeza, pero sin que parezca un gesto posesivo, ¿entiendes lo que quiero decir? Y tú, Sarah, intenta relajar esos hombros.

Puso todo su empeño en conseguirlo, aunque sin demasiado éxito.

—Acercaos más. Más. Un poco más...

¿Qué maldita colonia usaba ese hombre? Le daban ganas de ir a su casa, entrar en el baño y tirar por el desagüe todos los botes de perfume, porque la aturdían. Por no hablar de esa loción para el afeitado tan masculina y atrayente.

—¿Te sabes estas líneas de guion, Kevin, o quieres que te lo vaya dictando para la prueba? —preguntó una de las chicas que ayudaban a Sean.

—Me las sé, gracias.

—De acuerdo. Pues uno, dos, tres... ¡y acción!

Kevin apretó con más firmeza su cintura entre sus manos al tiempo que se inclinaba lentamente hacia ella. Sarah pensó que el mundo se había detenido en ese momento, mientras su rostro se acercaba como una ola gigante

imparable. El corazón le latía desbocado. *Dios mío, ¿y si lo oye? ¿Y si oye mi corazón? Se burlará de mí por toda la eternidad, seguro.*

—¡Corten! —Pidió Sean antes de que Kevin comenzase—. Sarah parece que acabes de ver a un fantasma. Cambia esa expresión. E intenta destensar los hombros.

—Vale. Lo siento —dijo bajito.

—Volvamos a ello. Uno, dos, tres, ¡y acción!

De nuevo Kevin se inclinó mirándola fijamente a los ojos. Así, tan de cerca, lo único en lo que Sarah podía pensar era que tenía los ojos más bonitos que había visto en su vida, de un azul cristalino e intenso. Empezaron a fallarle las piernas.

—*Doria, eres la chica más hermosa que he visto en mi vida. Lamento haber sido un idiota, pero es evidente que este idiota se ha enamorado locamente de ti.*

Se acercó más. Su boca masculina rozó la suya y fue como sentir una pequeña descarga eléctrica que la dejó paralizada en el sitio. Se obligó a reaccionar.

Piensa en otra cosa, se dijo. Anacardos, pulpo, bolígrafo...

Los labios de Kevin cubrieron los suyos con decisión tras ese primer roce y ella tuvo que apoyar las manos en su pecho para no caerse del impacto. A su alrededor no se escuchaba nada, tan solo silencio. Necesitaba que su corazón fuese más despacio.

Un tigre con calcetines, prismáticos. Ah, tengo que comprar pasta dentífrica.

—¡Corten, corten! —Gritó Sean con un regusto amargo en la voz—. ¡Qué desastre! ¿Se puede saber qué ocurre? Esta mañana parecíais estar en sintonía.

Kevin se encogió de hombros con su actitud habitual.

—Es complicado besar a alguien si no abre la boca.

—Yo... Yo... —balbuceó Sarah confundida.

Era cierto. Había mantenido el tipo apretando los labios a cal y canto y pensando en cosas estúpidas y sin sentido en la lista de la compra. Aquello no era serio. ¿Qué estaba haciendo? Se suponía que solo era un beso. Solo eso. Lo que no entendía era por qué se le tenía que desbocar el corazón así. La idea de besar a Sean, el director, por ejemplo, le resultaba fácil. Igual que besar a Linda. O a cualquiera de los que estaban en el set. Eso podría haberlo hecho e incluso le hubiese parecido divertido. Pero besar a Kevin... ya no era tan sencillo.

¿Por qué? Pues no tenía ni idea. Pero despertaba en ella cosas. Aunque, por supuesto, no sabía qué eran esas cosas ni a qué se debía. Y encima, estaba quedando en ridículo.

—Sarah, ¿necesitas un descanso? ¿Un poco de agua?

—No, es solo que me duele un poco la cabeza.

Sean resopló, pero la miró con cariño antes de decir:

—Podríamos dejarlo para otro día si lo prefieres.

Sarah negó antes de pensarlo siquiera. ¿Cómo iba a hacer que todo el equipo que estaba allí lo dejase a medias, cuando se habían ido a otro decorado y todo estaba preparado? No era justo. Además, no estaba segura de que la situación fuese a mejorar dejando pasar el tiempo. Miró a Kevin, que parecía hastiado por la situación, como si le estuviese fastidiando el día haciéndole perder el tiempo y se dijo que ahora le tocaba a ella mostrarse profesional.

—Quiero intentarlo de nuevo. Estoy preparada.

Kevin la miró con los ojos entrecerrados y susurró.

—Intenta dejar de apretar los labios. Porque sabrás cómo son los besos, ¿verdad? Un momento, ¿has besado a alguien alguna vez? —se burló.

Sarah estuvo a punto de darle un puntapié, pero se dijo que casi prefería la actitud de siempre de Kevin, esa que la sacaba de quicio cuando se mostraba engreído, a la otra parte más tierna y considerada que a veces la desconcertaba. Irguió los hombros. Bien, le demostraría que sí sabía besar. Y que era toda una profesional.

—Venga, chicos. Uno, dos, tres ¡y acción! —gritó Sean.

Kevin se inclinó hacia ella con lentitud mirándola fijamente a los ojos. Sarah respiró hondo y le sostuvo la mirada con determinación mientras él susurraba:

—*Doria, eres la chica más hermosa que he visto en mi vida. Lamento*

haber sido un idiota, pero es evidente que este idiota se ha enamorado locamente de ti.

Luego, rozó sus labios. Sarah reaccionó de forma natural. Se dejó llevar. Ignoró los fuegos artificiales que se desataron en su interior y le rodeó el cuello con los brazos mientras él ejercía más presión. Un latigazo de placer la atravesó. Y entonces deslizó la lengua por los labios de él con suavidad y, si no fuese imposible, habría jurado que Kevin se sobresaltó. Lo besó lenta, profunda e intensamente. Un beso de película, perfecto y arrollador que se rompió cuando el set al completo empezó a aplaudir y a lanzar vítores.

Cuando Sarah soltó a Kevin estaba mareada y aturdida.

—¡Habéis estado increíbles! —gritó una chica.

—Espectacular, sencillamente... espectacular —repitió Sean sin dejar de aplaudir al lado de uno de las cámaras—. Química en estado puro. Esto es exactamente lo que buscaba y lo que quiero que repitáis cuando grabemos la escena con el añadido de la lluvia.

Fue como volver a la realidad de golpe cuando estalla una pompa inmensa de jabón. Sarah despertó de repente, cohibida ante el entusiasmo que todos mostraban. Al mirar a su derecha, justo donde estaba Kevin, vio que este se lamió los labios antes de que su rostro se volviese inexpresivo y carente de emoción, como si le diese igual acabar de protagonizar una escena de un beso o de una muerte trágica.

—Enhorabuena, chicos —les dijo el ayudante.

—¿Podemos irnos ya? —preguntó Kevin.

—Sí, os lo habéis ganado. Mañana seguimos.

Cuando Sarah miró a Kevin de nuevo, este ya estaba varios metros más allá, marchándose a toda prisa hacia los camerinos como si no quisiese perder más tiempo. Suspiró, todavía nerviosa mientras seguían felicitándola, e intentó dejar de mirar aquella espalda esbelta, su caminar acelerado y el cabello rubio algo despeinado por sus manos.

Kevin apenas miraba a su alrededor mientras se dirigía hacia su camerino. Entró y cerró a su espalda de un portazo. Luego se quedó unos segundos parado en medio del lugar, todavía intentando procesar qué acababa de ocurrir. Porque era evidente que había pasado algo.

Ese beso lo había excitado tanto que tuvo que recordarse que no estaban a solas para no desnudarla allí mismo y hacerla suya. ¿Y desde cuando a él le atraían las mujeres como Sarah? Desde nunca. O, al menos, desde hacía tantos años atrás que apenas lo recordaba. Durante los últimos años solo centraba su atención en mujeres esbeltas, elegantes, de llamativos rasgos exóticos y sonrisas pintadas de rojo que dejaban a cualquiera sin aliento.

Pero, en cambio, la que lo había dejado a él sin aliento era una chica que parecía odiarlo cada día más, que era del montón y que soñaba con dedicarse a actriz de una manera romántica, no como las mujeres que él conocía que ansiaban la fama, sino al revés. Kevin estaba seguro de que, si a Sarah le ofreciesen la oportunidad de actuar sin reconocimiento, siendo

eternamente anónima, lo haría más que encantada.

Respiró hondo para intentar serenarse, pero era en vano. No entendía cómo era posible que un beso lo descolocase tanto, pero había sido como si se desatase un incendio dentro de él. Había dejado de pensar y sus manos se habían movido solas por la cintura de ella, deseando bajar un poco más, alzarla por el trasero y que le rodease las caderas con las piernas.

Claro que no estaban en la vida real. Nada de aquello lo era.

Prefería hacerle frente al mal humor de Sarah comportándose como un cretino con ella que asimilar esa nueva situación y lo que fuese que significaba, porque no le gustaba nada.

Decidió que le vendría bien darse una ducha antes de irse a casa. Dejó que el agua fría le despejase las ideas y cuando acabó se puso una muda de ropa limpia. Luego, con el pelo aún mojado y alborotado, cogió su bolsa de deporte y salió de los camerinos.

Avanzó aún confundido, pensando en lo que había ocurrido, pero frenó cuando llegó a la zona del parquin. Su flamante coche nuevo descapotable estaba aparcado al lado de otro de la misma marca, de color negro. Y apoyado en él, se encontraba Andrew Clark.

Había pocas personas en el mundo que odiase más.

—¿Qué haces aquí? —gruñó y luego abrió su coche y lanzó la bolsa deportiva en el asiento trasero, antes de ponerse las gafas de sol.

El otro lo miró con cierta chulería.

—Aquí, esperando a una amiga.

—Pobre chica, sea quien sea.

Y tras decir aquello, abrió la puerta del coche. Pero frenó en seco y no llegó a meterse dentro, porque de repente vio aparecer a lo lejos a Sarah. Caminaba con la mirada fija en el suelo y llevaba puestos los auriculares. Parecía una chica normal, una que cualquiera podría cruzarse por la calle y se quedó embobado mirándola y pensando en el beso que le había dado, hasta que vio que Andrew daba un paso al frente y sumó dos más dos.

—Lo siento, se me ha hecho tarde —comenzó a decir ella mirando al idiota que tenía delante—. Pensaba que ya te habrías ido. Lo siento —repitió torpemente.

Andrew le sonrió con descaro y le dio un beso en la mejilla.

Kevin sintió verdaderas ganas de abofetearlo. Se quedó mirándolos cómo se saludaban mientras sujetaba la puerta del coche con una mano y dudaba sobre qué hacer. ¿Largarse cuanto antes o torturarse un poco más viendo cómo ella correspondía la sonrisa de Andrew? ¿Cómo podía no darse cuenta de que era un farsante? Él lo conocía bien. Sabía que tenía dos caras, pero también el don de comportarse como los demás esperaban.

—Ah, hola, no te había visto —comentó Sarah al reparar en su presencia y se sonrojó como si él la hubiese pillado haciendo algo malo—. Nos vemos mañana.

—Sí. Mañana. —No pudo morderse la lengua—. Ten cuidado.

—Tranquilo, está en buenas manos —intervino Andrew.

Kevin quiso decir algo. Mejor dicho: quiso hacer algo. Pensó en acercarse hasta Andrew y borrarle esa bonita cara de un puñetazo, pero al final se quedó allí plantado como un idiota mientras los veía alejarse en el descapotable negro. Tuvo que tomar una larga respiración para ser capaz de calmarse y entrar en el suyo. Puso la música a todo volumen e intentó quitarse de la cabeza todo lo que tuviese que ver con Sarah Bilson.

11

La llevó a una especie de pub en el que servían todo tipo de cócteles, pero aquella tarde ella se pidió una infusión, a pesar de que a Andrew le hizo gracia que lo hiciese.

—¿Estás de coña?

—No. Ya te dije que no volvería a beber ron.

—Hay muchas otras cosas que no llevan ron.

—Da igual, mañana madrugo —se excusó.

—¿Está siendo duro el rodaje? —preguntó él mientras cogía una servilleta y limpiaba las gotas que habían resbalado por la cerveza que había pedido.

—Supongo que sí, pero lo estoy disfrutando.

—Se nota que eres nueva en esto.

—¿Tú ya no lo disfrutas?

—Claro que lo hago, solo que no es lo mismo. Se convierte en trabajo. Eso sí, nada como tener un trabajo que ames, levantarte cada día es diferente así.

—Llevas muchos años en la misma serie, ¿no?

—Sí. —Le dirigió una mirada seductora—. Pero eso tiene sus

ventajas. No tienes que cambiar de ubicación, conoces a toda la plantilla, es como estar en casa.

—Comprendo. —Jugueteó distraída con un anillo que llevaba—. Antes, cuando hablabas con Kevin, parecía que no os llevabais muy bien. ¿De qué os conocéis?

—¿No te lo ha contado? —Alzó una ceja.

—Mmmm, no. No hablamos mucho.

En realidad, solo se lanzaban pullas el uno al otro. O, mejor dicho, él se las lanzaba a ella y ella intentaba devolvérselas como buenamente podía, pero tampoco quería entrar en detalles. Al fin y al cabo, no todo en Kevin era tan terrible, ¿no? Se había hecho cargo de ella el día que pilló aquella borrachera tan tremenda en la fiesta, había recogido el vómito que ella le había dejado como regalo en su pasillo y le había dado cobijo en su casa.

Precisamente por eso le parecía tan contradictorio.

Por no hablar de cómo su cuerpo reaccionaba al tenerlo cerca. El beso que se habían dado aquel día en el ensayo había sido, sin duda, el mejor de su vida. Era triste decir eso de un beso que solo se trataba fingido y como parte de un guion, pero Sarah no podía engañarse a sí misma. Le habían temblado las piernas, su corazón había respondido y Kevin tenía los labios más atractivos y abrasadores que había probado en su vida...

Dejó de pensar en el beso cuando Andrew habló de nuevo.

—Pues sí, nos conocemos desde hace muchos años. Casi desde que

éramos dos mocosos. Estuvimos juntos en un programa infantil, que luego terminó siendo juvenil.

—Oh, leí algo sobre eso en Internet. No sabía que tú también estabas.

—Al principio éramos amigos, no creas, pero Kevin es difícil de manejar, por decirlo suavemente. Vamos, que es un imbécil de primera. Terminamos teniendo problemas.

—¿Qué clase de problemas? —Quiso indagar.

—Ya sabes, lo típico, chiquilladas. A los dos nos gustaba la misma chica.

—Comprendo. —Asintió con la cabeza y le dio un trago a su infusión.

—Y Kevin puede ser un poco, pues eso, capullo.

Sarah asintió con la cabeza, pero no se vio capaz de añadir nada más, aunque sabía que ese era el momento en el que podría desahogarse. Por alguna razón, no lo hizo.

—¿Y a Linda la conoces desde hace mucho?

—Sí, casi desde que llegó a la ciudad y empezó a trabajar. Es una cabeza loca. Le dieron un papel secundario en mi serie, pero su personaje terminó muriendo unos capítulos después.

—Oh, vaya, menudo fastidio eso de que te maten —bromeó.

Andrew le mostró una sonrisa bonita y se terminó su cerveza de un trago. Luego continuaron hablando un rato más de sus respectivas carreras, de sus sueños, de qué los había empujado a dedicarse a una profesión tan

concreta como aquella.

—Yo adoraba ir a clases de teatro —suspiró Sarah.

—Puedo imaginarte de niña, serías encantadora.

Cuando empezó a hacerse tarde, Sarah se levantó para ir al servicio y, al regresar a la mesa, le dijo a Andrew que debería irse ya a casa. Este se puso en pie y se sacó las llaves del coche del bolsillo antes de que saliesen a la calle y el frío de la noche les golpease.

Sarah le indicó dónde vivía y él la llevó hasta allí.

Cuando llegaron, ella se quitó el cinturón.

—Gracias por traerme. Y por la invitación.

—No hay de qué. Espera, te acompaño.

Como en las películas románticas, se acercó hasta su lado del coche y le abrió la puerta. A ella le incomodó un poco el gesto, aunque no supo por qué, pero se esforzó en sonreír y salió del coche. Estaba agotada tras el largo y extenuante día de trabajo. Caminaron hacia su portal. Andrew llevaba las manos metidas en los bolsillos y ella sujetaba con fuerza su bolso al tiempo que se le escapaba un bostezo muy poco atractivo, pero que a él le hizo gracia.

—Lo siento. Estoy muy cansada.

—No te disculpes por eso.

Sarah sacó las llaves y lo miró.

—Ha sido un placer...

—También para mí.

Estaba a punto de meterse dentro del portal cuando Andrew se inclinó hacia delante de una manera precipitada, la sujetó por las mejillas y estampó sus labios contra los suyos. Sarah se quedó paralizada por la sorpresa. Cuando él se separó, aún estaba conmocionada.

—Yo... esto... —Tragó con fuerza—. No creo que sea apropiado.

—Piensas demasiado, Sarah —ronroneó él.

—No, no es eso. Simplemente en este momento no estoy interesada en conocer a nadie. Ya sabes, el trabajo me ocupa mucho tiempo. Y tú eres encantador, pero...

—¿Bromeas?

¿Estaba rechazando a uno de los actores que ocupaban las listas de los más atractivos? ¿Cómo decírselo sin que sonase especialmente desagradable o cortante?

—Quizá más adelante, cuando acabe el rodaje...

—Comprendo. Tranquila, podemos ir despacio.

—Sí, eso, despacio. —Se aferró a la palabra.

Andrew le dio otro beso en la mejilla antes de decirle adiós y alejarse hacia su coche. Sarah se quedó como una tonta unos segundos allí, intentando comprender qué había ocurrido. Estaba hecha un lío, para empezar porque había besado a dos chicos diferentes en menos de veinticuatro horas, cuando de normal tenía que dar gracias si conseguía tener una cita cada medio año. Se sentía mareada, exhausta y muy sensible.

Cuando subió al apartamento, las chicas estaban allí.

—¿Qué tal ha ido el día? —preguntó Mandy.

—Estás pálida, ¿todo bien? —Jenna la miró.

—Sí, sí, solo... creo que necesito una ducha.

—Y desahogarte con nosotras, eso es evidente.

¿A quién quería engañar? Sí, lo necesitaba. Así que se quitó la ropa, se metió debajo del agua caliente y se enjabonó el pelo antes de salir y enrollarse en una toalla. Una vez estuvo cómoda dentro de un pijama de algodón, regresó al salón donde todas estaban sentadas viendo un programa de la televisión de preguntas y respuestas.

—Hoy he besado a Kevin. Y también a Andrew.

Lo soltó así, a bocajarro. Todas la miraron alucinadas.

—¿Qué?!

—Detalles, necesitamos detalles.

Se desplomó en el sofá y se llevó las manos a la cabeza.

—Lo de Kevin no ha sido un beso de verdad, pero, al mismo tiempo, ha sido increíble. En serio, no os hacéis una idea. Y lo de Andrew, ha sucedido hace apenas media hora aquí abajo, en el portal.

—¿Y nosotras no lo hemos perdido! —Se quejó Mandy—. Deberías habernos hecho algún tipo de señal para que nos asomásemos al balcón.

—Claro, porque eso habría sido muy sencillo.

—¿Te encuentras bien? —Jenna parecía preocupada.

—Sí, solo es que no sé si estoy preparada para que mi vida cambie tanto en tan poco tiempo. Los rodajes son intensivos para acabar cuanto antes y he conocido a tanta gente en apenas unas semanas que tengo en la cabeza un batiburrillo de nombres y caras...

—Vale, déjate de historias y dinos cómo besa Kevin.

—Cielo, yo te entiendo. Necesitas un tiempo de adaptación.

Sarah abrazó un cojín mientras rememoraba el beso de Kevin. Era curioso que justo en un espacio tan corto de tiempo la hubiesen besado dos chicos y que pudiese comparar ambos momentos. Uno de ellos había sido casi sin intimidad, fingido, y aun así le había parecido increíblemente real. El otro, que en cambio sí lo había sido, se le había antojado frío y lejano. Los labios cálidos y exigentes de Kevin no tenían nada que ver con los de Andrew. Era como comparar un incendio forestal con una helada en invierno.

—Sarah, venga, entra en detalles —le pidieron.

Así que lo hizo, les contó su día desde la mañana hasta hacía unos segundos, pero por alguna razón decidió guardarse para ella que le habían temblado las piernas al besar a Kevin, que su lengua la había hecho delirar y que el corazón aún se le aceleraba al recordarlo.

12

—Buenos días, chicos, espero que hayáis descansado. Estoy muy contento con el resultado de los ensayos de ayer, vamos por el buen camino. Hoy grabaremos algunas escenas más. Linda, quiero que estés preparada en menos de diez minutos.

Sarah aprovechó que no le tocaba rodar a ella para acercarse a la pequeña sala de estar que todos compartían y dejarse caer entre los cojines del sofá con un café gigante en la mano. Para su sorpresa, un rato después apareció Kevin y se sentó junto a ella.

—¿Qué tal ayer? —preguntó desenfadado.

—Mmmm, ¿bien? Quiero decir, ya has oído a Sean, parece muy satisfecho después de la jornada que tuvimos. Ya he estado repasando el guion de hoy...

—No me refería a eso, sino a tu cita con Andrew.

—No era una cita —replicó ella.

—Pues lo parecía. ¿Y bien?

—Fue... agradable.

—Agradable.

Sus ojos azules la taladraron en silencio. Parecía extrañamente tenso,

como si estuviese memorizando cada una de sus palabras. Sarah se movió y sus piernas se rozaron.

—Me comentó que estuvisteis juntos en un programa juvenil.

—Sí, fue hace mucho tiempo. —Dejó escapar el aire.

—Y también me dijo que no os lleváis bien.

—¿Acaso no se nota?

—Lo sospechaba. Pero, sinceramente, a estas alturas creo que es una tontería mantener una enemistad con alguien solo por un lío de faldas.

—¿Te lo contó? —La miró extrañado.

—Sí, claro. Y es una chiquillada.

—¿Qué te dijo?

—Que a los dos os gustaba la misma chica.

—Entiendo... —Inspiró hondo y se quedó en silencio antes de adoptar su habitual postura de dejadez y decir—. Así soy yo, un niño resentido, ¿qué le vamos a hacer?

—¿Te enorgulleces de tus defectos?

—No lo considero un defecto.

—Eres insufrible.

Kevin le sonrió y a ella le pareció que esa sonrisa era de verdad y que, aunque los dos estaban con su tira y afloja habitual, había una especie de camaradería entre ambos.

—Oye, ten cuidado con él, ¿de acuerdo? —dijo de repente serio.

—Claro. Ya sabes que soy una de esas chicas sosas y precavidas.

—No creo que seas precisamente así —susurró peligrosamente cerca de ella.

En ese momento, Linda entró en la sala de estar y se subió las gafas de sol a la cabeza. Corrió hacia Sarah subida en sus altos tacones y se llevó una mano a la boca.

—¡No me lo puedo creer! ¿Por qué no me habías contado nada?

—¿De qué estás hablando? —Sarah arrugó la frente.

—¡De esto! —Le lanzó la revista que tenía en la mano.

Allí, en portada y con la foto ampliada, estaba ella en la puerta de su bloque de edificios con Andrew besándola y sujetándola de las mejillas en un beso que parecía ridículamente romántico. Nada más lejos de la realidad. Se le secó la boca. Kevin, que estaba a su lado y había visto lo mismo que ella, se puso en pie, masculló por lo bajo algo así como que tenía cosas que hacer y desapareció. Sarah volvió a mirar la fotografía.

—Esto... esto no es real...

—Pero os besasteis.

—Sí, pero... no. Quiero decir, es difícil de explicar. Él me besó.

Linda se quedó mirando la puerta por la que Kevin acababa de marcharse con paso apresurado, casi como si estuviese huyendo de la situación.

—¿Y a este qué mosca le ha picado ahora?

—¡No puede ser! —Sarah gimoteó, incapaz de fijarse en nada más que en el problema que tenía encima. ¿Cómo era imposible que todo se malinterpretase hasta el punto de que pareciese que estaba teniendo un romance con Andrew?—. ¿Puedo denunciarlo?

—¿Denunciar el qué? —Linda la miró sin comprender.

—¡Pues a la revista! Al que sea que ha escrito el titular.

—Cielo, qué tierna eres. —Su amiga la miró como si acabase de caer a la tierra traída por la cigüeña y tuviese que explicarle cómo era el mundo real—. La prensa es así, mordaz y traicionera. Da igual que intentes ir a buenas, son carroñeros. Créeme, lo he intentado todo.

—Pero no pueden mentir. No pueden —insistió.

—Pueden. O simplemente interpretar la realidad. Adornarla. Así son las cosas en este mundo, Sarah. Yo he tenido que hacer frente a todo tipo de rumores, muchos ciertos, sí, pero otros ni por asomo. Ya sabes la imagen que se tiene de mí.

Linda tenía razón. La imagen que proyectaba en la prensa era la de una chica alocada, que caía en excesos y que no controlaba bien su temperamento. Y era cierto que era impulsiva y hacía cosas sin pensar, perdiendo el control, pero Linda era una chica amable, dulce y muy generosa. A ella le había abierto los brazos desde el primer día de rodaje y eso la sorprendió, porque no casaba en absoluto con la imagen que tenía de ella de diva fría y distante.

—Quiero llorar. —Se tapó la cara con las manos.

—Venga, tienes que animarte. Ya te acostumbrarás.

—No sé... No le veo la gracia. Me pone nerviosa que todo el mundo crea cosas de mí que no son ciertas. Es terriblemente raro, ¿sabes?

—Ya. Y los temas amorosos son la especialidad de los fotógrafos de cotilleos. Incluso siendo aún poco conocida, estoy segura de que han pagado una buena suma por las fotos.

Sarah suspiró con pesar cuando entendió que no podía hacer nada. Lanzó la revista lejos y dejó el café a un lado, porque quizás no era lo más aconsejable seguir bebiéndolo, teniendo en cuenta lo nerviosa y alterada que ya estaba. Miró a Linda con curiosidad.

—¿Y cómo es que no sabía lo de tu casi boda? —le preguntó.

—Oh, eso. Bueno, tiene una explicación. Cuando hui de las puertas de la iglesia aún no era conocida. Ni siquiera había pisado Hollywood. Sin embargo, una periodista bastante entrometida tiró del hilo y se enteró de buena parte de la historia.

—¿Y lo publicó?

—Impedí que lo hiciese. Le pregunté qué le habían ofrecido por la exclusiva y aumenté la oferta. Le hice firmar un contrato de confidencialidad.

—¿Tanto te importaba que saliese a la luz?

—No mucho, la verdad. —Suspiró.

—Vaya.

—¿Qué?

—Lo hiciste por él. Por el chico al que dejaste plantado en el altar, ¿verdad? Querías protegerlo de la prensa y de este mundo —adivinó y se dio cuenta entonces de que Linda también era más de lo que aparentaba y escondía sus propios demonios.

—Sí —admitió—. Dean no se lo merecía.

—Comprendo. ¿Y cómo es posible que nadie del pueblo donde te criaste quisiese llenarse los bolsillos con esta historia? Seguro que la pagarían bien.

—Pues sí, pero también tiene su explicación: el pueblo entero adora a Dean. Es un buen chico. Noble, trabajador y leal. Nadie le haría daño a propósito.

Sarah tuvo ganas de repente de ahondar más en la historia, pero cerró la boca a tiempo. Se dio cuenta de que, al final, era como todas esas personas que aquel día comprarían la revista y cotillearían sobre su vida. Todo el mundo tenía curiosidad. Todos querían enterarse de qué le había ocurrido a quién desde la lejanía de sus casas.

Hasta entonces, no se lo había planteado de esa forma.

Se pasó el resto del día dándole vueltas a la situación. En la fotografía salía besando a Andrew. Nadie iba a creer que fuese un malentendido, así que en cierto momento se propuso dejar de darle vueltas e intentar seguir adelante. Todos los trabajos tienen partes malas, se dijo. Procuró esforzarse al máximo en los ensayos y agradeció que Kevin estuviese extrañamente colaborativo,

justo como el día anterior, cuando se habían dado aquel beso apasionado. Sin embargo, sí notó algo diferente en él. Ya no la buscaba para lanzarle alguna pulla, tampoco le dirigía miradas mordaces o seductoras a propósito para hacerla sonrojar. Sencillamente... la ignoraba. De repente su actitud era distante y fría.

13

Las siguientes semanas fueron tranquilas, pero apagadas.

Cada día, Sarah iba a ensayar e intentaba dar lo mejor de sí, sobre todo ahora que Kevin parecía tomarse en serio el proyecto. Eso sí, se mostraba impaciente. Cuando tenían que repetir una toma que habían hecho muchas veces, gruñía por lo bajo. Era como si deseara terminar cuanto antes con el rodaje de la película. Y, sorprendentemente, su actitud con Sarah no tenía nada que ver con la de las primeras semanas que habían compartido.

Ella tenía la extraña sensación de haberse vuelto invisible para él.

Tan solo la miraba cuando estaban en pleno rodaje y por obligación. Parecía otra persona completamente diferente. Ya nunca intentaba sacarla de quicio, ni ironizar o mostrarse cínico. Hacía lo que tenía que hacer y se marchaba cuanto antes. Nunca se quedaba con el resto del equipo a tomar algo o a las comidas que habían compartido.

Sarah no entendía a qué se debía aquel cambio, pero, para su sorpresa, echaba de menos discutir con él. Prefería su antigua enemistad a esa nada que ahora compartían. Pero, cuando había intentado hablar con él de ello, se había mostrado esquivo y cortante.

—Estás muy raro, ¿seguro que no le falta fibra a tu desayuno? —

bromeó una mañana cuando él entró con gesto serio en el set de maquillaje a la vez que ella.

—No te preocupes, vuelvo cuando acabes tú —respondió.

—Eh, espera, Kevin. ¿Quieres que ensayemos luego?

—¿Luego? —Elevó una ceja.

—Esta tarde. En tu casa.

—No. —Fue rotundo.

Algo similar había intentado en otras ocasiones, como darle conversación o meterse con él para que reaccionase de alguna manera, pero nada cambió. Sarah no pensó que fuese a echar de menos que le lanzase pullas diarias, pero así era. Los rodajes eran mucho más aburridos desde que todo se limitaba al trabajo y él evitaba dirigirle la atención.

Y ella se sentía sola, en general.

No es que eso fuese culpa de Kevin, pero no ayudaba. La única con la que se sentía arropada era Linda, pero a menudo no coincidían en las mismas escenas y grababan en días distintos, por no hablar de que su amiga tenía una vida social realmente trepidante y poco tiempo para quedar para algo relajado, aunque de vez en cuando se tomaban un café o una cerveza al salir del estudio. Sin embargo, la sensación de soledad seguía ahí y Sarah no entendía por qué de repente estaba algo melancólica. Puede que fuese porque se sentía como si acabasen de arrojarla en un mundo en el que no encajaba del todo.

Y cuando llegó El Día Más Triste Del Año, se despertó con una sensación de angustia en el pecho que no consiguió eliminar ni durante el rodaje (tuvo que pedir tres veces que parasen una escena) ni cuando Sean anunció que esa noche irían todos a celebrar el cumpleaños de Kevin a un local de moda, a pesar de que éste puso una mueca de disgusto e intentó negarse varias veces, cosa que el director ignoró.

Lo último que le apetecía a ella era celebrar nada.

Aguantó como pudo la jornada y, al acabar, se cambió en el camerino y se puso un vestido sencillo y negro que le habían dejado del vestuario. Se maquilló, algo que Linda le había ayudado a perfeccionar, por no hablar de que pasar por chapa y pintura cada día era como asistir a clases avanzadas. Se dijo, mirándose al espejo, que ni el mejor maquillaje del mundo podría esconder la tristeza que había en sus ojos ese día.

Salió de allí y compartió el taxi con Linda y una de las becarias hacia el local en el que habían reservado. Al llegar, vio que era una sala grande, decorada de una forma exquisita con muebles antiguos y luces vintage. Unos camareros servían pequeñas porciones de comida en bandejas que salían directamente de la cocina, humeantes, y había un puesto de cócteles.

—Deberíamos empezar por ahí —dijo Linda señalándolo.

—Yo creo que no voy a beber demasiado —se excusó.

—De acuerdo, pues ahora te veo. Come algo.

Se quedó parada entre la gente del equipo que hablaba y reía animada.

Tampoco quería comer. Tenía el estómago cerrado. Así que dejó pasar el tiempo mientras decía a todo que sí e intentaba responder cosas coherentes a la conversación. No pudo evitar la sensación de que él la estaba observando. Kevin parecía casi tan hastiado como ella, llevaba una cerveza en la mano y los primeros botones de la camisa desabrochados.

Cuando su mirada se cruzó con la de él, se estremeció.

—Venga, vamos a divertirnos —le dijo Linda pasado un rato.

La cogió de la mano y bailó con ella la canción que estaba sonando en ese momento a través de los altavoces. Algunas compañeras que protagonizaban papeles secundarios se sumaron a la fiesta y empezaron a saltar y gritar como locas cuando las luces se apagaron y salieron un par de camareros con una tarta inmensa que sujetaban de cada lado.

—¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz...! —Comenzó a cantar el equipo.

Kevin sopló las velas del pastel y luego, cuando le dieron a probar un trozo, se lo metió en la boca y lo saboreó. Sarah se quedó mirando sus labios un segundo antes de volver a la realidad. Se dijo que, a pesar de su actitud fría y distante, aquello merecía que se acercase a él para felicitarle como era debido. Así que, cuando empezaron a dispersarse los demás, fue.

—Feliz cumpleaños —le susurró—. Siento no haberte comprado nada. La verdad es que me he enterado esta mañana, así que...

—Ya. Gracias —contestó secamente.

Sarah se dijo que podía dejarlo correr como las otras mil veces que se había dirigido a ella así durante las últimas semanas, pero no lo hizo. No supo si fue porque de repente estaban fuera del entorno de trabajo o porque aquel día ya era una mierda de por sí.

Lo cogió del brazo y él la miró sorprendido.

—Oye, ¿qué pasa contigo? No lo entiendo.

—¿Es que hay algo que tú tengas que entender?

—Te comportas como un idiota engreído y frío al que parece que nada le importa. Y no sé qué ha pasado para este cambio de actitud, pero me gustaría que...

Sus ojos azules la taladraron de repente y la silenciaron.

—En una cosa tienes razón: tú no me importas. Me alegra que hayas empezado a captarlo. No sé qué más tengo que hacer para que me dejes en paz.

Sarah se quedó paralizada. No supo si fue por el tono gélido de su voz, tan cortante que parecía el filo de un cuchillo, o porque la pilló en un mal día, porque quizá en otro momento le habría contestado una réplica del estilo, pero sintió que empezaban a picarle los ojos, así que rompió el contacto visual, se giró con las piernas temblorosas y desapareció entre la multitud haciéndose hueco como buenamente podía para ir hacia el cuarto de baño.

Kevin tomó una larga inspiración.

¿Por qué le había dicho aquello? Se sentía como la mierda desde que la había visto largarse a toda prisa. Hubiese preferido mil veces que le lanzase algún insulto de los suyos o le recordase lo estúpido que era la mayor parte del tiempo, pero en cambio lo había mirado con esos redondos ojos preciosos y él había podido ver dolor dentro de ellos.

—¿Cómo va la noche, colega? —le preguntó un cámara.

—Bien, bien. —Mal, iba terriblemente mal.

—¿Te apetece otra copa? —señaló la suya vacía.

—Sí, de acuerdo. Algo fuerte —masculló.

Mientras el otro se alejaba hacia la barra, Kevin le echó un vistazo a la sala intentando dar con Sarah. Necesitaba ver que estaba bien, bailando como hacía un rato atrás o charlando con Linda; lo que fuese. Pero no la encontró y empezó a ponerse nervioso.

—Toma, aquí tienes. —El cámara se la tendió.

—Gracias. —Le dio un trago demasiado largo.

—Pareces tenso, tío. Relájate. Es tu cumpleaños.

Kevin asintió, aunque era incapaz de dejar de pensar en ella. Cuando Linda pasó por su lado moviendo el trasero al ritmo de la canción, la cogió de la muñeca.

—¿Has visto a Sarah? —preguntó.

—No, desde hace un rato.

Se alejó con otras chicas y él suspiró.

—Mierda.

Dejó la copa en la bandeja que llevaba uno de los camareros y dio una vuelta a la sala intentando encontrarla. Cada dos por tres lo paraba alguien para intercambiar con él un par de frases, así que estaba empezando a impacientarse. No había rastro de ella. En un momento de lucidez, se le ocurrió mirar en los servicios. En el de mujeres, había tres compartimentos. Él se quedó petrificado al escuchar un sollozo ahogado. Se agachó un poco hasta ver que en el segundo cubículo se distinguían las zapatillas de Sarah. Hasta eso le hizo gracia. Ver que seguía asistiendo a fiestas con vestido y deportivas.

Llamó con los nudillos suavemente.

—Sarah, soy yo...

—Vete.

—Abre, por favor.

—Márchate.

Kevin apoyó la frente en la puerta y suspiró. Escuchó otro sollozo que le partió el alma. ¿Él le había hecho aquello? Una sensación incómoda lo zarandeó al pensarlo.

—Lo siento, no debería haberte contestado así.

—Estás perdonado, pero vete, por favor.

—No voy a irme. Me quedaré aquí hasta que decidas salir, así que de ti depende que cierren el local con los dos dentro.

—Vale.

Eso lo hizo sonreír con tristeza.

—Venga, Sarah. Haré lo que quieras.

—No necesito nada de ti.

Por mera casualidad, Kevin probó a girar el pomo de la puerta y, sorprendentemente, estaba abierta. Sarah no parecía ni siquiera haber reparado en ello, estaba ocupada terminando con todo el papel higiénico del país.

—¡Maldita sea! ¡Déjame sola! —gritó al darse cuenta de que él había entrado dentro. Y estaban tan juntos que sus cuerpos se rozaban. Ella estaba de pie, apoyada en la pared. Él le sacaba varias cabezas de altura y parecía muy alto dentro de aquel sitio tan diminuto.

—Perdóname. No pensé que te lo tomarías así.

—¿Y cómo debería tomármelo?

—Lo siento. Soy un imbécil.

Sintió el deseo de abrazarla, pero se contuvo.

—Sí que lo eres. —Sarah se limpió las lágrimas con torpeza, tenía las mejillas llenas de rímel y surcos en el maquillaje—. Pero no estoy llorando por tu culpa. No toda la culpa, al menos —matizó—. Puedes estar tranquilo. Es solo que hoy es El Día Más Triste Del Año.

—¿Y eso qué significa?

Sus rostros estaban muy juntos.

—No creo que te importe.

—Sí me importa.

Por primera vez en semanas estaba siendo sincero. Ser un capullo se le daba genial, pero no podía seguir dentro de ese papel después de verla tan derrotada.

—Es el aniversario de la muerte de mi madre.

—Joder. Lo lamento, Sarah.

—Así que, por eso te decía, que técnicamente no es tu culpa que esté encerrada y llorando en el baño. Seguramente cualquier otro día te habría mandado a la mierda.

—Y me lo tendría merecido.

Sarah le sonrió entre lágrimas y él dejó de reprimir las ganas que tenía de abrazarla. La estrechó contra su pecho y ella sollozó de nuevo. Cuando se calmó un poco, se separó.

—Tengo un plan: nos escabullimos como ninjas de aquí y nos vamos a algún sitio más tranquilo, ¿qué te parece? Podemos pillar de camino algo para comer, a mí estos canapés me dejan con el estómago igual de vacío que antes de cenar.

—No podemos hacer eso.

—¿Por qué no?

—¿Cómo vas a huir de tu propio cumpleaños?

—Pues haciéndolo. Además, nadie nos ha echado de menos hasta el momento, si te interesa saberlo. Están entretenidos con la barra libre.

Sarah volvió a sonreír entre lágrimas y él le rodeó el cuello con un brazo y la instó a salir del diminuto cubículo. Dejaron atrás la puerta de los servicios y, poco después, aquella fiesta en la que ninguno de los dos quería estar esa noche. Cuando llegaron al parquin, Kevin le abrió la puerta del coche y Sarah se fijó en que, curiosamente, el gesto no le parecía ridículo como le había ocurrido con Andrew, sino tierno y natural. Lo vio rodear el vehículo para subir en el asiento del conductor y, cuando él le sonrió antes de arrancar, ella también lo hizo.

14

Habían pasado por una conocida hamburguesería y habían comprado dos menús completos con todo tipo de acompañamiento: patatas, cuatro salsas distintas, aros de cebolla crujiente y una ensalada tamaño grande, igual que las bebidas. Luego se habían ido a la casa de Kevin, casi a la orilla del mar, y estaban en el sofá cenando tranquilamente.

Sarah estaba más tranquila. Se había quitado los restos de maquillaje en el cuarto de baño y él le había dejado un suéter suyo que le venía enorme y que se puso por encima del vestido. El Día Más Triste Del Año era mejor afrontarlo así, con una hamburguesa entre las manos y una persona al lado que, en esos momentos y pese a todo, la reconfortaba.

—Así que vas a protagonizar un anuncio de colonia —repitió aún alucinada, porque Kevin acababa de contárselo—. Vaya, qué nivel. Lo harás genial.

—Ya veremos. —No parecía muy animado por ello.

—¿No te gusta la idea o qué? —preguntó.

—Bueno... sí, pero, no sé, a veces siento que hago las cosas solo por costumbre. Déjalo, no tiene sentido. —Negó con la cabeza y cogió otra patata.

—Sí que lo tiene —contestó ella.

Kevin inspiró hondo y la miró fijamente.

—¿Sabe él que estás aquí? ¿No le molestará?

—¿Él? ¿Quién? —Estaba confundida.

—Ya sabes, tu novio.

Sarah tardó unos segundos en procesar esas palabras y, cuando lo hizo, alzó las cejas y soltó una risita ahogada. Así que hasta Kevin se había creído aquello...

—No existe ningún novio. ¿Te refieres a Andrew?

—Sí. Entonces, ¿solo fue un lío de una noche?

—¿Qué? ¡No! No hubo nada de nada.

Kevin apretó los labios y la miró fijamente.

—Te estabas dando un beso con él.

—No fue exactamente así. Él me besó a mí.

—Eso no cambia...

—Y yo me aparté y le dije que no me interesaba. Pero supongo que hicieron el clic en el momento adecuado, porque en la foto parece lo que no es, desde luego.

Él pareció dejar escapar el aire que había estado conteniendo.

—¿Entonces no tienes nada con él?

—No. Ni siquiera he vuelto a verlo. —Sarah lo observó con curiosidad. Kevin se mostraba extrañamente aliviado—. ¿De verdad lo odias tanto solo porque os gustase la misma chica cuando eráis unos críos? Tampoco

es tan terrible.

—Esa versión de la historia es una muy sesgada.

Sarah quitó distraída un trozo del pan de su hamburguesa.

—Pues cuéntame la tuya. Te prometo que no saldrá de aquí. Quiero decir, ni siquiera soy capaz de hacer una declaración a la prensa en condiciones, mucho menos de ir dando exclusivas. Además, no ganaría nada. Bueno, sí, dinero, pero ahora tengo suficiente con la película y no soy una persona precisamente avariciosa...

Él la frenó alzando una mano en alto.

—Te lo contaré si te callas.

—Vale. —Sarah sonrió.

—Éramos unos críos cuando nos conocimos, esa parte es cierta. Empezamos juntos en un programa juvenil y nos hicimos amigos. Los dos presentábamos el formato junto con Megan. Pero, conforme fuimos creciendo, ella y yo comenzamos a sentir algo más y acabamos juntos. Andrew se lo tomó bien, parecía feliz por nosotros.

—Pero no era cierto —adivinó Sarah.

—Supongo que no. El hecho de que estuviésemos saliendo acaparó la atención de la prensa y las revistas juveniles en Canadá. No creo que le gustase dejar de ser el centro de atención y, en esos momentos, era el que menos interesaba de los tres. Pero no fue culpa nuestra, nadie con dos dedos de frente quiere ser el foco de atención.

—En eso estoy de acuerdo.

—Así que las cosas se volvieron más tensas conforme fue pasando el tiempo. Incluso, desde la productora, se barajó la idea de no renovar a Andrew para siguiente temporada. Ya habíamos crecido, teníamos dieciocho años, en realidad nosotros también teníamos ganas de dejarlo y marcharnos a Estados Unidos para probar suerte...

—¿Y qué pasó?

—Bueno, a él no le sentó demasiado bien. No lo sé. No sé si fue eso o vete tú a saber. Lo que sí sé es que, unos meses después, Megan y yo nos mudamos a un apartamento en el centro de la ciudad; a pesar de lo jóvenes que éramos llevábamos dos años juntos y teníamos suficiente dinero como para dar ese paso sin pensar en si era lo mejor... y lo cierto es que no lo fue. Empezamos a tener problemas. Ya sabes, los típicos de la convivencia, el desgaste. La cuestión es que todo eso dio igual al final, porque una noche cuando llegué a casa después de tomarme unas copas con unos colegas, la encontré con Andrew en la cama.

—¡No!

—Sí. Pero eso no fue todo. —Kevin suspiró—. No voy a mentirte y a decirte que no fue uno de los peores momentos de mi vida, pero lo superé. Me alejé de ellos, dejé el programa y me largué a Los Ángeles para empezar desde cero. Mi agente me dijo que tenía buenos contactos y posibilidades, así que pronto encontré pequeños papeles.

—No tenía ni idea —susurró.

—Lo gordo vino después. Como era de esperar, Andrew y Megan duraron poco más de unos meses. Estoy seguro de que a él nunca le interesó ella, sino tan solo la idea de ganarme en algo, ¿me entiendes? —Sarah asintió con la cabeza—. Así que medio año más tarde él también se mudó a Los Ángeles. De vez en cuando coincidíamos en alguna que otra cosa, pero nos ignorábamos. Un verano, mi familia vino a pasarlo conmigo. Y no me preguntes cómo, supongo que coincidirían en alguna de las fiestas a las que me acompañaba, pero logró acercarse a mi hermana pequeña.

—¿Bromeas?

—No. Ella solo tenía dieciséis años y él ya había cumplido veintiuno. Le habían dado el papel de esa serie que aún hace y supongo que Anne se dejó deslumbrar... —Suspiró—. Le rompió el corazón. A propósito. La usó y luego se deshizo de ella como si no valiese nada. Se burló cuando fue a buscarlo para confesarle que no le había bajado la regla. Fueron unos días... duros. Mi hermana me pidió que no le dijese nada a mis padres y accedí a hacerme cargo de ella durante unos meses en la ciudad fingiendo que quería quedarse aquí para probar suerte como actriz. Perdió todo el curso. No sé si fue una suerte o no, pero mientras se debatía sobre qué hacer, terminó teniendo un aborto espontáneo.

—Dios mío, no me lo puedo creer...

—Me metí varias veces en el coche para ir hasta casa de ese imbécil y

partirle la cara, pero cada vez que lo hacía me daba cuenta de que entonces saldría ganando, porque tengo la impresión de que es lo que quiere: sacarme de quicio.

—Yo... no tenía ni idea...

—¿Cómo ibas a saberlo?

—¿Por eso me decías que tuviese cuidado?

—Ya eres mayorcita para valerte por ti misma, pero sí, pensé que la advertencia no estaba de más. Y te juro que cuando te vi besándolo en esa fotografía, tuve que contenerme de nuevo para no ir a por él —confesó a media voz.

Sarah tragó con fuerza e intentó procesar todo aquello, verlo desde esa nueva perspectiva. Le dieron ganas de abrazarlo, pero aguantó las ganas. Ahora sabía más que nunca que, bajo esa fachada de chico borde y egocéntrico, había uno que se preocupaba por los demás y que se escondía detrás de un caparazón helado.

Lo miró fijamente a los ojos, a pesar de los nervios.

—Gracias por rescatarme de aquella fiesta.

—Eso fue hace mucho...

—Aun así, gracias.

Kevin le sonrió y ella contuvo la respiración.

—¿Cómo está tu hermana ahora?

—Mucho mejor. Ya han pasado años. Estudia Bellas Artes en una

universidad de París. Fue mi regalo cuando cumplió los diecinueve, después de recuperar el último curso. Siempre había soñado con continuar sus estudios en Europa.

—Me alegro por ella.

—Es una buena chica.

—¿Y por qué has dicho que tuviste que mentirles a tus padres y decirles que quería quedarse en la ciudad para probar suerte como actriz? Parece un poco raro.

—Ah, mis padres... esa es otra historia, y demasiado larga y aburrida como para que nos estropeeé la noche.

Pero Sarah seguía teniendo curiosidad. Aguantó las ganas de indagar más sobre su familia. Le daba la impresión de que no estaba muy unido a sus padres, aunque sí le brillaban los ojos cuando hablaba de su hermana pequeña. Le daban ganas de saberlo todo sobre Kevin, pero, a pesar de estar abriéndose, él seguía mostrándose cauto y misterioso, como si no se fiase del todo de ella. Quizás tenía sentido...

—Así que Megan te partió el corazón...

Kevin sonrió y la miró con sinceridad.

—Un poco sí. Era joven.

—¿Es que con la edad se empequeñece el corazón?

—No, pero se hace más duro —contestó.

No pudo evitar hacer la pregunta que le rondaba:

—Y déjame adivinarlo: ¿desde entonces no has vuelto a tener ninguna relación seria?

—No.

—¿No has vuelto a enamorarte?

—No.

—Suenas muy rotundo.

—Porque tengo las cosas claras.

—No se pueden tener las cosas claras en el amor —le discutió Sarah con cabezonería, mientras suspiraba impaciente—. Los seres humanos estamos programados para sentir.

—Yo no.

—¿Por qué eres tan testarudo?

—Porque sé cómo soy y tengo claro que no volveré a pasar nunca por nada así. No fue solo el engaño. Me refiero a todo lo demás: la convivencia, las discusiones diarias, las malas caras... No me interesa todo eso. Prefiero una vida sencilla y divertida.

—Y vacía.

—Puedo soportar eso.

Sarah lo dejó por imposible. Pero, mientras él metía en una de las bolsas la comida que había sobrado, y ella lo miraba de reojo, no pudo evitar pensar que era una pena que estuviese tan decidido a no dejar que nadie entrase en su corazón. No es que a ella tuviese que importarle, pero lo hacía,

por mucho que se negase a sentir nada.

Sintió un escalofrío al recordar cómo la había besado. Debía suponer que así era como besaba a todas las chicas que pasaban por su cama. La idea la entristeció de repente.

—¿Quieres una infusión o un té?

—Vale, gracias.

Él se alejó hacia la barra abierta de la cocina y mientras trajinaba allí, ella cogió el mando a distancia para distraerse y le echó un vistazo al videoclub.

—Elije una película —la animó él.

Sarah sonrió y se decantó por una comedia romántica, ante lo que Kevin gruñó antes de sentarse a su lado y tenderle una manzanilla. Al principio la situación fue rara y cargada de una tensión electrizante, pero pronto Sarah dejó de alterarse por cada roce de sus brazos, se quitó los zapatos y subió los pies al sofá, acurrucándose un poco. De vez en cuando, Kevin hacía comentarios mordaces sobre la película hasta que, pasada media hora, dejó de hablar al caer en la cuenta de que Sarah se estaba quedando dormida.

Su cabeza encajaba a la perfección en el hueco de su brazo. Tenía los ojos cerrados, las mejillas sonrosadas y los labios entreabiertos. Kevin se quedó mirándola un largo minuto antes de apartar la vista y centrarla de nuevo en la pantalla. Lo ponía nervioso que aquello pareciese casi una cita. Intentó

relajarse, pero fue en vano. Todo su cuerpo estaba alerta y rígido al sentirla tan cerca, cada vez más pegada a su costado.

Era una especie de tortura.

Cuando no pudo más, la zarandeó con suavidad.

—Sarah, ¿te quedas a dormir? Venga, vamos a la habitación de invitados. —Intentó tirar de ella con suavidad, pero la chica tan solo balbuceó algo incomprensible—. Sarah...

Mierda, tomó aire. Al final, decidió cogerla en brazos y la llevó él mismo hasta la cama. La dejó sobre la colcha y buscó en el armario una manta que le echó por encima. Antes de que pudiese irse, Sarah lo cogió del brazo y entreabrió los ojos.

—Gracias por hacer que El Día Más Triste Del Año fuese un poco mejor.

Kevin iba a contestar, pero ella ya había vuelto a cerrar los ojos y acababa de darse la vuelta en la cama. Se quedó mirándola, pensando en lo mucho que le apetecía compartir aquel pequeño colchón con ella y en lo adorable que le parecía.

Sacudió la cabeza y salió.

15

—Vale, chicos, de momento el resultado está siendo alucinante. Richard y yo estuvimos el fin de semana viendo algunas tomas y tengo que felicitaros por la implicación a todos.

—Gracias —comentaron varios de los actores al unísono.

—Hoy vamos a ir perfeccionando algunas escenas que quedan, pero estamos cerca del final. Puede que incluso acabemos una semana antes de lo previsto.

Hubo aplausos entre todo el equipo.

—Kevin, Sarah, ¿estáis preparados?

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Hoy toca la escena del beso —le susurró Linda al oído, porque por lo visto ella tenía una memoria de pez o bien no lo había escuchado durante el anterior ensayo.

—Ah, eso, sí, genial. Qué bien.

Ya estaba empezando a ponerse nerviosa de nuevo. Evitó mirar hacia donde estaba Kevin. La sola idea de volver a besarlo hacía que se le disparasen las pulsaciones y más ahora que ya ni siquiera pensaba que era un idiota engreído, sino tan solo un chico demasiado testarudo y cerrado. Inspiró

hondo para calmarse, en vano, y se dirigió junto a los demás hacia el set del rodaje, ese donde había un precioso jardín.

Allí mismo, en los exteriores, el equipo de maquillaje y vestuario hizo su trabajo. Una vez estuvieron listos, Sean volvió a colocarlos en la posición que quería.

Sarah se atrevió a mirar a Kevin a los ojos y tembló por dentro. Estaban el uno frente al otro, separados por apenas unos centímetros. La electricidad casi podía notarse en el ambiente, o quizás fuese cosa de su disparatada imaginación. No habían vuelto a hablar desde que se despertó por la mañana y se marchó de su casa cogiendo un taxi tras dejarle una nota porque no quería molestarlo y despertarlo. Pero él había dejado de mirarla como si ella fuese una pelusa de su zapato y ella estaba empezando a sentir cosas que no debería.

—¿Estáis preparados? ¿Tenéis el guion fresco en la cabeza?

—Sí —respondió Kevin seguro.

—Vale. Pues empezamos. El agua caerá en cuanto os beséis. Evitad estremeceos, ¿de acuerdo? Eso quitaría calidez al momento, pero puede que esté un poco fría.

—Luces, cámara y ¡acción!

Kevin se mostró seguro cuando se inclinó hacia ella con lentitud mirándola fijamente a los ojos. Sarah le sostuvo la mirada temblando por dentro mientras él susurraba:

—Doria, eres la chica más hermosa que he visto en mi vida. Lamento haber sido un idiota, pero es evidente que este idiota se ha enamorado locamente de ti.

Luego rozó sus labios despacio antes de dar paso a un beso largo, húmedo e intenso. Cuando Sarah le rodeó el cuello con los brazos y se aferró a él para no caer, no estaba fingiendo. Tampoco cuando se le escapó un pequeño jadeo de placer al notar su lengua en la boca. Ni cuando el beso se volvió tan salvaje que tuvo miedo de estar saliéndose del papel. Casi ni fue consciente del agua que empezó a caer y los empapó a los dos de arriba abajo, simulando una lluvia fina de principios de verano.

Al separarse, su camiseta blanca estaba mojada y se le transparentaba el sujetador. La oscura de Kevin se pegaba a sus hombros y su torso atlético.

—¡Y corten! —La voz de Sean la hizo volver a la realidad—. Estupendo, chicos. Estupendo. Ha sido tan increíble que es probable que me quede con esta toma.

—Menos mal —dijo Kevin por lo bajo.

Sarah no debería haberlo escuchado, pero le molestó el tono afilado de su voz. ¿Tan horrible era besarla? ¿Tan desagradable como para que le resultase un suplicio? Se abrazó a sí misma para impedir que se le viese más el sujetador.

Sean estaba inclinado hacia la cámara con una sonrisa de satisfacción. Cuando terminó de repasar la escena y los miró, alzó los dedos en alto,

dándoles el visto bueno.

—Lo habéis clavado. Es perfecta.

—Gracias —contestó Sarah.

Kevin respiró hondo y se alejó de ella. Recogió sus cosas, la camisa que se había quitado para ponerse el vestuario que exigía en guion, y se alejó. Sarah no tardó en seguirlo hacia los camerinos. Una vez allí, en la sala de estar, coincidieron en la máquina de café. Él estaba terminando de prepararse uno y ella acababa de coger un vaso.

Estaba alterada, tanto por el beso como por el comentario.

—¿Quieres azúcar? —le preguntó él.

—No, gracias —replicó secamente.

Le dio al botón y empezó a salir un delicioso café con leche humeante. Lo cogió con cuidado para no quemarse y se dirigió hacia el pasillo de camerinos. Él fue tras ella.

Estaba delante de su puerta cuando se armó de valor por una vez en la vida, cogió aire y se giró hacia Kevin, que esperaba para pasar hacia su camerino.

—Por cierto, suerte que lo he dado todo para que la escena saliese a la primera. —No supo de dónde sacó el valor para mentir tan descaradamente—: Porque si llega a ser por ti nos habríamos quedado rodando hasta el amanecer.

—¿Qué? —La miró sin comprender.

Sarah encajó la llave en la cerradura y abrió.

—Pues lo que has oído. Que deberías ensayar más. Ya sabes, los besos. Es solo un pequeño consejo que te doy como amiga y compañera — añadió.

Luego intentó cerrar la puerta del camerino, pero él se lo impidió colocando un pie entre el marco y la puerta. Abrió y entró tras ella. La miraba tan fijamente que Sarah tuvo que apartar la vista unos instantes para poder respirar. Quizás no debería haber despertado a la bestia. Puede que su orgullo le jugase una mala pasada...

—Así que no beso bien —susurró él peligrosamente.

—Solo necesitas perfeccionar un poco... —dijo ella arrepintiéndose de haber comentado aquello. ¿Qué quería conseguir? ¿Enfadarlo? ¿Sentirse mejor? Puede que todo a la vez. El caso es que en ese momento se acercaba a ella como un puma acechando a su presa. La puerta estaba cerrada y todo resultaba demasiado... íntimo—. Quiero decir, que no está mal, pero que tampoco pasaría nada si le dices un poco más de intensidad.

Fue lo primero que se le pasó por la cabeza. Estaba aturdida.

Kevin la fulminó con la mirada y un segundo después estaba pegado a ella, que tenía la espalda contra la pared del camerino. Su pecho subía y bajaba al compás de su agitada respiración y aún llevaban los dos las camisetas empapadas.

—Vale. Hagamos la prueba. Tú me indicas el nivel de intensidad y yo intentaré mejorarlo. Solo para que no vuelva a cometer un error semejante.

—Yo... Yo solo...

Su titubeo fue ahogado cuando él atrapó sus labios entre los suyos con fervor. Sarah se estremeció de los pies a la cabeza como si acabase de alcanzarla un rayo. Se sujetó a sus hombros. La lengua de Kevin se coló en su boca y la hizo delirar hasta que se apartó.

—¿Qué tal voy?

—Bien, bien, esto está mucho mejor. Es un siete, por lo menos. Creo que ya no hace falta que sigamos ensayando, has mejorado mucho... —Estaba aturdida y mareada.

—Soy un perfeccionista —contestó él.

Luego volvió a besarla, esta vez el beso fue largo y apasionado, pero no se quedó solo en eso, sino que sus manos se movieron lentamente deslizándose por su cintura y subieron despacio por su camiseta empapada hasta rozar uno de sus pechos. Sarah se sobresaltó y gimió. Kevin sonrió y se pegó más a ella. Cuando lo hizo, se quedó paralizada sintiendo lo duro que estaba. Sintió un deseo acalorado e intenso allí abajo.

—¿Qué tal ahora? —ronroneó él mientras le lamía la oreja.

—Mmmm, un nueve, sí.

Kevin bajó su mano hasta colarla bajo la falda que vestía y ella dio un respingo de la impresión. Se sentía como drogada, como si el deseo fuese tan grande que no pudiese ver ni qué tenía alrededor. Él la sujetó por la cintura con una mano y la otra siguió aquel peligroso recorrido hasta rozarle la ropa

interior, que terminó apartando con soltura. Cuando sus dedos la rozaron ahí abajo, justo en el centro, Sarah contuvo un gemido de placer.

—¿Me acerco al diez?

—No pares. Por favor...

Sarah casi se sorprendió a sí misma al escucharse decir aquello, pero es que nunca había sentido nada igual, esa química en cada poro de su piel, ardiendo y sacudiéndola.

—Dame mi nota.

—¡Diez, diez, maldito seas!

Kevin sonrió satisfecho y luego la penetró con los dedos hasta que ella gimió su nombre. Para su sorpresa, terminó arrodillándose y rompiéndole las medias para bajárselas del todo de un tirón. Entonces, cuando la tuvo a su entera disposición apoyada en aquella pared, le separó los muslos y la devoró sin dudar. Sarah gritó cuando él la acarició con la lengua. No sabía qué estaba haciendo, pero nunca en toda su vida había tenido una experiencia sexual semejante. No podía pensar en nada. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que era su compañero de reparto, que estaban en pleno lugar de trabajo, dentro del camerino, o que lo que estaba ocurriendo pudiese estar mal. Solo podía concentrarse en la sensación de placer tan intensa que la llevó hasta el cielo en menos de un minuto y la dejó con las piernas temblorosas.

Cuando Kevin se levantó y la miró, se lamió los labios.

Fue el gesto más erótico que había visto jamás.

Conforme fue desapareciendo la sensación de placer y de estar viviendo en las nubes, volvió de súbito a la realidad. Acababa de liarse (y algo más) con Kevin Larson.

Se sonrojó como una quinceañera entre el denso silencio.

—Parece que te vayan a explotar las mejillas —se burló.

—Claro. Imagino que tú estarás acostumbrado a enrollarte con tus compañeras de rodaje, pero esto no está bien. Y todo es por tu culpa, si no hubiese dicho eso...

—¿Qué es lo que he dicho?

—“*Menos mal*”, cuando Sean dijo que no teníamos que repetir la escena.

Kevin alzó las cejas y la miró entre divertido e incrédulo.

—Y tú has supuesto que...

—Que te daba asco besarme.

—¿Por qué siempre te pones en lo peor?

Porque es más fácil cuando ves venir el golpe, pura supervivencia, pensó Sarah, aunque no lo dijo en voz alta porque no se atrevió. Habló casi en susurros.

—¿Qué iba a pensar si no?

Kevin se acercó otra vez a ella.

—Pues, por ejemplo, que besarte me pone tan cachondo que si tenemos que repetir esa escena creo que habría terminado por quitarte la ropa delante

de todo el mundo.

—Kevin... —Seguro que tendría dos manzanas maduras en las mejillas.

Él la besó otra vez. Era evidente que le importaba tres pimientos que pudiesen verlos juntos o no. El beso se estaba volviendo ardiente de nuevo, cuando llamaron a la puerta.

—¿Sarah? ¿Sarah estás ahí? —preguntó Linda.

—Mierda. —Sarah se apartó y se atusó el pelo intentando erradicar las señales de lo que acababa de ocurrir, pero no estaba segura de que fuese a conseguirlo.

Cuando abrió, procuró mostrar una expresión neutra.

—Perdona, no te había oído, estaba...

—Estábamos ensayando —terminó la frase Kevin.

—Eso, sí —continuó Sarah con nerviosismo. Seguramente podría notarse desde Marte que acababa de tener un orgasmo increíble hacía menos de cinco minutos.

—Ya veo... —Linda los miró con suspicacia.

—Yo me iba ya. —Kevin pasó por su lado y salió.

Linda cerró la puerta cuando se marchó y miró a su amiga con los ojos excesivamente abiertos, como si acabase de darse cuenta de algo que había estado ignorando.

—¡Dios mío! ¡Estáis liados de verdad! —gritó.

—Shhh. No, no, qué va. Baja la voz. Y no digas eso.

—Pero es cierto, ¿verdad? —Insistió—. Puedo verlo en tus ojos. Y estás nerviosa. Además, ese beso que acabáis de daros en el set ha sido brutal.

—No es *exactamente* así —dijo finalmente.

—Vale, pues explícame ese *exactamente*.

Sarah se sentó en el sofá que había a un lado y supo que no tenía escapatoria. Juntó las manos sobre su regazo e intentó aclararse las ideas mientras Linda la miraba implacable y de brazos cruzados, con sus perfectas uñas de color lila recién hechas.

—No habíamos tenido nada hasta hace unos minutos, de verdad.

—¿No fastidies! ¿Os he interrumpido?

—Eh... más o menos.

—¿Te has pillado por él?

—¿No! No mucho. —Fue bajando la voz—. Solo un poco. Un poquitín de nada.

—Estás totalmente colgada.

—No es verdad, es solo que Kevin no es como parece.

—¿No es siempre un idiota engreído?

—No.

Linda se sentó a su lado y la miró con cariño y un poco de lástima. Le pasó una mano por el cabello castaño, peinándoselo, y suspiró con pesar.

—Eres consciente de que es uno de esos hombres que jamás se han

comprometido con nadie, ¿verdad? Lleva años sin tener una relación y tú... bueno, tú...

—Yo, ¿qué?

—Tú simplemente no pareces de esa clase de chica que busca un lío esporádico.

Sarah se quedó pensando. Era verdad que nunca había tenido relaciones de una sola noche o encuentros fugaces. Su cerebro parecía programado desde que era una niña para conocer a alguien, enamorarse y tener una vida tranquila junto a esa persona. Pero, ¿y si se había precipitado? Quizás podía ser ambas cosas. O probar por primera vez en su vida. ¿Qué tenía de malo que tuviese una aventura tórrida con Kevin?

—Para todo hay una primera vez —dijo cohibida.

—¿Te lo estás planteando en serio? Bueno, yo no soy quién para decirte que puedes estar metiéndote en la boca del lobo, pero sí quiero decirte que vayas con cuidado. Ya sabes, Kevin está acostumbrado a dejar corazones rotos allá donde pisa.

Sarah suspiró con pesar. Eso era cierto. Una parte de ella sabía que se cansaría de su compañía en cuanto llevasen unos días viéndose y a él le pareciese aburrida y la dejase para irse a buscar a la siguiente supermodelo con la que tener un lío similar.

—Ojalá no me gustase —susurró con sinceridad.

—Sí, ojalá pudiésemos controlar lo que sentimos.

Linda también parecía de repente extrañamente melancólica y ella se preguntó si estaría pensando en el tal Dean, ese chico al que dejó antes de pasar por el altar.

—¿Qué planes tienes ahora? ¿Te apetece que vayamos a tomar algo?

—Claro. —Linda le sonrió—. Conozco un local genial.

16

La siguiente semana fue una tortura lenta y dolorosa. Kevin no volvió a acercarse a ella y Sarah intentó concentrarse en el trabajo, a tan solo unos días de terminar el rodaje. Pero ¿a quién quería engañar? Era evidente que no podía quitárselo de la cabeza. Agradecía estar ocupada, porque cada minuto que tenía libre lo desperdiciaba recordando las manos de Kevin sobre su cintura y sujetándole las piernas, o sus labios exigentes y abrasadores.

Sin embargo, era evidente que para él había sido algo esporádico. Linda tenía razón: los chicos como Kevin estaban acostumbrados a tener líos así a menudo, ya fuese en los camerinos, en los baños de un restaurante o en una habitación de hotel reservada casi en el momento y con prisas. Su vida estaba llena de experiencias como aquella. Para Sarah, en cambio, todo había sido nuevo. No es que nunca hubiese tenido un orgasmo (afortunadamente, sí), pero el sexo con los chicos que había conocido siempre había sido un poco torpe y, en alguna ocasión desastrosa, casi mecánico. Lo que había sucedido con Kevin había sido apasionado, ardiente y estaba a años luz de lo que conocía hasta entonces.

—Sarah, te toca ya —repitió Sean—. Estás en babia.

—Lo siento, me he distraído. —Se levantó rápidamente.

—Llevas unos días en las nubes —le dijo la becaria—. ¿Quieres que pida que te retoquen el maquillaje?

—¿Por qué? ¿Lo he arruinado? —A menudo olvidaba que estaba maquillada y se frotaba los ojos o hacía cualquier otra tontería similar.

—No, no, estás perfecta.

—Pues entonces no.

Repasó el guion unos segundos antes de que Sean les diese indicaciones. Rodaba esa escena con Linda, que estaba absolutamente espectacular con un vestido fucsia cortísimo. Su personaje se había vestido así para una fiesta en la que ella, por fin, le plantaba cara. Casi se sintió nostálgica mientras hacían aquellas tomas, porque el rodaje estaba a punto de acabar.

Y cuando ocurrió, cuando días más tarde Sean reunió a todo el equipo y estallaron en aplausos, Sarah no pudo evitar que se le humedeciesen los ojos.

Linda la abrazó al verlo y la consoló con cariño.

—Ha sido genial conocerte.

—Lo dices como si no nos fuésemos a volver a ver. Te recuerdo que en unos meses comenzamos la gira de promoción antes del estreno. Además, ¿qué nos impide quedar a tomar algo cuando nos apetezca? —le preguntó Linda con una sonrisa.

Sarah había aprendido muchas cosas durante lo que había durado el

rodaje. En primer lugar, que no había que juzgar a las personas sin conocerlas y que tampoco podía uno fiarse de lo que la prensa dijese. En segundo lugar, que amaba más de lo que pensaba ese trabajo y que quería seguir dedicándose a ello. Y, en tercer lugar, que no estaba hecha de piedra, cosa que le había demostrado cierto chico rubio de ojos azules y actitud descarada.

Cuando los aplausos terminaron, Sean anunció que había reservado para cenar al mismo local al que fueron para celebrar el cumpleaños de Kevin.

Esa noche, con todos reunidos allí, se sentía nerviosa y aturdida. No podía creerse que todo hubiese terminado tan rápidamente. El tiempo se le había pasado volando. Deambulaba por la fiesta intentando comer algo cuando unos dedos le sujetaron la muñeca.

—Cualquiera diría que te estás escabullendo.

Kevin estaba impresionante con una camisa oscura y vaqueros. Llevaba una copa en la mano de una bebida de color roja y sus ojos brillaban bajo las luces de la sala.

—No, qué va. Solo intentaba robar algo...

—¿Robar? —Levantó una ceja.

—Comida. La fiesta parece *Los juegos del hambre*.

Él le sonrió y a ella le retumbó más deprisa el corazón.

—Te ayudo —se arremangó como si fuese una tarea que lo requiriese y ella no pudo evitar soltar una carcajada—. No te rías. No va a ser fácil.

Deberías tomártelo en serio.

Justo en ese momento, un camarero salió de las cocinas y automáticamente la mitad de la fiesta se abalanzó sobre él como si fuesen zombis hambrientos.

—¡Mierda! —gimió Sarah—. Está muy lejos.

—Te dije que no sería sencillo.

—Y encima llevaba rollitos de pato.

—Creo que son de pollo.

—También me gustan.

Ella lo miró apenada y él le pidió que esperase ahí antes de internarse entre la muchedumbre. Estuvo tanto tiempo aguardando a que regresase, que Sarah pensó que se había olvidado de ella y valoró la opción de irse a bailar un rato con las chicas, pero Kevin apareció de repente con los ojos brillantes y una sonrisa traviesa.

—He conseguido algo —le susurró inclinándose hacia su oreja, cosa que a ella le puso la piel de gallina. Seguía oliendo endemoniadamente bien.

—¿En serio? —Casi empezó a salivar.

Kevin se sacó del bolsillo algo envuelto en un par de servilletas y se lo tendió. Eran rollitos. Deliciosos, calientes y crujientes rollitos de lo que fuese, porque a ella le daba igual.

—¿Ha tenido que matar a alguien para hacerte con ellos? —Siguió con la broma.

—No, pero sí he tenido que colarme en las cocinas y acceder a firmarle un autógrafo a una de las camareras que me ha pillado. Pero creo que ha valido la pena.

—Y tanto. Toma.

Le dio uno de los rollitos y degustaron la comida mirándose divertidos a los ojos mientras a su alrededor la gente seguía charlando y moviéndose al ritmo de la música. Sarah se estremeció al recordar la última vez que habían estado allí, durante El Día Más Triste Del Año, cuando él había hecho que fuese mucho mejor y habían terminado comiendo hamburguesas en su casa y viendo una película romántica.

Ojalá la vida siempre fuese así de sencilla.

Ahora, en cambio, a pesar de que bromeaba con ella y le dirigía su habitual sonrisa perfecta, Sarah no tenía muy claro qué estaría pasando por su cabeza. ¿Tan fácil había olvidado el momento apasionado que habían vivido en su camerino? ¿Tan poco había significado para él? ¿Cómo conseguía comportarse como si nunca hubiese pasado?

Quiso preguntárselo, pero no se atrevió.

Y tampoco quería fastidiar la noche y el momento. Probablemente no volverían a verse hasta dentro de unos meses, cuando empezasen la promoción de la cinta.

Le entraron ganas de llorar, pero se recompuso.

¿Qué le pasaba? Si, en ocasiones, se suponía que Kevin Larson ni

siquiera le caía bien. Era un egocéntrico, un idiota, un estúpido... del que estaba empezando a pensar que se había enamorado como una tonta. Cuando ese pensamiento se incrustó en su cabeza, le entró tanto miedo que se apartó de él bruscamente. Kevin la miró de reojo.

—¿Estás bien?

—Eh, sí, sí. Claro.

Le sonrió para disipar sus dudas, pero se pasó el resto de la noche un poco atontada. Cuando llegó el momento en el que el local tenía que cerrar, volvieron a hacer todo el equipo una emotiva despedida, y hubo lágrimas, aplausos y hasta algunos se atrevieron a hablar.

Una vez fuera, el viento soplaba con fuerza. Casi todos se habían ido marchando, pero Sarah no tenía ningunas ganas de que todo terminase. Se abrazó a sí misma.

—Aquí estás. —Kevin apareció por la acera. Llevaba las llaves del coche en la mano, haciéndolas girar entre los dedos—. Estaba buscándote para despedirme.

—¡Pues aquí estoy! —Se notaba forzada y tensa.

—Ya veo. Ha sido... ha sido genial conocerte —dijo él, sorprendiéndola. Parecía sincero. No había rastro de burla en su voz—. Y perdona por comportarme durante las primeras semanas como un capullo integral, tú no tenías la culpa de nada.

—¿La culpa de qué?

—Déjalo. Solo, eso, gracias por todo.

Se iba a echar a llorar como una niña pequeña, pero, en lugar de eso, le salió del alma dar un paso al frente, rodearle el cuello con las manos y abrazarlo. Kevin se quedó un poco parado al principio, pero enseguida respondió al gesto estrechándola contra él. El abrazo duró más de lo estrictamente necesario y, cuando se separaron, los dos se miraban fijamente a los ojos. Kevin parecía extrañamente vacilante. Ella fue la primera en apartar la vista.

—Espero que todo te vaya bien.

—Lo mismo te digo —contestó.

Kevin se dio media vuelta y se alejó calle abajo, pero, cuando llegó a la esquina, en lugar de girarse y desaparecer, se giró de nuevo y volvió sobre sus pasos.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó.

—¿Contigo? —A Sarah le temblaron las piernas.

—A mi casa. Alargar esta noche un poco más...

Quería decir que sí. Era lo que más deseaba en el mundo en esos momentos. Sin embargo, su corazón pareció mandar una especie de mensaje alerta y sacudió la cabeza.

—Creo que no debería —susurró a media voz.

Kevin asintió un par de veces y luego sí, dio la vuelta y se alejó.

Soy una tonta, se dijo. Soy una tonta que acaba de dejar escapar la

que probablemente sería una de las mejores noches de mi vida solo por miedo a que me hagan daño.

Fue una suerte que Linda apareciese en ese momento.

—Cielo, ¿qué te pasa? Tienes una cara terrible.

—Nada, solo que no entiendo por qué he dicho que no.

—Que no, ¿a qué? —Linda se cruzó de brazos sin entender.

—Es una larga historia —dijo ella cuando vio que algunos compañeros salían también del local y parecían poner interés en la conversación que mantenían.

—Genial, porque quería tomarme un par de copas antes de volver a casa y tú eres la mejor compañía que se me ocurre. Vamos. ¡Taxi! —gritó parando un vehículo.

Antes de que pudiese darse cuenta, Sarah estaba dentro de un taxi que las llevó directo hacia el centro, a uno de los locales de moda de la ciudad. Servían cervezas de todo tipo en jarras enormes y todos los cócteles imaginables de tantos colores como el arcoíris.

Pidieron dos Gin-tonic.

—Deja que Linda haga de consejera del amor —le dijo esta apoyando las manos en la mesa—. Debo reconocer que yo no he tenido demasiada suerte, pero se me da mejor escuchar y aconsejar que llevarme las cosas a la práctica. Desahógate, cielo.

—No había vuelto a mirarme así —confesó.

—¿A qué refieres? —Linda la miró interesada.

—Ya sabes, ese tipo de mirada llena de deseo. Kevin no había vuelto a mirarme así desde que ocurrió aquello en el camerino, cuando nos pillaste. Y esta noche lo ha hecho de nuevo, ahora cuando nos despedíamos. Me ha invitado a ir con él a su casa, pero... le he dicho que no. Sencillamente porque sé que para él soy un polvo más y yo estoy un poco...

—¡Dios mío! ¿Te has enamorado?

—Iba a decir *un poco pillada por él*.

—O sea, *enamorada*.

—No —mintió.

—Lo que tú digas. Pero, deja que haga un apunte. Kevin te mira así a todas horas, exactamente como si fueses un delicioso helado que quiere devorar. No te estoy diciendo con esto que quiera ponerte un anillo en el dedo y empezar a tener bebés contigo, porque no es ese tipo de hombre, pero sí es un tío. Y los tíos no ignoran el deseo.

—No sé si eso me consuela mucho.

—Depende de tus expectativas.

—¿Qué quieres decir?

Pidieron un segundo Gin-tonic, a pesar de que Sarah sabía que no le había falta mucho más para empezar a estar algo contenta y aletargada. Bebió de su pajita.

—Si tus expectativas son pasar una noche con él, divertirme, disfrutar

de tu cuerpo y del suyo y llevarte esa experiencia y el recuerdo, ¿cuál es el problema?

Visto así...

Sarah lo meditó unos segundos. ¿Si se convencía de que solo iba a obtener eso de él e iba con las ideas claras, le compensaba? *Sí, claro que sí.* Sabía que nunca olvidaría la noche que pasasen juntos, aunque para él fuese tan solo una más. Sus compañeras de piso lo hacían a menudo: tenían líos esporádicos, se divertían. Y Linda también. ¿Qué se lo impedía a ella?

—Quizás tengas razón

—¡Claro que la tengo!

—Podría tener una noche loca con él.

—Dudo que Kevin Larson sea decepcionante.

—Y divertirme por una vez. No pensar en nada.

—¿Llamo ya a un taxi? —Levantó las cejas, divertida.

Media hora después, Sarah miraba a través de la ventanilla del taxi la inmensa propiedad en la que vivía Kevin. El hombre le pidió el dinero y ella lo sacó de su cartera. Luego salió del coche y caminó a paso lento por el caminito de la entrada. Estaba muy nerviosa, especialmente porque se trataba de él, que la hacía temblar con solo mirarla. Pero, por suerte, el efecto que aún quedaba de los Gin-tonic la animó a seguir adelante.

Llamó al timbre y él contestó al telefonillo.

Abrió de inmediato, en cuanto la vio. Avanzó hasta la puerta principal, donde apareció Kevin tan solo vestido con los pantalones vaqueros que llevaba en la fiesta. Sarah tragó con fuerza al contemplar su estómago desnudo, con todos esos músculos perfectos. Normal que lo hubiesen contratado para ese anuncio de colonias, era de esperar.

—¿Sarah? —Él la miraba entre sorprendido y ansioso.

—¿Qué tal? Pasaba por aquí dando una vuelta y he pensado, oye, qué noche tan agradable, quizás podría aprovechar para saludar a mi amigo Kevin...

—¿Estás borracha?

—No, no. Solo un poco contentilla. Y nerviosa.

Cuando llegó a su altura, él la miró muy fijamente.

—¿Y por qué estás nerviosa?

—Porque estoy aquí...

—¿Por qué has venido?

—No lo sé...

—Sarah —la sujetó de la barbilla.

—Por esto —contestó ella en un arranque de valentía antes de ponerse de puntillas y estrellar sus labios contra los suyos con fuerza y decisión.

Kevin la sostuvo contra su pecho de inmediato y la arrastró con él al interior de la vivienda antes de cerrar de un portazo. Sarah pensó entonces, mientras comenzaban a besarse contra cada tramo de la pared de ese largo pasillo, que los labios de Kevin eran adictivos, como una droga muy peligrosa, capaces de aturdirla más que los dos Gin-tonic que se había tomado. Palpó su torso desnudo con las manos y él le quitó con prisas y a tirones el vestido que llevaba puesto ese día hasta dejarla en ropa interior.

—Dime que tú habitación no está muy lejos.

Hasta entonces solo había estado en la de invitados y no en el dormitorio de Kevin. Él se rio entre dientes al escucharla y buscó el cierre de su sujetador.

—Solo dos puertas más.

—No sé si llegaremos.

Se le escapó un jadeo cuando él dejó caer al suelo su sujetador y rozó

con los pulgares su pecho. Era como recibir una descarga eléctrica llena de placer.

—Intentémoslo. Llevo demasiado tiempo imaginando cómo sería tenerte en mi cama. Ya casi estamos —le susurró mientras ella conseguía desabrocharle el botón del pantalón.

Kevin abrió sin mucha delicadeza al llegar y ella se aferró a él cuando la alzó y rodeó con sus piernas sus caderas. Kevin la besaba como si el mundo fuese a acabarse esa noche. Y ella se sentía arder por todas partes; parecía que tenía un incendio en su interior, la piel donde él la rozaba le quemaba al instante. Nunca había deseado tanto a un hombre.

Él la dejó sobre la cama y se quedó mirándola unos segundos mientras con los dedos, lentamente, comenzó a tirar del borde de sus braguitas hasta bajárselas por las piernas.

De repente, por un segundo, mirándola desde abajo completamente desnuda y tan expuesta hasta él, Sarah se preguntó si estaba cometiendo un tremendo error. Pensó en todas esas chicas altísimas y guapísimas con las que él había estado antes y le entraron ganas de levantarse y taparse con lo primero que pillase, avergonzada. Por impulso, se cubrió los pechos con las manos e intentó deshacerse de esos pensamientos.

—No te tapes —murmuró él—. Eres preciosa.

—No hace falta que hagas eso.

—¿Qué haga qué?

—Que finjas o intentes halagarme. Ya me tienes aquí.

Así que, acabemos cuanto antes, estuvo a punto de decir, pero calló.

—¿Crees que estoy fingiendo cuando te digo que eres preciosa?

—Creo que has estado con chicas mucho más preciosas.

Kevin arrugó el cejo y negó con la cabeza antes de inclinarse y darle un beso largo y apasionado que hizo que ella se olvidara de casi todos sus temores momentáneamente.

—No tienes nada que envidiarle a nadie. Al revés.

—¿Podemos... dejar de hablar? —Le estaba poniendo nerviosa ese tema. Sarah no quería que él tuviese que actuar mientras estaban juntos, ni que se viese presionado a mentirle para contentarla. No. Lo único que deseaba era pasar a la acción y recordar esa noche para siempre. Cuando notó que se le humedecían los ojos, se mordió el labio y se recompuso antes de que aquello acabase en catástrofe—. Deberías desnudarte para que estemos en igualdad de condiciones —dijo. Él aún llevaba los vaqueros desabrochados.

La miró con picardía.

—Desnúdame tú.

No se lo pensó. Se incorporó en la cama hasta sentarse. Él estaba delante de ella, de pie. Le bajó la cremallera y los pantalones. Se estremeció al ver el bulto que escondía su ropa interior, esa de la que también se deshizo rápidamente. Su erección saltó y cuando ella la acogió en su mano, lo escuchó respirar profundamente.

Estaba tan excitada, que por una vez le nació llevar las riendas. Normalmente se dejaba hacer, casi siempre en la postura clásica del misionero. Esa noche, en cambio, se inclinó hacia él y se lo metió en la boca lentamente, arrancándole a Kevin un gemido de placer.

—Joder —masculló entre dientes.

Sarah lo lamió de nuevo, disfrutando del momento y de lo poderosa que se sintió allí, desnuda y sin pensar más en sus inseguridades, dejándose llevar por el placer. Kevin apoyó las manos en su cabeza, pero dejó que ella marcara el ritmo hasta que él empezó a resollar.

—Para. Para o si no...

Dio un paso atrás para evitar terminar allí mismo y luego se abalanzó sobre ella en la cama, que soltó una risita. La sujetó por las muñecas y le mordisqueó los pechos.

—¿Te divierte torturarme?

—Un poco, sí. —Sonrió.

—A mí también. Pero no creo que pueda esperar mucho más. Mira cómo me has dejado, a punto de correrme —le susurró al oído y, sorprendentemente, a ella le gustó que le hablase así de sucio—. He estado a punto de acabar en tu boca.

Sarah se estremeció y le rodeó las caderas con las piernas, de forma que sus sexos se rozaron. Kevin cerró los ojos unos instantes y luego abrió el cajón para buscar un preservativo y ponérselo. Luego notó su miembro

abriéndose paso en su interior, al principio solo una tentativa para terminar penetrándola de golpe y con fuerza. Estaba tan húmeda que tan solo sintió un placer inmenso estremeciéndole hasta los dedos de los pies.

—Muévete. —Fue una especie de ruego.

Kevin no se hizo de rogar. Estaba tan excitado como ella, ansioso por poseerla y hacerla suya. La embistió una y otra vez hasta que una fina capa de sudor perló sus cuerpos. La besó y la miró a los ojos mientras la penetraba, siendo dolorosamente consciente de que no aguantaría mucho más. Pero se dio cuenta de eso. De que necesitaba mirarla a la cara, ver su expresión de placer y cómo entrecerraba los párpados, cuando, normalmente, él prefería fijarse en el movimiento bamboleante de los pechos o en cualquier otra cosa.

Esa pequeña diferencia lo desequilibró.

—Kevin... —susurró dejándose ir.

Pero para eso no estaba preparado. Fue cuando escuchó lo bien que sonaba su nombre en aquellos labios cuando se dio cuenta de que tenía un problema. Porque deseó oírlo muchas más veces. Con ese pensamiento azotándolo, la embistió una última vez y se corrió.

Cuando se apartó de ella y se dejó caer a su lado, estaba exhausto y se sentía más liviano que en un millón de años. Le dio un beso antes de ir al baño un momento y, al regresar, se tumbó junto a ella y le rodeó la cintura desnuda con un brazo.

—Ha sido... —comenzó a decir Sarah.

—Perfecto —concluyó él sin dudar.

De verdad lo pensaba. Hacía mucho tiempo que no se sentía de nuevo nervioso y tan impaciente como instantes antes de perderse en su interior. Cogió un mechón de su cabello castaño y lo acarició entre sus dedos mientras ella recuperaba el ritmo de la respiración. Estuvieron un buen rato en silencio, tan solo procesando lo que había ocurrido.

—¿Te apetece comer algo? —le preguntó—. Y no es una pregunta sucia.

Sarah se rio y negó con la cabeza antes de girarse hacia él y hundir los dedos en su pelo rubio. Los ojos de ella le parecían tiernos, dulces y llenos de curiosidad.

—¿Qué me ofreces? Porque esos rollitos no me han llenado nada.

—Mmmm... podemos hacer patatas fritas.

—Eso promete. Sigue.

—Con salsa.

—Vale.

Se levantaron de la cama y se vistieron a medias. Ella con la camisa de él que estaba sobre el respaldo de una silla y él tan solo con un pantalón de chándal. Una vez en la cocina, se pusieron los dos manos a la obra y pelaron y cortaron las patatas.

Kevin no pudo evitar pensar en lo cotidiano de aquel momento. Lo último que hacía con sus conquistas habituales, desde luego, era freír patatas.

Manténían sexo hasta que uno de los dos se cansaba y se marchaba. Con Sarah, en cambio, parecía haber sido tan solo el prólogo de la noche y casi le resultaba natural comer algo o ver una película. Hacer planes.

Como una pareja normal, susurró una voz en su cabeza.

En ese momento, se asustó y dejó el cuchillo oscilando en el aire mientras la miraba de reojo. Estaba preciosa, con las mejillas sonrosadas y los hombros relajados.

—¿Por qué me miras así? —Soltó una risita.

—Por nada. —Se obligó a no pensar de nuevo en esa tontería—. Y ahora, ¿qué planes tienes? Quiero decir, después del rodaje. ¿Ya hay algo en mente?

—La verdad es que no. Le estado dando vueltas a varios proyectos y mi agente me llamó para hablarme de algunas audiciones interesantes, pero aún no lo he decidido. Quería esperar hasta que todo acabase antes de sopesarlo todo. Como una nueva etapa.

—Ya.

—¿Y tú?

—Nada a la vista más allá de ese anuncio de colonia.

—Estoy deseando verlo —le dirigió una mirada que a él lo excitó, hasta que pareció reparar en algo y frunció el cejo—. ¿Pero como es posible que no tengas nada a la vista? Si deben de lloverte las ofertas. Seguro que es hasta agobiante tener tantas posibilidades...

—Bueno, están ahí, sí —reconoció.

—¿Entonces?

—No me interesa nada.

Sarah arrugó su pequeña nariz y él metió las patatas en la freidora.

—¿Esto tiene algo que ver con tu actitud durante las primeras semanas del rodaje? Me refiero a cuando te comportabas como un idiota que odiaba la película.

—No la odio... —Se mordió el labio—. Solo es que no quería hacerla.

Mientras las patatas se hacían, se miraron el uno al otro en silencio.

—Ya te lo pregunté una vez y me ignoraste, pero probaré suerte otra vez: ¿por qué aceptaste el papel si no era lo que querías? Dijiste que lo hiciste por dinero, pero, sinceramente, no creo que andes escaso de eso —comentó mirando a su alrededor.

Kevin suspiró y al final se rindió.

—Yo no lo acepté, lo hizo mi padre.

—No lo entiendo.

—Era el que se encargaba de administrar mi trabajo hasta hace poco.

—Parecía incómodo mientras hablaba de eso—. Yo ni siquiera deseaba ser actor. Es decir, me gusta, no está mal, pero no era mi sueño. Solo me dejé llevar, es lo que pasa cuando tus padres te han llevado a miles de castings antes de que cumplas los diez años.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Mi primer trabajo fue un anuncio de galletas para niños. Y luego siguieron muchos más. Nunca tuve una vida normal. Nunca fui al colegio de lunes a viernes y a campamentos de verano con mis compañeros porque siempre estaba delante de los focos. Una cosa llevó a la otra y era demasiado pequeño para darme cuenta de que no quería hacerlo. Además, mis padres ganaban mucho dinero conmigo; tanto, que dejaron sus respectivos trabajos.

—Nunca me lo había planteado así...

—Y conforme crecí me dejé llevar porque pensaba que era lo único que sabía hacer. Llegó el programa juvenil y creo que esa fue una de las mejores épocas, porque allí conocí a Megan y al menos fui feliz durante un tiempo. Hasta que todo se rompió y mi padre insistió en que probásemos suerte en Hollywood.

Sarah se acercó a él y posó una mano en su mejilla.

—¿Y por qué no paraste todo eso?

—¿Cómo iba a hacerlo? Toda mi familia dependía de mí y no tenía otra opción. No iba al instituto, siempre estaba en el estudio de grabación y ni siquiera podría haber pedido plaza en una universidad porque no aprobé el último curso. —Se encogió de hombros, como si ya hubiese aceptado su destino—. Luego ocurrió lo de mi hermana y supe que tenía que alejarla de aquí. Al menos, ella hace algo que le gusta y vive tranquila en Europa.

—¿Por eso dijiste que tus padres le dejaron quedarse para que probase

como actriz?

—Sí. Claro. A ellos les entusiasmaba la idea. Más dinero, más fama.

—Es horrible. —Se estremeció.

—Hace unos meses hablé con mi padre y le comenté lo que me ocurría.

Llevaba una época mal, un poco deprimido. Él no se lo tomó bien. Le dije que quería darme un tiempo, tomarme un año sabático para decidir qué quería hacer con mi vida, ¿por qué no? Tenía dinero, mucho, y ahora que han pasado los años, más posibilidades que no supe ver cuando era un crío. Como te imaginarás, no se lo tomó nada bien.

—¿Y qué pasó?

—Que una semana después me enteré de que había firmado con la productora que protagonizaría la película. Así que sí, cuando llegué al rodaje, me comporté como un capullo porque no quería estar allí, pero me vi obligado a hacerlo por contrato.

—Nunca podría haberlo imaginado.

—Pero, mirando el lado positivo. —Volcó las patatas en un plato para dejar que se enfriasen—. Conocí a una chica que me plantó cara y, además, fue el detonante para que mi camino y el de mis padres se separasen por fin. Me he comprometido a darles una paga durante unos años a cambio de que me dejen en paz y ya no tienen ningún poder sobre mí a nivel representativo. Lo último que acordaron antes de que cambiasen los papeles fue ese anuncio de colonia. Después de eso, de momento, no haré nada más.

Sarah lo miró orgullosa.

—Me alegro por ti.

—Gracias.

Acabaron sentados en el sofá, comiendo, ella con las piernas encima del regazo de él y acariciándose vez en cuando. Sarah mordisqueó una de las patatas.

—¿Y qué tienes en mente? —le preguntó.

—Todavía no lo sé. Primero quiero tomarme un tiempo para decidirme, viajar quizás a algún lugar tranquilo, estar relajado. Hay tantos caminos...

—Algo te llamará —insistió.

—Siempre he querido apuntarme a clases de surf. Y de piano. Además, ¿sabes? Después de pasarme toda mi vida sin poder ir al colegio con normalidad, me tienta la idea de inscribirme en alguna universidad. Ahora puedo hacerlo: aprobé hace meses las asignaturas que me quedaban, así que es otra posibilidad.

—¿Estudiaste por tu cuenta?

—Sí.

—¿Y quién sabe? Puede que algún día me apetezca volver a rodar, no sé, alguna cinta indie o un proyecto que me llame la atención. No es algo que descarte del todo a largo plazo.

Sarah lo miró fijamente y le sonrió con sinceridad.

—Kevin Larson, eres una caja de sorpresas.

Si le quedaba alguna duda de que estaba perdidamente enamorada de él, se disiparon en ese mismo momento, cuando Kevin se inclinó y le dio un beso. Al final el chico engreído, famoso y superficial había resultado ser todo lo contrario. Era curioso lo mucho que cambia la percepción de una persona cuando se abre y se deja conocer a fondo.

Y, sin embargo, más que nunca Sarah sabía lo inalcanzable que era.

Parpadeó para no ponerse a llorar al darse cuenta de eso.

Kevin le rozó el cuello con los labios y subió hasta lamerle el lóbulo de la oreja mientras sus manos le masajearan las pantorrillas y se deslizaban hacia arriba lentamente. Debajo de su camisa negra, Sarah solo llevaba la ropa interior, a la que él accedió rápido.

—Deberíamos repetirlo. Muchas más veces.

Ella aún tenía un atisbo de cordura. Lo frenó.

—No creo... no. Mejor no —inspiró con fuerza.

—¿Y eso por qué? —Kevin levantó una ceja.

Sarah se movió con incomodidad y dejó de estar en su regazo para ponerse en pie. Kevin la miró sin comprender, aún sentado en el sillón marrón y esperando una explicación.

—Es que tengo que irme ya —musitó.

—¿Que eres, *Cenicienta* o algo así? Aún es pronto.

—En realidad es un poco tarde —se excusó.

—Vale, pues quédate a dormir. Solucionado. Vuelve aquí.

Kevin se puso en pie, pero ella volvió a pararlo colocando las manos contra su pecho desnudo. Volvió a tener ganas de llorar, porque en realidad lo único que deseaba era no dejar de tocarlo nunca. Pero sabía lo que tenía que hacer. Era lo sensato. Y necesitaba protegerse.

—Lo siento, pero es mejor que me vaya —insistió.

Lo ignoró, fue hacia la habitación y se vistió a toda prisa. Tenía lo que había ido a buscar allí: una noche loca con Kevin Larson. Y había sido maravilloso, mucho más intenso de lo que jamás imaginó. Pero no podía permitirse seguir poniendo su corazón en riesgo.

—¿Qué estás haciendo, Sarah? Te comportas como una loca. Apareces en mi casa de repente, te vas de la misma forma... —Se pasó una mano por el pelo—. No lo entiendo.

—Tengo mis razones —susurró y fue hacia la puerta.

Kevin la siguió, aunque parecía cansado y también irritado.

—Vale, explícame esas razones, entonces.

Sarah abrió la puerta de la impresionante casa y el frío se coló dentro, aunque la noche era templada. Se giró hacia él una última vez, con un nudo inmenso en la garganta. Pensó que Kevin había sido sincero con ella, le había confesado aquello sobre su carrera y sobre muchas más cosas a pesar de lo cerrado que era, así que al menos se merecía lo mismo.

—Yo... —Lo miró a los ojos.

—Tú... —La animó él impaciente.

—Creo que me he enamorado de ti.

Un silencio incómodo siguió y aplastó las pocas (poquísimas) esperanzas que Sarah tenía. La posibilidad de que él sintiese lo mismo era pequeña, pero al ver su cara de asombro y cómo sus gestos se contrajeron en una mueca, ella supo que acababa de volverse inexistente.

—Sarah... —dijo con la voz ronca.

—Lo siento, no debería habértelo dicho así, tan de golpe. —Intentó calmarse—. Solo quería que entendieses que no puede volver a pasar nada entre nosotros porque si ocurre, si dejo que esto continúe, me romperás el corazón. Pero te agradezco esta noche y todo lo demás. Sé que quizás no lo entiendas, pero para mí ha sido especial.

Fue todo lo sincera que podía con él antes de contemplar una última vez el semblante serio y nervioso de Kevin y dar media vuelta. Salió de su casa caminando a paso rápido, incapaz de mirar atrás. Una vez en la calle, se acercó a la avenida principal y no tardó en montarse en un taxi. Entonces, lloró al fin con tristeza.

De: KevinLandon@gmail.com

Para: SarahBilson@gmail.com

Asunto: ¿Podemos hablar?

No sé cuántas veces te he llamado, pero siempre me sale que el teléfono está apagado. Supongo que tampoco miras el buzón de voz. Quiero pensar eso y que no has bloqueado mi número, que es otra posibilidad. Lo que quería decirte es que necesito que nos veamos y hablemos. Cuando me dijiste aquello me quedé paralizado y te marchaste tan rápido que cuando reaccioné ya era tarde. Y llevo toda la semana sin dejar de pensar en ti.

Llámame, por favor.

Tuyo, Kevin.

De: KevinLandon@gmail.com

Para: SarahBilson@gmail.com

Asunto: ¿Dónde te has metido?

En vista de que no pensabas contestar, me acerqué a tu apartamento y me atreví a llamar a la puerta. Dentro había tres chicas que me medio secuestraron y me obligaron a beber té de flores con ellas. Después de casi

media hora intentando dirigir la conversación, conseguí sonsacarles a tus compañeras de piso que te has marchado a Bali. Al parecer te ofrecieron un papel muy secundario en una cinta, pero te compensó la oportunidad de poder viajar. No sé si es que allí no tienes cobertura o si has decidido desconectar por un tiempo, pero sea como sea me alegro por ti. Seguro que estará siendo una experiencia fantástica.

Tuyo, Kevin.

De: KevinLandon@gmail.com

Para: SarahBilson@gmail.com

Asunto: Esta es la verdad...

Pensé dejarlo correr cuando me enteré de que estabas en la otra punta del mundo porque, ¿qué importa ahora? Pero no puedo quitármelo de la cabeza y necesito decírtelo, aunque ni siquiera sé si abrirás el correo alguna vez.

Yo también estoy enamorado de ti.

Creo que posiblemente me gustaste antes de que yo te gustase a ti, cuando aún pensabas que era un capullo integral. Cuando te vi en esa fiesta con zapatillas y hablando con Andrew, supe que no podía dejarte y largarme sin más. El primer ensayo del beso fue... como darme un golpe en la cabeza. Absolutamente inolvidable. Por no hablar de lo que ocurrió en los camerinos, estuve varios días dándome duchas frías para llevarlo mejor. Y me encanta estar contigo, consigues que cualquier plan sencillo sea perfecto.

El problema, Sarah, es que no se me dan bien las cuestiones del corazón. Ni siquiera he conseguido tomar las riendas de mi vida hasta hace apenas unos meses, la idea de ir en serio me aterrorizaba, pero ¿sabes qué? Cuando te marchaste esa noche de mi casa, me di cuenta de que aún me aterrorizaba mucho más pensar en no volver a verte. Por un momento quise convencerme de que se me pasaría, que solo era cuestión de tiempo... pero ha sido justo al revés. Estos meses sin ti me han hecho darme cuenta de que fui un idiota por no reaccionar a tiempo y apostar por nosotros. Lo siento. Ojalá aún exista la manera de arreglarlo.

Tuyo, Kevin.

Unos meses más tarde...

Sarah estaba inusualmente nerviosa. Es decir, que, si ella tendía a hiperventilar de normal por cualquier cosa, aquel día tenía la sensación de que el hígado se le iba a escapar. El estómago le daba vueltas y no había sido capaz de probar bocado en todo el día.

Cuando la chica que se encargaba de su vestuario y su maquillaje le subió la cremallera del largo vestido plateado que iba a llevar para el primer acto promocional de la película, aguantó la respiración. Se miró en el espejo mientras apreciaba la textura de la tela que caía por su cuerpo. Era un diseño increíble, de corte sirena. Además, tras el tiempo que había pasado en el extranjero, su tez estaba morena y la nariz algo sonrosada por el sol. Casi le dieron ganas de decirle que no le tapase las pecas que habían aflorado con demasiado maquillaje. Volvió a pensar en lo que tenía por delante al tiempo que le aplicaban rímel y suspiró intranquila. Todos los integrantes de la película iban a acudir a una fiesta temática de la cinta a la que también asistiría la prensa y algunas celebridades del mundillo.

Por suerte, no había tenido demasiado tiempo para pensar en ello,

porque si no le habría dado un infarto. Había apurado el tiempo al máximo porque se lo exigía su nuevo proyecto y esa misma mañana su vuelo había llegado a Los Ángeles. De ahí se había marchado directamente a la habitación de hotel que le habían asignado para arreglarse.

Llamaron a la puerta dando varios golpecitos.

—¿Sarah, estás ahí? ¡Soy yo, abre!

Su corazón volvió a latir al mismo ritmo cuando distinguió aquella voz. Le pidió permiso a la maquilladora, que le dijo que ya casi habían acabado, y fue a abrir la puerta.

Linda se lanzó a sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Vaya, estás preciosa. Menudo color de piel.

—Gracias. Tú estás impresionante, como siempre —dijo con sinceridad, mirándola de arriba abajo. Linda tenía la suerte de ser una de esas chicas que destacaban del montón incluso aunque fuese con unos pantalones vaqueros y una camiseta de propaganda a bajar la basura.

—¿Preparada para la gran fiesta?

Se sentó en la otra silla que había libre mientras terminaban de arreglarla. Linda llevaba un vestido sugerente de color rojo brillante, con un escote que casi le llegaba al ombligo.

—Sí, sí, tengo ganas... —Pero el tono agudo de su voz la delató.

—Vamos, que estás como un flan por volver a verlo.

Antes de marcharse a Bali, durante esa semana loca en la que le salió

la oportunidad y lo preparó todo, quedó una última vez con Linda para tomarse un café y contarle cómo había ido la última noche que había pasado con Kevin Larson. Ahora, después de esos meses, quería convencerse de que lo había superado y olvidado, pero no era cierto si tenía en cuenta cómo le sudaban las manos y ese nudo que seguía cerrándole la garganta.

—Ojalá pudiese huir de aquí corriendo —susurró.

—No será para tanto. Quizás cuando lo veas te des cuenta de que ya no sientes nada por él. El tiempo hace eso en las personas. Cambia los sentimientos.

Sarah la miró con curiosidad y alzó la nariz.

—¿Te daría igual ver ahora a Dean?

A Linda la pregunta la tomó por sorpresa, así que tardó unos segundos en asentir con energía. Sin embargo, algo que le decía a Sarah que no era verdad y que, aunque ella lo había dejado plantado en el altar años atrás, todavía sentía algo por ese chico de pueblo.

—Bien por ti —terció poniéndose en pie.

—Si quieres te cojo de la mano cuando lo veas.

—Te lo agradezco, pero creo que tendré que superarlo sola.

Se sonrieron antes de dirigirse por el largo pasillo la una junto a la otra. La fiesta se celebraba en la sala principal de aquel hotel que habían reservado para la ocasión. Cuando hicieron acto de presencia, lo último que Sarah esperó fue que unos flashes las cegasen a las dos. Linda supo posar de

inmediato, pero a ella le costó un poco dejar de mostrarse encorvada y sorprendida. Una vez los fotógrafos las dejaron más tranquilas cuando Sean apareció para recibirlas, avanzaron por la sala ante las miradas de los presentes.

Las dos estaban deslumbrantes. Y eran las protagonistas.

Sarah tenía un agujero en la tripa, como si se hubiese formado allí abajo un gusano negro de esos que hay por el espacio. Intentó mantener la cabeza alta, la espalda recta y una pose elegante, pero en el fondo solo tenía ganas de largarse corriendo.

Aguanta un poco más, se repitió mientras caminaban. *Aguanta...*

Saludó a un montón de conocidos. En la película había participado tanta gente maravillosa, que se pasó los siguientes cuarenta minutos charlando con unos y con otros, poniéndose al día de lo que habían hecho durante aquellos meses. Conforme fue pasando el tiempo, se planteó la posibilidad de que quizás Kevin no apareciese. Puede que hubiese conseguido anular alguna cláusula de ese contrato y saltarse la promoción de la película, aunque sin duda sería todo un escándalo. Pero, por más que Sarah contemplaba por encima del hombro a la multitud, no distinguió ninguna cabellera rubia cerca.

Y no faltaba demasiado para que empezase la ceremonia.

—Creo que no ha venido —le susurró a Linda.

—Yo tampoco lo he visto. Intenta disfrutar de la fiesta.

—Sí. —Suspiró—. Voy al baño un momento. Ahora vuelvo.

Apretó el pequeño bolsito brillante que llevaba en la mano y se encaminó hacia los servicios, aunque por el camino la pararon varias personas para saludarla y felicitarla por su trabajo. Estaba a punto de llegar a la puerta, cuando sintió un escalofrío en la espalda.

No pudo evitar girarse hacia la derecha, como si una voz en su cabeza se lo pidiese. Tomó aire con brusquedad. Kevin estaba apenas a un metro de distancia, con las manos metidas en los bolsillos de un traje oscuro que le quedaba condenadamente bien. La miraba fijamente y, cosa rara en él, no parecía enfadado, ni tenso ni irritado.

—Hola. —Fue lo único que se le ocurrió decir.

Él le sonrió como si supiese lo nerviosa que estaba. Dio dos zancadas más para quedar justo delante de ella, casi sin espacio. Bajó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Yo... no te había visto... —continuó hablando Sarah, incapaz de soportar el silencio que se había instalado entre ellos—. Pensé que quizás no habrías venido...

—Llevo un buen rato aquí —dijo él.

—Ah. Genial. Una fiesta estupenda.

—Sí, sobre todo por la chica a la que he estado observando desde que he llegado. Una con un vestido plateado y una sonrisa preciosa, no sé si la conoces.

—Kevin...

No estaba preparada para coquetear de nuevo con él, en absoluto. Se sentía igual de vulnerable que la última vez que lo había visto. Dio un paso hacia atrás.

—Fui un idiota. Tuve miedo.

—¿Qué estás haciendo?

La música cesó unos instantes y alguien subió al escenario y cogió un micrófono para hablar, pero Sarah estaba tan concentrada en las palabras de Kevin que no escuchó nada.

—La fastidié. Debería haber sido más rápido, pero cuando me di cuenta de mi error y fui a buscarte, tú ya estabas en la otra punta del mundo...

—No juegues conmigo.

—¿Acaso no abres el correo?

—¿El correo? ¿Qué correo...?

—SARAH, KEVIN, ¡SUBID AL ESCENARIO! —exclamó una voz enérgica antes de que la sala entera prorrumpiese en entusiastas aplausos a su alrededor.

—¿Qué...? —Sarah estaba confundida.

Agradeció que Kevin tomase las riendas y la cogiese del brazo antes de dirigirse hacia las escaleras laterales que conducían a un pequeño escenario en la sala. Allí estaba Sean, con una radiante sonrisa de blanquísimos dientes y el micrófono en la mano.

—Sin estos increíbles chicos nada habría sido lo mismo —dijo y luego

le rodeó a Kevin el cuello con una mano y le dio unas palmaditas fraternales —. Toda la industria lamenta saber desde hace unas semanas que vas a retirarte por un tiempo, pero me enorgullece haber tenido la oportunidad de trabajar contigo. Y ojalá repitamos en el futuro.

El micrófono pasó a manos de Kevin.

—Créeme, si me decido a volver, serás el primero en tener noticias — contestó, haciendo sonreír al público. Sarah lo miró asombrada. Ni siquiera se había enterado de que ya había anunciado su retirada—. Gracias por ser un director excepcional.

—Lo sé, lo sé —bromeó Sean. La gente rio—. Ya que estás aquí y se te da tan bien hacerte querer por el público, ¿deseas decir algo más?

—Pues ahora que lo dices, sí.

—Perfecto, no te cortes.

Kevin inspiró hondo y se dirigió hacia los invitados.

—Creo que, si no hubiese tenido una compañera de reparto tan increíble como Sarah Bilson, probablemente ahora estaría en esta fiesta de un humor de perros y con mi habitual actitud de idiota. —Se escucharon algunos cuchicheos. Él se giró hacia ella y la miró—. Tuve suerte, supongo. Aunque no supe verlo cuando debía.

Sarah dejó escapar un gemido ahogado. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué demonios hacía mirándola de esa manera encima de un escenario y delante de más de cien personas?

—Sarah, ¿crees en las segundas oportunidades?

Que si creía ¿en qué? Ella estaba paralizada, temblando de los pies a la cabeza, sobre todo cuando él le rodeó la cintura con una mano, apartó el micrófono y se inclinó en su oído para que nadie escuchase lo que iba a susurrarle con la voz ronca:

—Por una vez, voy a arriesgarme. Necesito demostrarte delante de todo el mundo que voy en serio, que estoy locamente enamorado de ti.

Sarah quiso decir algo, pero no le dio tiempo. Los labios cálidos y suaves de Kevin se estrellaron contra los suyos y el público prorrumpió en aplausos y vítores. El corazón le retumbaba dentro del pecho y se sujetó de sus hombros con las manos. Aquello no podía ser real, necesitaba que alguien la pellizcase para despertarla.

Estaba aturdida, plácidamente mareada y pletórica.

Ni siquiera supo muy bien cómo bajó los escalones del escenario, pero Kevin la dirigía con cuidado para que no tropezase con los altísimos tacones. Al menos, hasta que tiró tras ella para que acabasen en la parte trasera. Un par de camareros deambulaban por allí. Los ignoraron y se metieron en la primera habitación que encontraron, el cuarto de la limpieza.

Él la sujetó por las mejillas y la miró a los ojos en la oscuridad.

—No te haces una idea de cuánto te he echado de menos. Llegué a pensar que te había perdido para siempre. —La abrazó y después la besó despacio—. Estás preciosa.

—Aún necesito procesar todo esto...

Necesitaba procesarlo, sí, pero eso no significaba que fuese capaz de apartar las manos de él, porque no podía. Palpó su torso bajo la camisa blanca que vestía.

—¿En serio no abres el correo?

—Allí no tenía ordenador y tampoco estaba muy pendiente de la tecnología. Ni siquiera sabía que te habías retirado. ¿Pero qué pasa con mi correo?

—Te escribí. Ya no importa. No importa.

La besó con ganas, olvidando la ansiedad que lo había carcomido esos últimos meses que había pasado sin ella, preguntándose si ya no había nada que hacer. Le sujetó la barbilla con los dedos largos y apoyó la frente en la suya. Se meció unos segundos.

—Te he echado muchísimo de menos.

—Yo también...

—¿Sabes qué me muero por hacer ahora?

—Déjame adivinarlo. —Sarah se llevó un dedo a los labios—. Salimos ahí fuera y aguantamos un poco las consecuencias de lo que acabas de hacer, porque no sé si eres consciente que mañana estaremos en la mitad de las revistas del corazón, en portada.

—Soy muy consciente, pero ha valido la pena.

—Vale. Pues hacemos eso y luego nos escabullimos, pasamos por

alguna casa de comidas para llevar y pillamos algo. Mmm, me apetece un kebab.

—Yo quiero verte comer kebab con ese vestido. O desnuda, mejor desnuda.

Sarah ahogó una risa y le rodeó los hombros con los brazos, aun asimilando que estaba delante de ella, mirándola con una sonrisa embobada y tierna.

—Nos pasamos toda la noche en la cama.

—Estaba esperando que dijese eso.

—O días. Pueden ser días enteros.

—No pienso dejar que te escapes.

—Y vemos películas.

—Sí. Y vagueamos.

—Suena perfecto.

Kevin volvió a besarla hasta que los dos se encendieron tanto que Sarah se debatió entre desabrocharle allí los pantalones o seguir el plan establecido y asumir las consecuencias de lo que habían hecho antes de largarse y pasar juntos el resto de la noche.

—Deberíamos salir —logró decir.

—Sí, deberíamos. ¿Preparada?

Él le tendió la mano. Ella aceptó.

—Ahora sí —contestó sonriente.

Bastantes horas más tarde, con las sábanas de la cama revueltas y la luz de la luna colándose por la ventana, Sarah contempló al hombre desnudo que dormía a su lado. Su pecho subía y bajaba al compás de su respiración tranquila. Por fin parecía en paz, nada que ver con la primera versión que había conocido de él. Sonrió como una niña al recordar que habían tenido que cambiar el plan, porque se habían desnudado casi en el camino de la entrada y, al final, tras horas de sexo dulce, salvaje y apasionado, la comida había terminado fría en un rincón de la habitación. Solo entonces, en el silencio de la noche, Sarah buscó su móvil y entró en el correo electrónico. Vio tres mensajes de Kevin.

Los leyó, sonriendo como una niña. Luego se inclinó y se acurrucó junto a él antes de darle un beso en la mejilla, aunque él estaba tan profundamente dormido que ni lo notó. Solo cuando el calor de su cuerpo la abrazó, consiguió al fin conciliar el sueño.

FIN.

NOTA DE LA AUTORA:

Me preguntáis a menudo cómo podéis enteraros de las fechas de salida y estar al tanto de todas las novedades.

Podéis encontrarme en Facebook o Instagram con mi nombre, allí os aviso de todos los proyectos que voy haciendo y anuncio portadas y sinopsis. Muchas gracias por leerme.

A continuación, os dejo el listado con algunas de mis novelas:

SERIE LA FAMILIA REED



Serie Besos...



OLIVIA KISS

Besos #3

*Solo
un beso para
encontrarte*



Serie Seduciendo...



Bilogía Tentaciones...



Serie Chicas Magazine...



*La chica
que queria
ser princesa*



Olivia Kiss

Otras novelas...

